



**Flores que rompen el asfalto: Reflexiones en torno a la vida y el cuidado de y entre
callejeras que habitan el centro de Medellín**

Sara Grey Murillo Betancur

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropóloga

Asesora

Natalia Quiceno Toro

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Antropología
Medellín, Antioquia, Colombia
2022

Cita

(Murillo Betancur, 2022)

Referencia

Estilo APA 7 (2020)

Murillo Betancur S, (2018). *Flores que rompen el asfalto: Reflexiones en torno a la vida y el cuidado de y entre callejeras que habitan el centro de Medellín* [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decano/Director: Alba Nelly Gómez García.

Jefe departamento: Javier Rosique Gracia

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexo

Dedicatoria

A mi madre Ruth Dary Betancur Jiménez y mi padre Gonzalo de Jesús Murillo Cuartas, quienes me han enseñado la belleza de lo sencillo. A mis amigas que sostienen el mundo y encantan la vida.

Agradecimientos

Infinitos agradecimientos a la Colectiva Callejeras que se convirtió en un refugio de vida, las ganas de seguir soñando. Gracias por las discusiones acaloradas, las complicidades, las fiestas en la Bichota, por caminar sin miedo la calle, por la furia y el amor. Las amo y las admiro en lo profundo.

Gracias inmensas a mi asesora Natalia Quiceno Toro por su acompañamiento amoroso, vital y real, por hacer de este viaje algo tranquilo y disfrutable, por enseñarme a conectar la vida y la investigación, porque nunca me cortó las alas, por el contrario, alentó mi vuelo, se sorprendió y me inspiró a crear. Gracias por leerme, por alegrarse, por la paciencia, por motivarme a participar en otros espacios que alimentaron mis reflexiones de la calle. Su sabiduría también sostuvo este camino.

A Cindy gracias por ser incondicional, por la fuerza que necesitaba para terminar y cerrar este proceso con alegría y tranquilidad. Gracias por acompañarme amorosamente, por enseñarme del ritmo de las letras, por escucharme, leerme y ayudarme a poner la emoción en palabras.

A Doña Luz, Astrid, las Leidys, Lina por abrir el corazón. Ustedes me revolcaron la vida, llegaron para quedarse en mí. A todas las callejeras que me han enseñado de la vida misma, gracias.

Tabla de contenido

Resumen	9
Abstract	10
Introducción	11
1 Una entrada a la calle	24
1.1 Diario “abrecaminos”	28
1.2 Descender a la calle	29
1.2.1 Etnografía feminista callejera	32
1.2.2 Una escritura	34
1.2.3 Caos internos	36
1.3 Algunas metodologías colectivas	37
1.3.1 Cartografías del cuerpo	38
1.3.2 Cartografías de la violencia	42
1.3.3 Sororidad	45
2 Buscando la calle en los libros	47
2.1 Entre la suciedad y limpieza: dos hitos históricos urbanos de Medellín	54
2.1.1 La ciudad del emprendimiento y la innovación	57
2.2 La calle	60
2.2.1 Un camino teórico	61
3 La necesidad de un collage	65
3.1 Cuatro relatos de cuatro callejeras	67
3.1.1 En la avenida de Greiff	68
3.1.2 De camino a donde Doña Luz	71
3.2 Una caminante	73
3.3 Dejarse ir/soltar	81

3.3.1 El vicio es como la cucaracha; así usted la mate vuelve y aparece	91
3.3.2 Vértigo	96
3.3.3 El roba locos	97
3.3.4 Nosotras las callejeras.....	99
3.4 La mataron por lesbiana	103
3.5 Las brujas no dormimos de noche	110
3.5.1 Mis noches	112
3.5.2 Anhelo.....	113
3.5.2 Soy	115
3.5.3 Somos.....	116
3.5.4 Soy poesía	118
3.5.5 Mujer.....	120
4 La calle supera la calle	121
4.1 Entre la casa y la calle	121
4.2 Lo nómada y la territorialización de la vida.....	126
4.3 Renombrar la calle	128
4.3.1 ¿Quiénes son las callejeras?.....	129
5 Cuidado y puntadas para un feminismo de la calle	131
5.1 ¿Sabe cómo me cuido yo?.....	131
5.2 Ritual Emma.....	139
5.3 Puntadas para pensar un feminismo de la calle.....	143
5.3.1 Mujer.....	143
5.3.2 Viva la ley de la diábala.....	144
5.3.3 Las fugadas	148
6 A modo de conclusión	151

Lista de figuras

Figura 1 Dolor y perdón.....	39
Figura 2 Si me toca tiro.....	40
Figura 3 Soy mujer, pero no muñeca	41
Figura 4 El “te amo” que Cristina se escribe para ella misma	41
Figura 5 Por los puentes también violan	44
Figura 6 Cartografiando el centro de Medellín	44
Figura 7 Un pacto político entre mujeres	46
Figura 8 Un collage callejero	65
Figura 9 Las paredes de Niqui	70
Figura 10 Inquilinato barrio Niquitao	71
Figura 11 Construyendo memoria callejera	73
Figura 12 Cumpleaños de Doña Luz “tumbaito”	76
Figura 13 Quemar para sanar	77
Figura 14 Revolver la calera	78
Figura 15 Teatro, violencia, calle.....	79
Figura 16 Defensa o muerte	80
Figura 17 Taller autodefensa feminista.....	80
Figura 18 Lina Marcela Pulgarín	84
Figura 19 Si yo pudier volar iría al corazón de mis hijos	88
Figura 20 Si el presidente lo hubiera parido una puta.....	90
Figura 21 Si este río hablara.....	91
Figura 22 Cuanod llega la pipa todo se trasnforma	92
Figura 23 Yo me trabo con Sara y Sara se traba connmigo y entre las dos nos azaramos	94

Figura 24 Puño en alto	95
Figura 25 Romero para la memoria, canela el hogar, y yerbabuena el amor.....	95
Figura 26 Performance vértigo.....	96
Figura 27 Nosotras las callejeras.....	100
Figura 28 Entre nosotras	101
Figura 29 Doña Luz y Lina Marcela	101
Figura 30 Tati y Lina.....	102
Figura 31 Esmeraldsa y Estefa	102
Figura 32 Derecho al amor.....	103
Figura 33 Las calles son nuestras.....	109
Figura 34 Movilización 8 M y la escoba de Astrid.....	110
Figura 35 Movilización feminista 25 N	116
Figura 36 Pecas la perra cuidadora	117
Figura 37 Olla popular en el marco del paro nacional 2021	119
Figura 38 Un canto a mi madre.....	119
Figura 39 También el río.....	120
Figura 40 María Ánge no conociste la tierra, pero sí el cielo	141

Resumen

Este trabajo reflexiona sobre las experiencias de vida y cuidado que crean las mujeres callejeras que habitan el centro de Medellín, comúnmente conocidas como habitantes de calle o en situación de calle. El texto expone un hacer metodológico gestado alrededor de la etnografía feminista y la construcción de conocimiento colectivo surgido del proceso feminista Callejeras, el cual marca un horizonte que configura unas formas cercanas y situadas de investigar en medio de un contexto de calle vivido especialmente en el barrio Niquitao. Además, el trabajo presenta una serie de narrativas y lenguajes que desbordan el sentido socialmente imaginado de la calle y dan cuenta de cómo se aprende a vivir siendo una callejera. Para finalizar, el escrito señala algunas estrategias que crean las callejeras para gestionar los cuidados propios, entre las otras y de la calle, lo que deviene en una tensión existente y contradictoria entre cuidado y violencia. A raíz de esta reflexión, aparecen unas insinuaciones nacientes sobre un posible feminismo callejero como aquello que surge de la experiencia vivida.

Palabras clave: Callejeras, calle, cuidado, etnografía feminista, centro de Medellín.

Abstract

This paper reflects on the experiences of life and care created by street women living in the center of Medellín, commonly known as street dwellers or street dwellers. The text exposes a methodological approach based on feminist ethnography and the construction of collective knowledge arising from the feminist process Callejeras, which marks a horizon that configures close and situated ways of investigating in the context of a street context, especially in the Niquitao neighborhood. In addition, the work presents a series of narratives and languages that overflow the socially imagined sense of the street, to show how one learns to live as a streetwalker. Finally, the paper points out some strategies that street girls create to manage their own care, among others and in the street, which results in an existing and contradictory tension between care and violence. As a result of this reflection, some nascent insinuations appear about a possible street feminism as that which arises from lived experience.

Keywords: Callejeras, street, care, feminist ethnography, downtown Medellín.

Introducción

Quiero presentar esta semilla epistémica, mutante en sus maneras de caminar el conocimiento desde una posible entrada fundacional que sitúa mis preguntas y movimientos, despojadas en un primer momento de filtros académicos, evocadas más por un gusto genuino hacía los espacios de la calle, a esos paisajes prohibidos del centro de Medellín generadores de tantas curiosidades desde que estaba pequeña. Este latido por andar la calle lo conecto con un ritual familiar que existía en mi infancia hasta iniciar mi adolescencia; cada ocho días mi mamá, mi papá, mi hermano y yo caminábamos el centro los domingos en la mañana para ir a la iglesia cristiana evangélica, en esos trayectos conocí rutinariamente La calle del pecado, Prado Centro, La Oriental, El Palo con Argentina que era el destino. En esa repetición de rutas iba reconociendo los movimientos de la calle; el trabajo sexual, la explotación de niñas y mujeres precarizadas, el caminar cansado de las vidas callejeras, las travestis hiperbólicas de una feminidad haciendo vida.

Recuerdo que cuando llegaba con mi familia a la iglesia buscaba las sillas traseras para poder mirar la calle, me la pasaba aburrída y absorta de lo que sucedía adentro. Mientras el ritmo de dios acontecía, yo tanteaba la mejor ubicación para armar historias que solo podía crear con las imágenes de todo el material desorganizado del afuera. Por ejemplo, presenciar la entrada y salida de hombres que visitaban un prostíbulo gay ubicado al frente de la iglesia *Shalom*, la gente de la calle en el rebusque, la prolongación del sábado en la noche manifiesta en los cuerpos transeúntes. En mi memoria también aparece la advertencia de mamá y papá con el *camine rápido*, o la imagen de una niña con un vestido azul ceñido a su cuerpo infantil esperando un cliente, o tantas vidas impávidas en las aceras del centro dormitando.

Todos estos espacios-cuerpos fronterizos me parecían un panorama tan contrario a lo que bebía de la religión y del mandato de la obediencia. Salir de las paredes de la iglesia y ver un mundo tan lejano a la disciplina del dogma iba generando en mí una especie de transferencia indirecta de los deseos que fueron quizás haciendo nido en mis sentidos de vida. No sé realmente qué vértigo se incrustó ante la enseñanza de lo establecido, pero esta mezcla de doctrina y calle engendró algo lejos del temor o del miedo, como si se tratara de un placer curioso ante la contradicción que

congregaba una calle salida del margen de la vida aprendida, y digo esto aun reconociendo la vida cristiana inserta constantemente en mi trama cultural.

Una partecita pequeña de mi estuvo atravesada por presenciar y ver de manera tímida y con una cuota latente de peligro, las soledades de los cuerpos de la calle, y más los domingos donde se hace imposible naturalizar tanta información porque el escenario está despejado del frenesí, porque la bulla de la ciudad se pausa un poco. Como escribe Mauricio Manco (2010), poeta callejero: *Soy los domingos en los que nadie sale a la calle.*

Un segundo movimiento importante fue cuando iniciando la carrera, en los primeros semestres de antropología mi amiga Daniela Araque y yo asistimos varias veces a Aguapaneleros Medellín; un espacio que consistía en hacer recorridos nocturnos repartiendo aguapanela con pan por la avenida de Greiff a personas de la calle. Esta dinámica de llevar un alimento, conversar y parchar, nos parecía interesante pero no nos sentíamos cómodas con un evento masivo, había mucha gente que ponía una sensibilidad también necesaria pero no atravesada por una sintonía crítica de la calle, como el poder verles siendo personas dueñas de sus mundos. Notábamos la incomodidad de quienes eran sujetos de exotismo cuando las fotografías o los mensajes evangelizadores de salvación cobraban protagonismo. Intuíamos entonces que la experiencia de poner el cuerpo no era suficiente para sentir la calle de otra manera. Lo bello de todo fue que aquellos momentos compartidos, que no estaban pensados como una aspiración académica, se convirtieron más adelante en las puntadas para las preguntas que hoy por hoy nos movilizan a las dos.

En medio de mi carrera, cuando cursaba los semestres de la profundización en antropología social, empecé a conocer un feminismo popular construido al calor del *nosotras* que me interpeló la vida por fuera y por dentro,¹ me hizo creer en un proyecto político donde todas teníamos un lugar. A medida que lo transitaba, supe que el feminismo no estaba solo en lo organizativo, el activismo, o lo público, sino también en la vida universitaria y que este podía ser una trincherita en medio de las violencias epistémicas que reproduce la academia. En estos nuevos caminos, la lectura

¹ Esto también hace referencia a la enseñanza de las feministas radicales de los 70's cuando señalaban que lo personal es político.

del mundo empezaba a tener más aristas, otras imágenes y nuevos deseos que lograron permear la pregunta por la calle.

Sucedió que hace aproximadamente tres años, acompañé a un amigo a los puentes de Prado centro; yo me sentía extrañamente segura, sin miedo, contenta. Me parché la contemplación abrumadora pero también tranquila del centro mientras a él lo motilaban. Muy al frente mío estaban varias mujeres negras, callejeras, en la cotidianidad de la mañana, haciendo corrillo, acicalándose, peinándose el cabello. Y esto, se presentó ante mí como una imagen detonadora, además porque un símbolo dominante de las vidas callejeras es la absoluta soledad por la fractura de los vínculos, pero ahí estaban ellas en manada. Me preguntaba cómo sería para las mujeres habitar la hostilidad de la calle, sin más profundidades. Fue ahí donde las callejeras me empezaron a interrogar.

¿Por qué las mujeres?

Quiero dejar claro que las protagonistas de este trabajo son mujeres cissexuales/cisgénero, es decir, mujeres que se identifican con el sexo que les fue asignado al momento de nacer. Sin embargo, decido nombrarlas en este texto como **callejeras** por dos razones: la primera se debe a una intención de darle lugar a la enunciación identitaria que surge de ellas mismas². Lo segundo es que la categoría “callejeras” permite expandir la identidad de género mujer. De este modo, intento no imponer mi lectura generizada,³ (Serano, 2007) y poder nombrarlas desde una posibilidad más situada quizás: ser una callejera. Esta última idea la iré desarrollando de a poco a lo largo de este trabajo.

Cuando decidí embarcarme en esta investigación en el año 2019, no tenía una claridad de lo que deseaba saber realmente, era como si quisiera hablar de unas realidades soterradas, de lo que significa vivir siendo una “mujer” en la calle, pensaba en una otredad peligrosa y femenina, sentía

² Esta forma de nombrarse tiene una gran incidencia en que ellas se sienten recogidas en el proceso de la colectiva Callejeras. “Somos las callejeras” muchas lo dicen con orgullo y fuerza.

³ Es el proceso que distingue entre hombres y mujeres, es la evaluación sobreentendida que se le atribuye a una persona de su género. (Serano, 2007)

mucha energía en ese deseo de desmitificar la calle como un lugar infértil, sin vida. Recuerdo que en los pocos acercamientos que había tenido transitando la calle, sentía que estaba aprendiendo mucho, me parecía tan real escucharles en ese despojo del miedo, en ese sentido escueto de la vida. Me interpelaban fuertemente y me gustaba atesorar sus palabras.

Y me apasioné, quería saber muchas cosas de la vida de las “mujeres”, sentía intriga y encontraba una vitalidad bastante contradictoria en medio de tanta turbiedad. Iba descubriendo que ante mis emociones se abrían posibilidades de conocimiento académico, pero no sabía qué quería ni cómo lo quería. Lo que sí puedo decir, es que me movilizaba por una intuición y pensaba que ya estar hablando de las mujeres en la calle era en sí un punto de partida gigante, además porque sabemos poco de sus existencias más allá del estereotipo, no figuran en las agendas feministas de ciudad, la sociedad las viste con el velo del desecho y las malas mujeres, incluso, en mi búsqueda de rastrear producción académica en Medellín, ellas tampoco surgen, aparecen únicamente investigaciones que responden a las realidades masculinas de la calle, al relato masculino de la violencia en Medellín.

Otro de los ruidos movilizadores era que las “mujeres” de la calle no han aparecido de manera situada en las banderas feministas, es como sentir que la vida válida de ser luchada y reivindicada, es la que está en todos los escenarios menos en la calle, porque hablamos de las mujeres subalternizadas, populares, campesinas, negras, las mujeres empobrecidas, las mujeres indígenas, migrantes, las vidas trans; pero las callejeras no figuran, no hacen parte, no son consideradas una otredad visible ni por la academia ni por el movimiento social, no se les considera un sector con problemáticas y demandas específicas en la búsqueda de reconocimiento y dignidad. Y aunque las callejeras guardan relaciones identitarias con las mujeres populares, campesinas, racializadas; no dejan de estar invisibles porque sus lugares de enunciación todavía no tienen un lugar validado. Y como menciona Tatiana Alzate (2021):

Es necesario, por tanto, que algo así como un feminismo callejero-subalterno aparezca en un escenario donde la deuda y la tragedia social van determinando muy vertiginosamente la inminencia de tener que vivir en la calle, o donde se pueda. Las formas de resistencia y permanencia de las mujeres que habitan la marginalidad desde su marginalidad a esta

reflexión. Lo femenino marginal que habita la calle a partir de sus posibilidades, o más bien imposibilidades, surge de un fenómeno abismal: la violencia contra la mujer. (Alzate, 2021, p. 3)

A medida que me fui sumergiendo en este trabajo, mis primeras puntadas para enrutarme en la escritura, estuvieron pensadas a partir de tres ejes analíticos: **cuerpo, género y espacio**. El objetivo inicial lo planteaba como una necesidad de indagar sobre las experiencias corporales y de género de las mujeres y/o cuerpos feminizados jóvenes habitantes del centro de Medellín. Me interesaba conocer las configuraciones espaciales cuando se vive al margen de lo socialmente establecido y más siendo mujer o un cuerpo leído como femenino. También me interesaba darle fuerza al cuerpo como potencia política, hablar de la desarmonía de una corporalidad activa que irrumpe, incómoda, que se vuelve la primera cualidad de estigmatización si se piensa la calle, un cuerpo generizado como realidad que crea espacios, relacionamientos, formas particulares de estar y crear vida en medio de la hostilidad.

En términos de un posicionamiento teórico, sentía la necesidad de problematizar en algún momento por las lógicas políticas y económicas que cimientan la calle, buscaba unas certezas para denunciar cómo las mujeres son víctimas de las fuerzas estructurales, además porque me parecía importante indagar alrededor de las razones que preceden el habitar la calle para ellas: el régimen de familia *heteropatriarcal* en relación con la concentración de la pobreza, la violencia política del país, los sufrimientos de la vida... No sabía de qué manera y cómo lo iba a nombrar, pero me parecía una prioridad. Como todo era una novedad, cargaba muchas pretensiones con este trabajo, pero no sabía lo que me iba a encontrar.

El paso del tiempo, me llevó a hacer clic en el deseo de evidenciar las relaciones cuerpo, género y espacio como categorías principales por indagar. Fui sintiendo una relación más cómoda con priorizar una etnografía de y con las callejeras. La experiencia de campo desbordó el diálogo con los planteamientos iniciales, me movilizó a conocer sus formas de hacer vida, sus gestos cotidianos, tranquilos, convulsos. Mis búsquedas fueron mutando hacia una relación metodológica y etnográfica en el marco de la creación de una colectividad que posibilitó caminar experiencias, conocimientos, afectos.

Este trabajo empieza a tener una orientación por ver de cerca la experiencia de las callejeras, reflexionar sobre el lugar activo y convocante, no lastimero y reduccionista de quienes por las fuerzas estructurales, las violencias patriarcales intensas, el azar, la violencia política; descienden a la calle o viven en la intermitencia de ella. En medio del deseo de poder conocer sus formas de aprender a vivir, reconozco el peligro existente de idealizar/romantizar las experiencias que las callejeras crean, por eso presento una apuesta *despretencionada*, de viajar con ellas hacia los entramados del conflicto e insinuar algunas realidades que habitan en su días y noches, en la contradicción, la belleza, incluso en lo que va más allá de una condición de calle, porque finalmente son más que este rótulo opacante que no permite ver sus existencias como subjetividades completas.

En esta sintonía, frente al peligro de la mirada, Donna Haraway (1995) coloca en cuestión el cuidado necesario con las miradas desde abajo, desde ese campo de las periferias y las profundidades, que si bien son posicionamientos críticos, también pueden generar romantizaciones y apropiaciones que no nos corresponden, ella señala que “las posiciones de los subyugados no están exentas de re-examen crítico, de descodificación, de deconstrucción ni de interpretación, es decir, de los modos hermenéuticos y semiológicos de la investigación crítica.” (p.14)

Este trabajo también está atravesado por una pregunta de investigación movilizadora por malestares y emociones surgidas de mi paso esporádico pero insistente por las calles del centro **¿cómo gestionan e inventan la vida las mujeres de la calle?** Si bien es muy amplia, puede asociarse de inmediato o de manera obvia con un sentido común de la pobreza y desigualdad absoluta, la violencia exacerbada y constante para las mujeres, donde la piel y las marcas en sus cuerpos logran hacer más evidentes las respuestas de fatalidad. Pese a esto, contaré un poco cómo se fueron transformando mis reflexiones gracias a todas las que hacen parte de este texto.

Presento un trabajo surgido de los relatos manchados, sucios, discontinuos en tiempos y espacios de las mujeres callejeras que ponen en sus propias maneras de estar, en la oralidad, algunas en la escritura, un sentido de narración anecdótica, hay veces serena, volcánica, atiborrada y privilegiada por las emociones. Ellas, despojadas de una normativa del lenguaje correcto, aparecen

como una necesidad profunda de ponerse, ser escuchadas, siempre en un lenguaje que contradice la idea hegemónica de que las vidas callejeras están fuera de sí, o que sus voces son el producto único de los efectos venidos de un agotamiento, alteración físico-mental generado por el consumo de SPA⁴.

Tampoco busco caer en la pretensión altruista de darle voz a quienes no la tienen, considero que siempre la han tenido, la seguirán teniendo; no estamos facilitando que saquen la voz para poder legitimar sus existencias callejeras, se trata más bien de agudizar una escucha siempre interpeladora, donde mi lugar como investigadora se va movilizandando cada vez más al de una escucha no pasiva sino presente, en ese acto de ser oídas enteras por otras y entre las mismas callejeras. Fui entendiendo el valor de la escucha para ellas y decidí poner los oídos en las historias que se salían del marco de las entrevistas, o las que desbordaban los círculos colectivos. Escuchar en la cerita se convirtió en una práctica metodológica que le dio paso a intentar desproporcionar un poco el lugar de quien entrega conocimiento en los encuentros y talleres.

Por otro lado, mi intención fue movilizar un poco el lugar de la victimización hacía las callejeras, aunque sean víctimas directas de este engranaje estructural. En el compartir, fui encontrando potencias en la demanda de dignidad que construyen ellas mismas, en lo posible de querer vivir y morir, de cómo en la contradicción existe una respuesta valiente ante la muerte, de cómo a través de sus testimonios, palabras, narraciones, están ya hablándonos de sus deseos que aparecen para darle un sentido a sus propias vidas. Sus formas de existencia están ahí confrontando ya diferentes dimensiones del poder.

Por todo esto, mis búsquedas investigativas apuntan a dinamitar un pensamiento generalizado del sujeto femenino de la precariedad social. Poco sabemos más allá del estereotipo y la interpelación corporal que es lo primero que se expresa como definición, ellas no figuran en las agendas de mujeres en la ciudad, la sociedad las viste con el velo del desecho y las malas mujeres, las malas madres, se les adjudica el rótulo de la falta absoluta. Sin embargo, parto de un relato de la vida en la calle fuera de una narrativa masculina, porque ellas tienen sus “colores, sus olores, su iluminación y su espacio. Tiene sus propias palabras” (Alexiévich, 2015. p. 14). Las

⁴ Sustancias psicoactivas.

callejeras aparecen acá desde un entendimiento otro que se vuelve hasta misterioso, que, en sus propias dimensiones estéticas y místicas, hemos encontrado unas fuerzas irreverentes en las maneras de surgir del asfalto, de hacer vida en lo turbio, como las flores que germinan.

“*Flores que rompen el asfalto: Reflexiones en torno a la vida y el cuidado de y entre callejeras que habitan el centro de Medellín*” se presenta acá en forma de collage, tiene el interés de exponer la posibilidad de imaginar una vida posible de ser vivida (Butler, 2002) para las callejeras a través de distintas potencias del lenguaje: las experiencias corporales, la narración testimonial, los poemas de Astrid narrando la calle, la noche, su vida, las escrituras, los vocabularios evocativos, las oralidades que emergen de los escenarios del junte y el parche en las aceras de la calle, las imágenes vistas y etnografiadas, las formas de cuidar la vida, sus ritmos cotidianos, los lenguajes de complicidad surgidos del *entre nosotras*.

En esas resonancias ha surgido una investigación desarrollada a un ritmo y fisonomía de caracol; en un tiempo calmoso, desacelerado, pausado y con un cuerpo-contenido espiralado: tomando forma desde el movimiento cíclico ascendente, avanzando pero sin alejarse de su propio centro al tiempo que gravita sobre él, siempre en la pregunta por la experiencia de las callejeras. En este camino lento decidí respirar y escucharme, aceptar la interpelación de la vida y lo que no tiene nombre.

Las protagonistas, más que interlocutoras

Aunque sean muchas las callejeras que llegan al círculo los jueves a Niquitao de maneras constantes o no; el corazón de esta experiencia etnográfica son las callejeras Astrid, Leidy la futbolista, Doña Luz y Lina Marcela. Sus relatos surgen de entrevistas abiertas, conversaciones colectivas e individuales, charlas espontáneas y de un ejercicio etnográfico pensado como un juego entre ellas y mi escritura.

Astrid una poeta callejera, con su pasión por la lectura y la escritura se inventa el mundo, crea categorías subversivas como: *somos sujetos de arraigo patriarcal* y palabras sagradas como *epalekuá* para celebrar, o la palabra *conejiada* para mencionar una violencia sexual específica

contra el cuerpo de las callejeras. Es agreste con las maneras de enunciar, su emocionalidad no tiene filtros, es agresiva y furiosa. Lina por su parte es el silencio que a nadie le incomoda, “es que yo soy así”, nos repite. Es la palabra oportuna, y no siempre es silencio, también se apropia de una fluidez cuando transitamos por las conversaciones de amor o cuando se siente escuchada, y es una escucha que demanda un sentido de proximidad corporal, cerquita, su voz implica una disposición otra del cuerpo, es como si se burlara del mundo con sus lenguajes ocultos.

Doña Luz *tumbaito* le encanta contar sus historias y hablar mal de los hombres, los que le han hecho daño sobre todo. Su forma de narrarse siempre incluye la mística, una base espiritual, las experiencias de vida con un sentido sagrado, *póngale cuidado* y nos dispone para la escucha, se la pasa haciendo metáforas y nombrando la importancia de sacar la voz: “uno contando su vida descansa más, es el derecho de nosotras las mujeres, hablar, es el derecho, ya no está amenazado, como primero que uno no podía abrir la boca y todo eso, ya podemos decir la verdad” (Luz Dary, comunicación personal, 5 de junio, 2021). Leidy, la futbolista, la que ya no está en este plano terrenal, tenía una sonoridad *nea* en las palabras, una sonrisa de malicia coqueta, decía *¿si sabe?* cuando preguntaba si le estábamos siguiendo el hilo de la conversa, también se narraba desde el llanto, como si estar entre mujeres les recordará que deseaba otra vida, algo lejos de la calle y más cerca de su hijo.

Todas ellas, con una “lengua subalterna subversiva” (Bidaseca, 2018, p. 122) descolocan la contención del lenguaje que nos fue dado, le imprimen la sinceridad agreste que deviene de la calle y de las múltiples vulneraciones que han concentrado a lo largo de sus vidas, lo exteriorizan en sus oralidades y corporalidades. Hay una pérdida del miedo, que se refleja en el lenguaje sin filtros de la calle.

Además de las protagonistas, estamos las callejeras de la colectiva que componen este camino: Laura, las dos Manuelas, Liz, las dos Danielas, Jesica, las dos Tatianas, Kate y yo. Nos movemos en los flujos recíprocos, en los intercambios de conocimientos, los deseos, risas. Entre nosotras hay una que es madre, otras son mujeres no blancas, racializadas, lesbianas, con identidades de género no hegemónicas, víctimas del conflicto urbano y político de los barrios, hay

otras que migraron de otras ciudades del país para poder abrir otros caminos como el de llegar a la Universidad Pública. Somos feministas que creemos en el sueño colectivo de Callejeras.

Astrid describe la colectividad así:

Le conté a mis primas que formamos un grupo feminista, yo tengo un grupo de compañeras, callejeras: el mero nombre lo dice todo, y como les dije a ellas, somos las que estamos en la calle y algunas que no viven en la calle, cada una tiene su casa, pero la una es fotógrafa, la otra es psicóloga, otra es bailarina, la otra hace teatro, la otra es enfermera, que filosofa, que la otra hace postres, la otra es yerbatera. Todas son unas magas, nos reunimos todas y ellas rescatan como sí... como eso de ser una mujer de la calle y entonces todas somos las Callejeras. Yo les he comentado mucho de ustedes y lo que hacemos acá. (Astrid, comunicación personal, 7 de junio, 2021)

La colectiva Callejeras es una red feminista de cuidados que trabaja en Niquitao⁵. Estamos habitadas por la mística, las palabras de recogimiento, las rabias, los asombros. Sabemos que todas, tanto las callejeras de Niquitao como las que conforman la colectiva, podemos ser enteras; “acá nos sentimos seguras” o “acá puedo ser tan yo sin que alguien me esté juzgando” dicen algunas. Hemos acudido a conjuros para celebrarnos, hemos caminado por las calles del centro de noche, hemos estado juntas en las movilizaciones feministas gritando. Entre nosotras hay afectos,

⁵ Es importante mencionar que la vida barrial de Niquitao tiene diferencias socioespaciales con respecto a otros escenarios donde habitan las callejeras. Daniela Ceren menciona algunas: “Lo primero es que no podemos hablar de una población como si fuera una sola, hay muchas; están las que se dedican al rebusque de esta manera, las que solo habitan el corredor del río, el Barrio Colón, El Bronx, o las que están en la Avenida de Greiff. Todas tienen lógicas muy diferentes. Es bien interesante porque las que habitan el río la mayoría tienen patologías duales, en el Bronx eso no sucede, uno en el Bronx ve a las mujeres que más consumen bazuco que todas, las más loquillas por así decirlo, diferente a Barrio Colón (Niquitao) que una encuentra un nivel diferente de consumo, más tranquilo. Así uno las empieza a agrupar. No todas las mujeres te sacan el puñal y te mato, aunque sean bien *aletozas*, y cuando se tienen que parar se paran o les toca correr. Los hombres sí son de una: ellos representan un máximo peligro y me puede matar en un minuto. En la calle ellas saben que por ser mujer pueden tener más facilidad en el rebusque, pero corren más riesgos. (Daniela Ceren, comunicación personal, 4 de febrero, 2021)

conflictos, amores, eróticas, dignas rebeldías y alegrías. Nos gusta estar en la calle y caminar sin miedo.

Como colectiva, nos hemos sacudido los estigmas morales con el paso del tiempo, sin pretensiones emancipatorias más allá de crear cuidados entre todas. Nuestros deseos no están en la lógica de cambiar condiciones materiales, aunque en el trasegar hemos acompañado situaciones puntuales que garantizan responder a una necesidad inmediata. Lo que ha estado en la raíz es podernos acompañar, sin una intención de llevar el conocimiento importante para la transformación. Preferimos pensarnos organizativamente como una colectiva que está creando redes de cuidado para las callejeras del centro de Medellín y en esas búsquedas y sentires; vamos compartiendo la vida.

Nuestro hacer colectivo ocupa un lugar central que determinó el curso de este texto lleno de ellas, de todas, de lo que sucede cuando las mujeres y disidentes de género nos juntamos. A medida que me acercaba a las callejeras, empecé a sentir que mis concepciones de lo posible de ser estudiado, ya no me resonaban tanto. Esos primeros posicionamientos de formulación investigativa eran el horizonte ante lo genuino, pero este empezaba a hacerse lejano, la calle lograba desbordar mi interpretación, iba sintiendo su propia lógica, lo cual me obligó a cambiar de sentidos, preguntas y de mover los supuestos.

El horizonte de este trabajo se transformó con el surgimiento de la colectiva Callejeras, quien determinó las maneras insospechadas de estar en la calle investigando y creando. Este proceso construido con la fuerza de otras, dio paso a que mis ansiosas búsquedas de un tema específico lograrán difuminarse y darle paso a la experiencia misma. Después de mucho tiempo buscando lo concreto, me permito el acto de divagar, porque es un trabajo de grado construido a un ritmo de la calle. Quien lea estas líneas encontrará que no hay un solo tema que dirija este texto, tiene distintas rutas como la calle misma, no se ancla porque es móvil. Lo que sí tengo claro, es que en este escrito encontrarán flores que crecen en la intemperie del asfalto.

La siguiente investigación está dividida en 5 capítulos que van se van hilvanando entre ellos:

En el primer capítulo *Una entrada a la calle*, presento una ruta metodológica marcada inicialmente por la dificultad para establecer cercanías con callejeras; acá le doy fuerza al hacer colectivo que discute con la idea canónica de hacer etnografía en solitario. También hago énfasis en algunas metodologías durante mi trabajo de campo que consideré importantes porque dan cuenta de aprendizajes y del camino creado con las callejeras.

El segundo capítulo *Buscando la calle en los libros*, dialogo entre: el rastreo bibliográfico realizado sobre habitantes de calle, unas puntadas contextuales de dos hitos históricos en Medellín y un camino teórico inspirador. Ese primer momento se relaciona con las producciones académicas revisadas alrededor del fenómeno de la calle, el cual presenta discusiones teóricas, debates conceptuales, diferentes perspectivas frente a las formas de leer, nombrar, interpretar y estudiar la calle. El segundo momento se vincula con un contexto de Medellín; situó dos acontecimientos históricos: El desmantelamiento de Guayaquil (años 80's) y el Foro Urbano Mundial -más coyuntural- (2014) que dan cuenta de las aspiraciones políticas de un proyecto de ciudad con implicaciones directas en la vida que se crea en la calle y sobre las personas que habitan los espacios de ciudad. Por último, señalo trabajos y perspectivas que han sido inspiración este viaje.

El tercer capítulo *La necesidad de un collage*, estará impregnado de experiencias sensoriales, de imágenes vistas y escritas, de distintos lenguajes; se configura como una colcha de retazos, un entretejido que cuenta un poco sobre las formas de estar en la calle y mi forma de narrarla. Este texto collage involucra fotografías, poemas de la callejera Astrid, microrelatos, pedazos de diarios de campo, ejercicios de escritura creativa llamado "Soy Callejera". También, presentaré cuatro historias que serán el corazón de este capítulo.

El cuarto capítulo *La calle supera la calle*, presento una discusión por los espacios que configuran y exceden la propia calle -la casa, inquilinatos, hoteles-, y cómo las callejeras se movilizan en estos diferentes escenarios conectados con la calle. También problematizaré alrededor de la categoría "habitantes de calle" y de imaginarios frente a prácticas espaciales como el nomadismo.

El quinto y último capítulo *Cuidado y puntadas para un feminismo de la calle*, lo desarrollo a modo de conclusión. Tiene como propósito problematizar un cuidado que cohabita con la violencia como recurso agenciador para asegurar la vida. Para finalizar expongo algunas puntadas que permitan pensar un posible *feminismo callejero*. La intención no es presentar una completa conceptualización, sino unas nacientes ideas que abran camino para pensar que las callejeras tienen un lugar propio de enunciación dentro del feminismo.

1 Una entrada a la calle

Cuando inicié el trabajo de campo, no sabía cómo llegar a las callejeras, me entusiasmaba el tema, pero veía tan imposible todo, tan nublado. Mis primeros acercamientos se dieron desde un relacionamiento que no me terminaba de convencer, desde unas formas más bien masculinizantes y frías. El primero, fue a través de Carlos un amigo callejero, al contarle sobre mis deseos me alentó a hacer antropología decimonónica exotizante, me propuso negociar las entrevistas: “le damos para que merquen y así usted puede ir a hablar con ellas al Bronx”, a lo que nunca accedí por miedo a estar sola con él, sumándole lo convulso y turbio de este lugar. Tampoco era una opción porque me interpelaba mi propia ética, no quería acercarme de esta manera tan colonizante aunque me resultaba tentador ante la imposibilidad del panorama, pero sabía que no era la ruta.

Un segundo acercamiento que marcó el inicio de mi entrada más concreta a la calle, fue cuando en abril del 2020 me aproximé a la Corporación Every Day. Participé de algunas salidas al Puente de la Minorista y a los hoteles de resocialización de la Alcaldía, todo iniciando la pandemia del Covi-19. Estaba contenta porque en colectividad ya era más posible buscar rutas para las conversas y los encuentros que me soñaba, aun sabiendo todo lo complicado que significaba hacer un trabajo de campo en un contexto de calle. Sin embargo, cuando empecé a habitar estos espacios, que, si bien eran potentes y vitales, sentía al tiempo una incertidumbre ante la dificultad del encuentro tejido con mujeres callejeras, no podía hacer un trabajo solo de observación participante y relacionamientos mixtos, percibía de entrada que se hacía necesario la intimidad para que circulara la palabra, para el acercamiento genuino. Fui haciendo insinuaciones a la corporación para intencionar un espacio solo de mujeres en el marco de un proyecto llamado *Café-tertulias*, que tenía por objetivo llegar a lugares estratégicos del centro y compartir la palabra.

Pero, en medio de esta nueva apertura surgió un asunto que me bajó el entusiasmo. Resulta que para la corporación era impensable problematizar las experiencias particulares de las mujeres de la calle. Mi propuesta fue evadida, se apelaba a la segregación sexual de manera cordial o simplemente se pasaba por alto, además porque mi participación no ocupaba un lugar de poder

dentro de la estructura organizativa. Decidí seguir en el proceso, pero haciendo un trabajo simultáneo; estar en los espacios de tertulia, mientras conversaba con las mujeres que se acercaban a los círculos de la palabra, que eran realmente pocas.

Fueron varias salidas muy bellas, pero donde lograba solo encuentros efímeros, la participación mayor estaba centralizada por la palabra masculina de la calle, yo veía como ellas se implicaban de manera tímida o simplemente notaba que esquivaban la invitación a los espacios colectivos porque no estaban cómodas. Me empezaba a sentir un poco angustiada porque no estaba fluyendo, era realmente difícil.

En algunos recorridos logro hablar tranquilamente y en diferentes momentos con varias mujeres del puente José Horacio de la Minorista, me siento entusiasmada. De repente se acerca una que lleva encima muy poca ropa, su gesto dice que no está, que anda en otro lugar, Andrea. Ella me hace pensar en el conflicto que genera la pérdida del cuerpo presente, de no estar en sí, de la salud mental para las mujeres de la calle ¿cómo y por qué llega a estar en estas condiciones? eran mis preguntas martillando el pensamiento. Le entrego un alimento, le pregunto su nombre y con la mirada lejana me responde con una voz lenta... La invito a sentarnos y entre intercambios de palabras Andrea menciona sin mirarme que su lugar favorito eran los ángeles San Juan y Santo Tomas, mientras señalaba el puente invitándome a ubicar con la mirada su relato.

Me contó que ellos la acompañan en su gusto por las calles, que no está sola nunca. En un momento me entra la sensación de imposibilidad, de pensar que hilar historias no es tan sencillo en el espacio cotidiano, por sus dinámicas fluctuantes y porque las relaciones sociales están mediadas por la premura de seguir sus rumbos nómadas de la calle en búsqueda de experiencias inmediatas. Me habita la incertidumbre, pero luego pienso que justo la imposibilidad es un camino para pensar la calle. Sin embargo, me sigue cuestionando esta forma tan aislada de hacer campo, espero que a medida que se construya afinidad, se puedan tejer espacios colectivos para vernos y escucharnos entre todas. Me siento perdida y triste.

¿Es entonces mi trabajo una captura de momentos cortos que poco tocan las profundidades de sus realidades, o es justo ese paso acelerado que indica unas formas de estar y transitar la calle

como espacio que muta y nunca tiene fijeza? No sé, ¿O son mis propias manifestaciones morales de la calle que crean esta idea de inestabilidad y fluidez? Porque lo flotante ha sido uno de los argumentos de la institucionalidad para negar una obligación de construir por ejemplo política pública con las personas de la calle, en su argumento del *nunca estar*.

Hoy noto una dificultad en la socialización con ellas, además porque esperaba una empatía por la lectura de lo femenino que puedo encarnar, o quizás la familiaridad de no ser un varón o no ser la institución quién se les acerca. Pero en este puente los liderazgos de quienes nos acogen e incluso coordinan a las personas para recibir los alimentos son abanderados por lo masculino. Me cuesta entender la prevención o el silencio cuando hay un intento de conversación, y claro, entendiendo la desconfianza en la calle que es generadora de actitudes distanciadas para crear diálogos, pienso al tiempo que hay una mediación de sus propias voces donde en algunos casos son los hombres los que la administran, pocas se ven solas, es más visible en mujeres mayores que en jóvenes, están casi siempre al amparo del movimiento de otro que marca un territorio de cuidado y al tiempo de administración de sus propias vidas. “Ellos no me dejan verlas”. (Diario de campo, 17 de mayo del 2020).

Pasados un par de meses, algo que marcó un cambio fue la posibilidad de acercarme a otras dimensiones de la Corporación Every Day. Mi lugar dentro de lo organizativo se movió; ya no era una voluntaria, me estaba *colando* en esa distribución de roles, continuaba saliendo a la calle a participar y algunas veces dinamizar las tertulias, pero al tiempo comencé a transitar en el acompañamiento académico de un semillero de investigación “La otra ciudad” que apenas se estaba consolidando. Era muy potente el espacio, pero seguía sin concretarse mi intención de tener encuentros sostenidos con las mujeres.

Pasaba el tiempo y yo seguía atesorando en mi diario de campo unos cuantos relacionamientos con algunas mujeres de la calle en las salidas al puente Horacio Toro cercano a la Minorista. Pero, algo que cambia el derrotero para mi sorpresa, fue que dos feministas: Jessica

desde su lugar de psicóloga y Daniela Ceren en su oficio de enfermera de la corporación Surgir,⁶ se contactaron por medio de las redes de la Corporación Every Day, en especial con el semillero de “La otra ciudad”. Ellas estaban interesadas en tejer espacios con las mujeres de la calle, dejaron clara la distancia frente a lógicas inmediateistas y asistencialistas.

Cuando nos reunimos, Daniela Ceren nos compartía que una de las razones que la movilizó a hacer alianzas con otras fueron los silencios: “ellas no hablan conmigo delante de todos, siempre buscamos un lugar alejado para conversar sobre sus malestares” (Daniela Ceren, comunicación personal, 21 de junio, 2020). La propuesta fue entonces empezar en el barrio Niquitao y sumar fuerzas para trabajar con las mujeres callejeras. Estaba feliz. “Salgamos y vemos qué pasa” dijimos.

El día que nos encontramos en el barrio Niquitao me hallaba en alegría, sentía que empezaba a ser posible un trabajo íntimo. Me sentía confiada en que sería un nuevo camino de posibilidades a pesar de lo desconocido, además porque coincidir ya daba mucha fuerza. La corporación Surgir aquel día tenía su puesto de salud instalado, lo que nos permitió una familiaridad con las que llegaban al centro de escucha. Era como si lo logrado por la corporación Surgir a lo largo del tiempo con sus formas de no patologizar sus vidas por el consumo, de escuchar, de jugar, de curar y remendar las heridas de la calle; se trasladara a unas confianzas para llegar al círculo aquel primer día. Esta primera salida fue nuestro primer peldaño colectivo, el inicio de un camino, de un hacer feminista callejero, de empezar a crear en el calor de otras.

⁶ Surgir es una corporación que lleva 40 años de experiencia frente al tema de reducción del daño y mitigación del daño por consumo de SPA. Trabajamos desde una modalidad de centros de escucha que operan bajo un modelo muy interesantes de poder sentarse a conversar con otros actores y la mejor forma de hacerlo es creando centros de escucha: la conversación chévere en la calle, bajar el lenguaje técnico a un lenguaje tranquilo que la persona con la que esté conversando se sienta que está conversando con un amigo más. Reconocemos que la mejor forma de trabajar con la comunidad es primero escucharles, por eso no nos gusta ser leídos como el estado, no somos *sistema habitantes de calle*, somos centros de escucha. Nosotros no trabajamos con un modelo de cero consumo, nosotros trabajamos con un modelo de comprender que somos consumidores, *reduzcamos el daño pero comprendiéndolo*. Yo no te saco de ahí, yo no tengo ninguna intención de sacarte de ahí, lo interesante de todo es reconocer por qué del consumo. Entonces cuando uno comprende ese trasfondo del consumo ahí es donde uno dice; nea, quitarle el consumo a una persona en situación de calle es volverlo loco, es matarlo, es aniquilarlo, ¿cómo putas la institución hace eso? por eso las personas no se resocializan (Daniela Ceren, comunicación personal, 7 de febrero, 2021)

1.1 Diario “abrecaminos”

El punto de encuentro lo acordamos en el parque San Antonio, compramos mandarinas porque estaban en cosecha y algo de parva para compartir. Nos fuimos en gallada con paso enérgico para el barrio Niquitao Tata, Andrea, Jessica y yo. Por esos días las calles estaban muy solas por la prolongación de la pandemia del Covi-19, el barrio también. Cuando aterrizamos Daniela Ceren nos dice que desde que colocaron el puesto de aseo de la Alcaldía, las personas habitantes de calle se han atomizado, su hipótesis es que tiene que ver con las plazas que están próximas al foco institucional, lo que genera una atmósfera de rareza según ella. Pero en nosotras todo era novedad. Para convocar a las mujeres callejeras decidimos repartirnos en diferentes sectores del barrio, incluidos inquilinatos.

Ante nuestra nueva forma de congregarlas llegaron aproximadamente seis de variadas edades. Nos reconocimos jugando, algunas en ese primer momento manifestaron que les gustaba la calle, parcharla, estar con los amigos. Otras manifestaron que sentían miedo de ella y que no querían vivir más allí. Yo iba sintiendo como las contradicciones y ambivalencias iban a generar discusiones internas en esa relación entre los deseos que se crean en la calle, como *parchar* y estar bien o querer una vida digna, huyendo de la calle.

Ese día me acerqué a Claudia, tiene unos ojos saltones azules, el cabello rubio y muchas marcas en su piel. Ella me hace pensar que sus cuerpos son relatos vivos de sus experiencias con la calle, son una narrativa del desprecio social, también del coraje, la autogestión de la defensa y la supervivencia. Son tantas cosas. Lo digo porque en medio de la conversa amena que permitió la actividad “ojo de dios” demandante de una motricidad fina y calmada, nos cuenta que hace quince días su *ex pareja* la intentó asesinar, le pegó un par de puñaladas en su cuerpo. “Yo estoy viva es, pero de milagro”.

Ese jueves 19 de agosto del 2020 varias contaron de sus vidas, en una especie de necesidad de ser escuchadas, pero también leyéndonos como dadoras de soluciones, lo que no pongo en cuestión, pero me genera preguntas ante las prácticas necesarias para mover el imaginario asistencial de quienes van a la calle con algún objetivo.

Lo potente fue que cuando les preguntamos si querían que empezáramos un círculo de mujeres y con cuáles temas-actividades, ellas manifestaron que querían saber de planificación, de sexualidad o “lo que ustedes nos quieran enseñar”. Se percibía un entusiasmo. Yo sentía mucha energía para empezar a tejer encuentros en Niquitao. Era un regalo esta juntanza después de pensar que el campo iba a ser imposible. (Diario de campo, 2020).

En este primer encuentro yo no me presenté ante las callejeras como la investigadora que quería saber de sus vidas, deseaba primero sentir. Quería reposar la emoción, darme el tiempo para manifestar mis intenciones, pero también para proponer un diálogo, unas preguntas propias que no excluyeran esta nueva juntura que se empezaba a cocinar. Luego, al contarles a las compañeras que ese día estuvimos en el barrio sobre mis intereses, hubo una aprobación, una empatía, una sensación de complicidad muy bonita que siguió impulsando este trabajo. Ese día, fue mi primer movimiento transgresor de una idea solitaria del campo, mis rutas etnográficas empezaban a ser una creación colectiva.

Con este hito iniciaron **los primeros pinitos de la Colectiva Callejeras**. Empezamos a caminar con regularidad los jueves en las tardes en Niquitao. Nos dimos cuenta que había mucha sintonía y receptividad, lo cual fue muy potente, nos llevó a la ruptura con la corporación Every Day, pues sentíamos la necesidad de expandir la lógica de la intervención social con la cual no resonábamos. Además, empezamos intuitivamente a construir una autonomía que respondía al universo colectivo que se iba presentando entre nosotras, que empezaba a llenarse de símbolos, estéticas, secretos, intimidades. Y nos empezamos a volver fuertes con este inicio que marcó radicalmente un horizonte en este trabajo de grado y de un proceso que se sigue soñando.

1.2 Descender a la calle

Decido *descender a la calle*, construir este trabajo fuera de un marco institucional representado en Centros de Acogida para habitantes de calle, fundaciones, Centro Días, Granjas de resocialización y Hoteles de la Alcaldía. Y no es porque me posicione desde una pureza de la calle o una práctica heroica de ser más antropóloga por buscar la lejanía y lo anónimo. Reconozco que

son precisamente los lugares institucionales los que se convierten en un anexo de la calle, así como los inquilinatos que significan ese ir y venir constante para quienes la vida resulta un poco más vividera durmiendo en una pieza. Son justo estos engranajes espaciales los que hacen parte de unos circuitos de la calle donde algunas callejeras los habitan en búsqueda de un descanso, de una mínima garantía de vida o por una posibilidad que asegure una cuota de bienestar.⁷

Pero decidí estar en la calle, descender a ella y aproximar mi cuerpo a la interpelación del espacio cotidiano, siempre en alerta y bajo unas prácticas de cuidado. Aunque sea real el riesgo de estar solas de día y de noche en la calle; cambiar un poco la perspectiva del peligro, aunque siga existiendo, me ha permitido estar en ella con una disposición tranquila. Si bien son ciertas las condiciones de vulnerabilidad a las que estamos expuestas por ser leídas como mujeres jóvenes, también hemos creado espacios seguros en medio del movimiento acelerado de la calle.

Fue mi propio cuerpo el que me posibilitó caminar una etnografía de la calle y me ha llevado a creer en un conocimiento que sale de la experiencia de los espacios turbios⁸. Fue mi cuerpo el que me llevó a embarrarme las manos en la investigación como dice Donna Haraway “ser sucias y finitas antes que trascendentes y limpias” (Haraway, 1997, citado en Flórez & Olarte, 2020, p. 36). También, la antropóloga Veena Das (2008) nombra la potencia del *descenso a la cotidianidad* como un acto de presenciar las rutinas y ritos cotidianos, los gestos y murmullos del día a día que hacen de la investigación una experiencia intensa y sentida.

En esta misma sintonía, Camila Esguerra (2020) hace una reflexión crítica sobre la *investigación encarnada*, menciona que es una potencia para conocer desde la vida misma, dice: “algo en mí había cambiado definitivamente, estas historias se me habían encarnado” (p. 86). Yo resueno con esto, además, mi escritura surge de los lugares grises, inentendibles, que no responden a nada más que a la experiencia de una realidad innegable y desbordante.

⁷ Vivir en la calle, en las aceras, en los puentes, no implica una renuncia absoluta con otros lugares como los inquilinatos que representan una posibilidad inmediata cuando no se quiere o no se puede dormir en la calle, o los espacios institucionales como los hoteles de paso donde se acude en búsqueda de una dormida tranquila. Todas estas formas de habitar los espacios también configuran una vida callejera.

⁸ Aquellos espacios que están atiborrados de información, revueltos con imágenes, sensaciones alteradas, crueldades. Lo turbio es un estado azaroso.

En la pregunta por la vida de las callejeras acudí al pensamiento de Donna Haraway (1995) quien propone un posicionamiento político en la producción de conocimientos situados: ¿Cómo ver? ¿Desde dónde ver? ¿Qué limita la visión? ¿Para qué mirar? ¿Con quién ser? ¿A quién se ciega? ¿Quién se tapa los ojos? ¿Quién interpreta el campo visual? ¿Qué otros poderes sensoriales deseamos cultivar además de la visión?

Ahora, tener presente la necesidad de un posicionamiento y una construcción apasionada del conocimiento y las maneras de mirar (Haraway, 1995) me ha permitido dialogar con la categoría sistema sexo/género donde esta constituye un campo primario dentro del cual se articula el poder (Lamas, 1996). No me atrevo a mencionar que es una apuesta interseccional que vincula, clase, raza, género, edad, porque demanda una agudeza aunque sea inevitable y necesario vincular la profunda desigualdad social que es producida, el racismo estructural, la clase social que es determinante en la contención para llegar o no a la calle.

Por otro lado, mi pregunta sobre cómo hacer un trabajo en clave feminista, conversa necesariamente con las propuestas de las **epistemologías feministas** que buscan crear conocimiento a partir de una perspectiva que privilegie las experiencias de las mujeres y transgreda el pacto intelectual masculino. Al tiempo, esta perspectiva comprende una disputa de sentido ante la violencia epistémica del universo cognitivo hegemónico racional, masculino, blanco-mestizo. La pregunta ¿Dónde están las mujeres? “lesbianas” “trans” “personas no binarias” en la calle, es una pregunta teórica-política, y aunque mi interés este puesto en las callejeras “*mujeres*”, esta identidad no excluye las vidas trans o aquellas que no se nombran desde la matriz sexo/género. Se trata de una epistemología feminista como menciona Camila Esguerra (2020) que:

Privilegia las estrategias por encima de los métodos ordenados y controlados, que tiene en cuenta los lapsus, los errores, los intersticios, los silencios, más que las certezas; para la cual son fundamentales las preguntas más que las respuestas; en donde los testimonios, las narrativas, los rumores y los secretos tienen un lugar más preponderante que las fotografías inmóviles, clausuradas y reglamentadas de la sociedad, propuestas por los padres de la antropología. (Esguerra, 2020, p. 66-67)

Quiero detenerme en lo que significa hacer una etnografía no solo en la calle sino también poblada de una fuerza colectiva. Si bien no fue una apuesta inicial el hacer un trabajo de campo con más “mujeres” dispuestas a escribir, fue la creación de la colectividad *Callejeras* lo que me permitió hacer una etnografía desde la ética del cuidado. También, ha sido la etnografía feminista una metodología de investigación que implicó modos corporificados de “poner cuidado”. (Ojeda, et. al, 2019, p.101) es decir, de estar alerta frente al movimiento acelerado y amenazante de la calle, que significó ubicar en el centro un cuidado tanto individual como colectivo.

El hacer colectivo de este trabajo se enfrenta a una tradición antropológica del trabajo solitario perfilado en la academia; se trata de la etnografía que ha sido tradicionalmente codificada desde el arquetipo masculino del etnógrafo en solitario, donde hay unos cuerpos autorizados para estar en espacios masculinizados como la calle. En la necesidad de cuestionar una tradición androcéntrica y de las múltiples violencias epistémicas a las que una se ve expuesta durante toda la carrera, Ingrid Espitia Beltrán, Diana Ojeda y Claudia Rivera escriben *La princesa antropóloga* (2019). Ellas mencionan que quienes han estado equipados para hacer etnografías son “cuerpos masculinos, blanco-mestizos, cisgénero, urbanos, sin responsabilidades de cuidado y entendidos como capaces y funcionales.” (p.102)

En efecto, el acto de estar en la calle, de hacer campo en escenarios de tantas tensiones, ha significado problematizar desde la experiencia misma, unas formas canónicas de hacer un trabajo en solitario. Así, este camino colaborativo que se va gestando como una apuesta de conocimiento feminista, subvierte el legado de hacer un trabajo de campo desde el arquetipo masculino superhéroe, un sujeto solitario que se pone al límite, que depende de sí mismo.

1.2.1 Etnografía feminista callejera

En la pregunta sobre cómo nombrar el hacer etnográfico, pensaba hablar de una etnografía comunitaria por el tema de ser este trabajo una apuesta colectiva, una construcción de conocimiento que recoge las acciones colaborativas de otras. Sin embargo, mi elección fue nombrar una ***Etnografía callejera feminista*** como un hacer atravesado por emociones y experiencias sensoriales

venidas de los espacios de calle, que dialoga con la enseñanza entre investigación, activismo, praxis (Esguerra, 2019). Es una etnografía desde un enfoque que privilegia el cuerpo y tiene como base una ética feminista el cuidado, (Ojeda, et. al, 2019, p.101) donde en esas apuestas de pensar un cuidado que atraviesa todo, se hace necesario reconocer las relaciones extractivistas y colonizadoras existentes en el ejercicio antropológico, que era justo uno de mis malestares investigativos por no poder tejer cercanías y relacionamientos más fluidos sin la marcada separación. Sin embargo, sigo reconociendo mi lugar de privilegio sobre todo de raza y clase, mis amenazas que son distintas a las de las callejeras, o nuestros diferentes lugares de enunciación.

A propósito de pensar las relaciones extractivas con el hacer etnográfico, Camila Esguerra (2019) menciona que localizarse como etnógrafa “es una expresión epistemológica de la colonialidad del saber que está implicada en cualquier tipo de trabajo académico o avalado por el saber del sistema universitario” (p. 99). Aunque de entrada se dé una desproporción del poder entre mi lugar y el de las callejeras, también reconozco que hay un intento por mover unos relacionamientos que superaron además este trabajo, donde algunas de ellas hacen parte de mi vida, de mis pensamientos y de mis profundos afectos.

La etnografía feminista que presento, como lo menciona la antropóloga Camila Esguerra:

Rebasa los límites de la academia y se riega por la vida diaria, no puede ser contenida por las herramientas, las técnicas o los métodos que se plantean en un ejercicio de elección racional en un comienzo, sino que a cada momento se convierte en una forma de estar, ya sea política, ética, emocional o sensorial. (Esguerra, 2019, p.108-109).

En este sentido, propongo una etnografía feminista⁹ callejera donde me permito ser habitada y afectada por las emociones de lógicas propias de un entorno social que demanda una

⁹ Para Camila Esguerra (2019) la etnografía feminista fundamentalmente “se pregunta por a) las relaciones de poder y las desigualdades derivadas de la operación simultánea y co-constitutiva de sistemas de opresión, que son paradójicamente sistemas de representación y agencia (como el género, la raza, la etnicidad, la clase, la sexualidad) y b) por las relaciones éticas, epistémicas y de poder entre investigadora y sujetos de investigación. (Esguerra, 2019, p.108-109)

reconciliación ambigua entre el miedo venido de una atmósfera de hostilidad y estar en la calle segura; efecto que solo se dio gracias a la creación de un nicho de afectos que ha requerido un sostenimiento en el tiempo.

1.2.2 Una escritura

Para escribir, para ser escritora, tengo que confiar y creer en mí misma como hablante, como voz para las imágenes. Tengo que creer que soy capaz de comunicar con palabras y con imágenes y que puedo hacerlo bien. Una falta de fe en mi ser creativo es una falta de fe en mi ser total y viceversa –no puedo separar mi escritura de ninguna parte de mi vida. Todo es uno. (Anzaldúa, 2016, p.129)

El ejercicio etnográfico está permeado por una escritura donde después de un largo tiempo, he podido creer en mí misma como hablante y como voz, (Anzaldúa, 2016) abandonando un poco la escritura fría, descorporizada. Aunque me ponga en el relato, no tengo una pretensión de presentar una autoetnografía de mi vivencia; esta etnografía feminista callejera explora más bien las formas mutables en el tiempo (desde el 2019 cuando planteo el problema hasta marzo del 2022 donde tuve la última conversa con una callejera en el marco de mi trabajo) donde la experiencia misma, con ellas, en la calle; ha posibilitado caminar una escritura sincera que se convierte a su vez en una escritura encarnada y que reside en el cuerpo.

En la línea sobre una etnografía no solo *de* la calle sino *en* la calle, acudo al pensamiento de la antropóloga María Teresa Salcedo (2000) con la propuesta teórico-metodológica nombrada ***una escritura de la calle***: aquella que le da paso a los gestos, miedos, actitudes generados en estos contextos políticos específicos, donde quién investiga se permite exceder la coherencia y transitar sobre los límites impuestos por una escritura de lo que debería ser la descripción de cierta cultura. Ella menciona que la escritura de la calle, no surge precisamente de entrevistas y observaciones de la vida cotidiana bajo el propósito de someter a un producto académico, sino que el mismo acto etnográfico se convierte ya en una manera de estar, en una práctica corporal que aparece en la interacción entre la etnografía y personas. Escribir la calle es comprender que “la gente no habla bajo un discurso psicótico inducido” (Salcedo, 2000, p.181).

Sigo en el ejercicio de etnografiar la memoria que hace parte de la carne viva de quien investiga, he difuminado incluso el contorno entre lo que es y no es trabajo de campo (Esguerra, 2019). Esto me lo decía mi asesora Natalia, que iba a seguir haciendo campo con el ejercicio de escribir, que realmente una no deja de hacer campo. Me voy dando cuenta de todo lo que sigue vivo en mí cuando las evoco. Es sentir una gratitud muy grande por haberme permitido estar y aprender de todas las que, a paso acelerado o quieto, transitaron en la colectiva Callejeras, incluso las que ya no están en el plano terrenal. Escribir sobre la calle ha significado seguir habitando la calle, volver a la memoria y detenerse en el recuerdo, trascender el momento vivido y fijarlo.

El paso del tiempo ha transformado mi escritura, empiezo a creer en las letras instintivas para hacer mi propio nido, para darle una forma a los revolcones que han ocupado mi pensamiento. Puedo decir que este proceso de ideas y palabras, se fue transformando. Después de dos años fui sintiendo diferencias tajantes al soltar un poco la escritura que aprendí para parecerme más a ese anhelo impuesto por la academia. Y aunque sentía que mis letras no eran suficientemente académicas, decidí escribir sobre mis propias resonancias, sobre la contradicción que no me interesa resolver, ni acudir al llamado de la coherencia y la racionalidad.

Y en este anhelo de aprender con las callejeras, me ha tocado reconocer la magnitud de estos espacio-cuerpos que desbordan los límites de mi propio conocimiento/lenguaje, de mi propio alcance. Se me hace muy complejo aún entender cualidades de sus existencias, el material que las componen, porque irrumpen, conmocionan la vida. En ellas se acentúa la fragilidad de nuestra historia.

Busco un poco de correspondencia en mis formas de habitar la vida y la relación académica que surge a partir de curiosear la calle, olerla, sentirla con los pies, en el acto de poner el cuerpo, de crear conocimiento en el asombro y en lo colectivo, también en lo imposible de acceder a sus lenguajes cifrados, aturdidores, incomprensivos, dolidos, sinceros. En este desconcierto fui descubriendo unos mundos más íntimos, secretos, no determinados siempre por la calle o el sufrimiento. Y es ahí en la pérdida de miedo de mi escritura donde se hace más necesario soltar el

pensamiento y la palabra, para darle fuerza a las potencias que salen del conocimiento de un *nosotras*, las que componen estas narrativas de la calle.

La escritura a la cual apelo se convierte en un (des)ajuste que no es solo escritural sino también epistemológico y político. Es un intento por acceder a unos sentidos ante la interpelación de mi propio cuerpo y el cuerpo de la calle. Me di cuenta entonces, que era importante encontrar una forma sincera y propia de narrar, donde se viera reflejada mis formas de asumir este camino.

1.2.3 Caos internos

¿Cómo nombrar una experiencia que supera el lenguaje? mi propio lenguaje, mi precario y agotado lenguaje. En este camino investigativo que mutó a una práctica política feminista me tocó desplazar las preguntas y buscar en las amigas, en los silencios aturdidores ante la imposibilidad de escribir, entendimientos. Me tocó hacer de las aceras mi escenario de interlocución más real y posible, me tocó reconocer mis límites corporales, desidentificarme de ser Callejera para no usurpar sus lugares dados, bajarme de las pretensiones académicas, emancipatorias y dejar que ellas habitaran un poco de mis cotidianidades y yo habitar las suyas. En este camino también fue justo parar, abandonar, llorar, gestionar el pánico, la exigencia de trabajo emocional y la ansiedad, porque hay cosas de allá que se incorporaron en esta piel porosa.

Me tocó reconocer la belleza que se alberga en la vida turbia y lo que me sobrepasa, me tocó escucharme y decirme que las callejeras no siempre se la están pasando mal, que pueden crear una vida posible, habitarse de otras maneras con el tiempo que no le depositan al capital, a la familia, a una exigencia de feminidad que mata. Me tocó dejarme atravesar por la incoherencia y las contradicciones que trae amar los cuerpos que introyectan la maldad, a las presencias que simultáneamente albergan sabidurías.

Me tocó irme transformando a medida que este trabajo iba cogiendo rumbo. Me tocó sentarme con el pánico de la hoja en blanco mientras pensaba en lo absurdo de racionalizar algo que a poca gente le importa, que se ve como desecho y sufrimiento, para luego

recordarme que es una apuesta epistémica feminista y tomar aliento, coger otras rutas. Me tocó reconocer en el camino la domesticación del pensamiento y dejar de impostar la obviedad que guarda una escritura fría para confiar en mí y poder hacer de este camino algo más suave.

Me tocó hacerme baños con hierbas dulces y saladas para limpiar y soltar, me tocó divagar, evadirme, volver, sentir cansancio y hastío. Estar cercana de los padecimientos espirituales de la calle. Me tocó dejarme atravesar por el amor del “entre nosotras”, de la apuesta común nombrada Callejeras. Me tocó mutar de piel, sacudir la moralidad que también existe en el pensamiento crítico. Me tocó escribir sobre mi propia vida. Me tocó amarlas y dolerlas. Me tocó hacer de un trabajo individual una construcción del conocimiento en manada, que solo ha sido posible en el encuentro con las otras. Nos tocó hacer un duelo en el proceso, me tocó hacerme caso, cargo.

Se abre ante mi otro mundo, y me fui descubriendo: en una sensibilidad propia, que me pertenece, en una apuesta sincera que recogiera lo que iba siendo al tiempo con ellas, cuando llegaba a mi casa a escribir los diarios, en el ejercicio de etnografiar la calle y sus gentes, en el gesto de ir creando de a poco espacios sinceros para las conversaciones escuetas o reconocer que otros asuntos no eran pertinentes de ser abordados y preguntados. Y nos fuimos por el camino de hilvanar una colectividad al tiempo que se producía este trabajo, iba caminando una pregunta disuelta, donde mi cuerpo se ponía en la disposición de compartir, escuchar, alegrarnos la vida, sentir la potencia del estar en la acera los jueves en Niquitao. (Diario de campo, 2021).

1.3 Algunas metodologías colectivas

En la Colectiva Callejeras, construimos conocimiento sobre el ritmo caótico, hemos descentralizado una racionalidad al mover los límites de la autoría y la propiedad intelectual¹⁰

¹⁰ Los estándares internacionales colonizan los modos académicos de escribir y establecen unas formas en las que no es posible citar los movimientos sociales donde la creación de conocimiento queda relegada al apéndice de un análisis intelectual que “elimina

(Flórez & Olarte, 2020). Esto se ha dado a partir de las formas cercanas de estar con las callejeras; de ir a otras sensibilidades, al sitio de los dolores como el relato más intenso de la calle, o darle un lugar a las cientos de historias que cargan a cuestas, en sus cotidianidades, que exponen sin medidas, sin guardarse nada, donde la escucha reclama una atención casi sagrada. Esta cercanía colectiva e investigativa se da solamente tras establecer unos universos de confianza, proceso que requiere tiempo y que permiten hacer por ejemplo preguntas incisivas con respecto a temas íntimos que van generando respuestas reflexivas y reales (Bourgois, 2010).

Como colectiva empleamos metodologías de la educación popular como estrategia frente a la colonialidad del saber/poder donde también nos involucramos activamente. Hemos caminado ciclos temáticos a partir de lo que íbamos percibiendo y aprendiendo con ellas, pero también de los intereses de las que componen la colectividad. En un primer momento, cuando llegamos a Niquitao sin saber un propósito específico, hubo un interés marcado en las experiencias del cuerpo y los derechos sexuales y reproductivos; la menstruación en la calle, la salud sexual, la maternidad, el aborto. Un segundo ciclo temático se construyó alrededor del continuum de violencias, tanto las que las precede, como las que experimentan cotidianamente en la calle. Por último y hasta finalizar el año 2021 estuvimos preguntándonos por la memoria colectiva como un ejercicio de volver a pasar por el corazón lo vivido por más de un año. A continuación, presento algunas metodologías que considero relevantes para este proceso investigativo.

1.3.1 Cartografías del cuerpo

¿Por qué el cuerpo? Para mí, el cuerpo no es un recipiente que espera ser llenado de significados y descripciones sociales de lo que la gente hace, “no es ninguna instancia de metáfora” (Valencia, 2010, p. 198). Es sobre todo una potencia política donde se albergan las fuerzas estructurantes, es una materia activa del mundo social que en sí misma es significado, es una geografía viva llena de símbolos y memorias. Según Donna Haraway, (1995) la visión desde el

las tensiones e interpelaciones entre las múltiples formas de producción de saber sobre la acción colectiva” (Flórez, M. Olarte & M. 2020, p. 31)

cuerpo será siempre compleja, contradictoria, estructurante; se posiciona en contra de la visión desde arriba.

En esta sintonía, el cuerpo de las callejeras es un relato vivo del desprecio social, es la consolidación misma de una realidad que se aprende a vivir con la única pertenencia que se posee: sus cuerpos, aquellos leídos socialmente como una otredad amenazante. Reflexionar desde él, me ha permitido comprender algunos entramados de la violencia que se ejerce contra las callejeras, pero también de las propias agencias que sostienen la vida cuando se habita la calle.

Uno de los ejercicios realizados más reveladores fue la cartografía corporal, un mapeo de realidades encarnadas que se construyó sobre una silueta plural, donde las callejeras iban significando los lugares del cuerpo que han sido marcados por las violencias, sufrimientos, pérdidas y dolores, pero también los lugares de la piel donde ellas mismas encuentran las fuerzas para sostener los ritmos de vida y muerte en la calle ¿Cuáles son los lugares del cuerpo donde más se han sentido violentadas? ¿Qué las hace ser fuertes para estar en la calle? ¿cómo se cuidan? fueron algunas preguntas que rodearon el encuentro.

Figura 1

Dolor y perdón

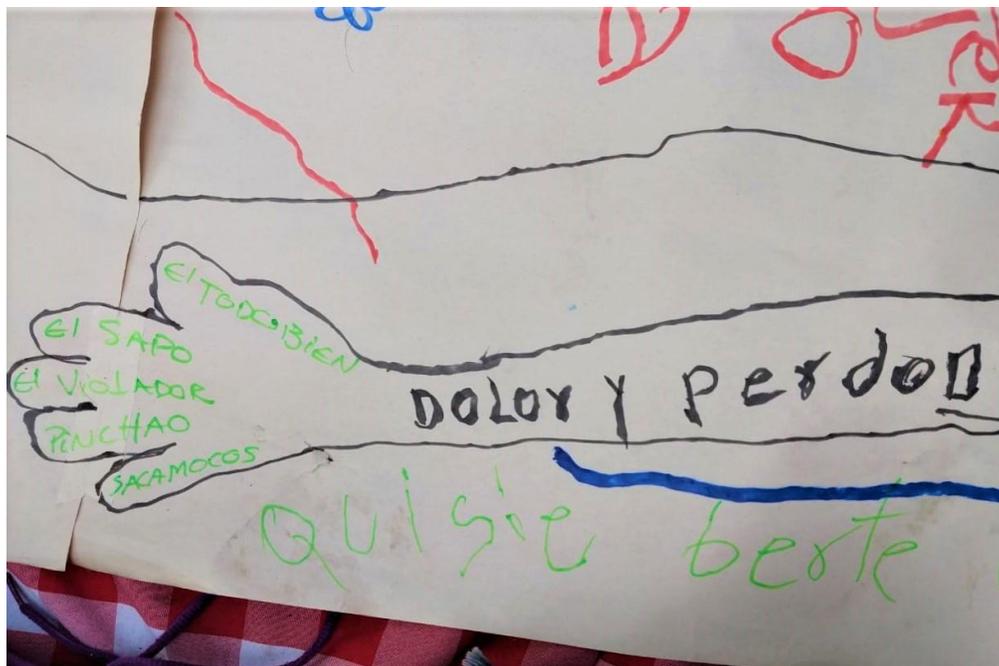


Figura 2

Si me toca, tiro



Figura 3

Soy mujer, pero no muñeca

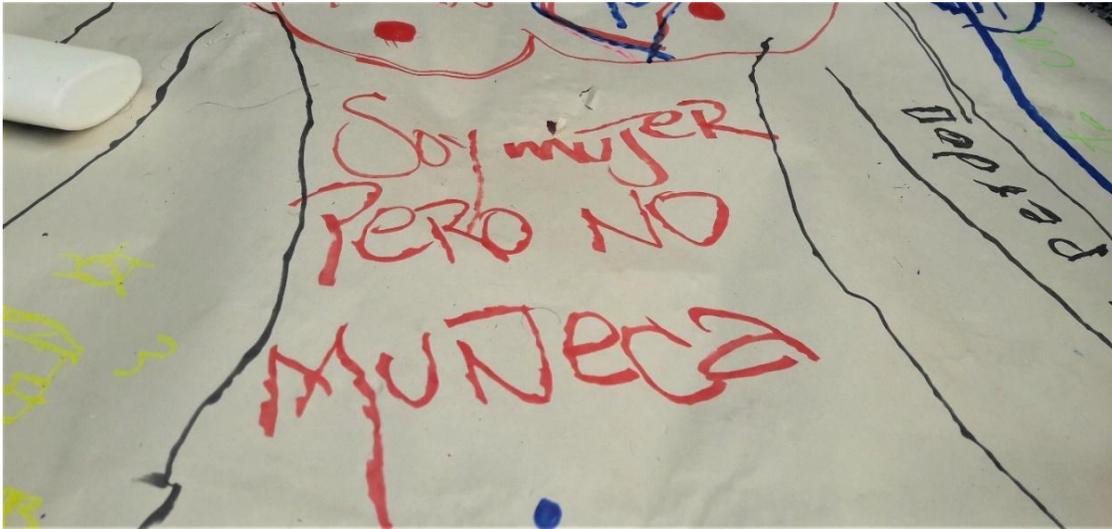
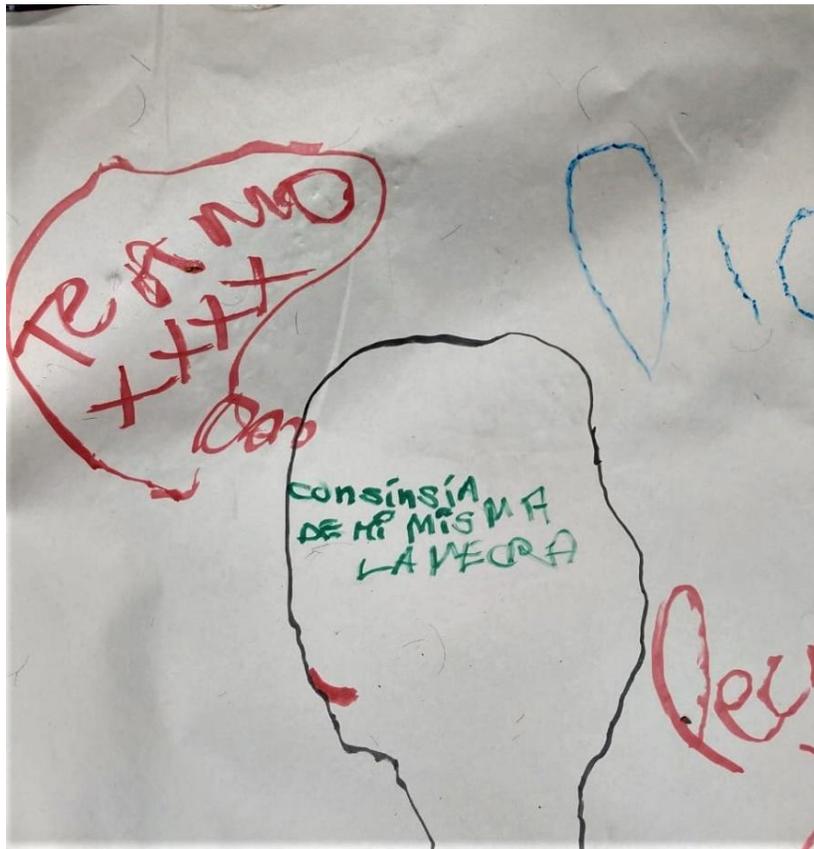


Figura 4

El "te amo" que Cristina se escribe para sí misma



Las callejeras se aventuraron a intervenir aquella silueta colectiva entretejida con los testimonios de todas. En ella aparecieron marcas en los lugares simbólicamente más cargados, lugares de representación del cuerpo como el espacio del plexo solar significante de las emociones. Otras callejeras rayaron una genitalidad asociada al trabajo sexual. Cuando se preguntó por el *útero*, aparecieron historias de una maternidad culposa, muchas mencionaron el dolor que les sigue generando no poder estar acompañadas por sus hijxs.

La maternidad, fue uno de los temas más relevantes y comunes entre las callejeras. Aunque muchas estén lejos de aquel rol; la maternidad no se desconecta con vivir en la calle, las formas instauradas de la madre correcta siguen operando en ellas, muchas les genera grandes culpas ser “malas madres” y no estar ocupándose de su maternidad. Es muy complejo ser madre y ser una callejera, la sociedad aparte de criminalizar la condición de calle, las condenar por el acto de abandono.

1.3.2 Cartografías de la violencia

Cuando hay un escenario fértil para el anonimato de la calle, las violencias contra las callejeras se exacerban,¹¹ se convierten en un común denominador de sus cotidianidades, determinan tránsitos y formas propias de estar en los espacios. Para este ejercicio de cartografiar la calle iniciamos identificando: El parque de las luces, La Avenida Oriental, la canalización del metro, Colombia, Girardot, Pablo Tobón, Ayacucho, El río Medellín, San Juan, La playa y Barrio Colón. Este ejercicio estuvo dispuesto para reconocer cómo se da el entrecruzamiento de las violencias que van más allá de la calle pero se conectan al tiempo con ella.

Las callejeras identificaron que hay muchos otros lugares fuera del mapa donde se reproduce la violencia, otros municipios y ciudades, lo cual muestra una calle compuesta por la memoria de muchos otros espacios que también han sido geografías del despojo (Ojeda, 2016).

¹¹ No quiere decir que los varones de la calle sean más bélicos por estar en la calle, son los espacios los que van a determinar ciertas prácticas, son las condiciones que hacen posible la reproducción de la violencia feminicida.

Algo que marcó el curso del ejercicio, fue que muchas vincularon directamente los espacios, con la violencia sexual.

“Yo fui violada en muchas partes acá en Medellín. En Carepa me violaron, se me montaron en mi barriga y con la cacha de la pistola me dieron, pum, pum, pum. Muchas violaciones.”
(Doña Luz, comunicación personal, 18 de febrero, 2021)

Acá en Medellín, también. En Castilla fui violada, San Javier, por allá hay mucho que le gusta coger a las mujeres a violarlas y a maltratarlas. Y acá en el centro, me tapaban la boca y yo aparecía en una manga despertada yo toda aporreada y bañada en sangre. Me violaron al perro (Paola, comunicación personal, 18 de febrero, 2021)

Principalmente las callejeras identifican la violencia en la calle como una afectación al cuerpo, se les hizo más inmediato reconocer la violación y la agresión física en los lugares marcados en el mapa. Sin embargo, también aparecieron otras violencias más simbólicas que están relacionadas con los espacios fértiles para ser engañadas y violentadas, tal como lo menciona Isabel:

Otra violencia es el engaño cuando dicen que te van a dar dinero por la Veracruz, es muy común en el centro para las mujeres que te engañen y terminan las mujeres abusadas, engañadas, traicionadas, eso es traición y la traición va luego con mucha agresividad física. (Isabel, comunicación personal, 18 de febrero, 2021).

Figura 5

Por los puentes también violan mucho



Figura 6

Cartografiando el centro de Medellín

**1.3.3 Sororidad**

En este encuentro tuvimos un momento inicial para reconocer cuando en la vida hemos encarnado la misoginia con las otras, con las amigas, madres. Romper el pacto patriarcal y apostarle a relacionamientos “sanos”, fue el ejercicio que muchas siguieron conservando en la memoria. Hablar de sororidad fue bastante útil, puso un mensaje directo sobre la necesidad de cuidar los vínculos, porque es muy fácil que la otra sea mi enemiga en la calle. Algunas, por ejemplo, después

de los encuentros alrededor del *amor entre mujeres*, han logrado romper las enemistades históricas, se han hecho seriamente la reflexión aunque sigan existiendo tensiones entre ellas. Estos encuentros también han marcado unas formas discursivas que empezaron a estar en sus lenguajes, quizás el ritmo de esta palabra ha hecho que se quede en la memoria.

¡Les presentamos la palabra *Sororidad!*

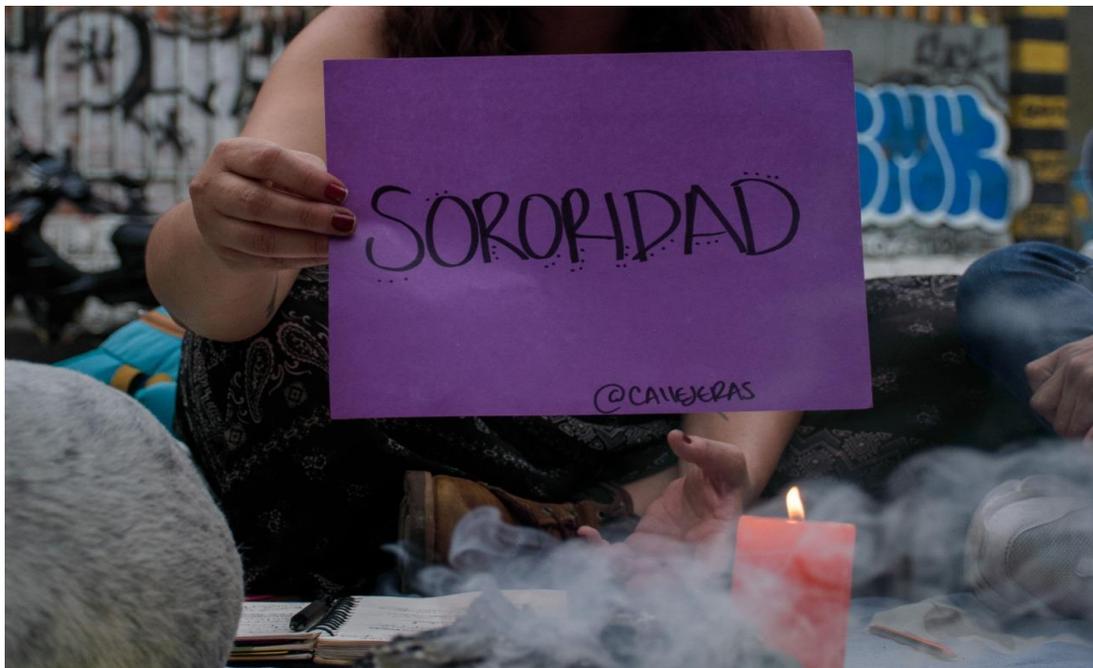
¿A qué suena esta palabra?

Salud, solidaridad, severidad.

Sí. Significa un pacto político de relacionamiento con otras mujeres, hermanarnos entre mujeres.

Figura 7

Un pacto político entre mujeres



Nota. Las tres fotos anteriores fueron elaboradas por Laura Miranda.

2 Buscando la calle en los libros

Como paso fundamental para presentar un proyecto de investigación, hice un rastreo de algunos trabajos que recogen en forma de pinceladas producciones académicas; perspectivas epistemológicas, teóricas y metodológicas en el abordaje amplio de los contextos y dinámicas callejeras, no sólo desde la antropología o los estudios de género y feministas, sino también a partir de propuestas interdisciplinarias. Este finalmente es un rastreo que reúne en su mayoría las experiencias de una calle para los hombres, lo cual deja claro la invisibilidad epistémica existente sobre las mujeres o identidades feminizadas en los contextos de calle.

En la sintonía de rastrear esta realidad en términos más amplios, encontré varias producciones académicas que problematizan la figura del nómada en la calle y las normas sedentarias de la vida urbana que son leídas como antagónicas a los deseos de libertad de quienes viven en la calle. Esta perspectiva, aunque sea problemática por el hecho de volcarse a pensar los deseos individuales de las/los sujetos fuera de las estructuras que producen el fenómeno, sí me parece interesante escuchar esta dimensión que también compone la calle, pues muchas veces se buscan respuestas racionales solo en un megarelató. Pero esto propone ir más allá de las condiciones estructurales.

Es el caso del libro *Vagabundos y Andantes* (Márquez, & Toledo, 2010) realizado en Santiago de Chile, Valparaíso y Temuco. Este trabajo se compone como un esfuerzo colaborativo de diferentes voces que abordan relatos de vida, relaciones fronterizas con los cuerpos y los modos de vida urbana, evidenciando no la historia del sujeto/a trágico por excelencia, sino el lugar que ocupan los “deseos otros” para los *Vagabundos y Andantes* que escapan a una serie de regulaciones morales y sociales, priorizando los deseos de libertad. Presentan también una genealogía de lo *Vagabundo* y el surgir del concepto, diferente a la idea del “habitantes de calle” que en la actualidad tiene otras cualidades ancladas a los socioespacial y las dinámicas de consumo de SPA. Acá lo que se pone en reflexión, son las posibilidades de “libertad” en la figura del Vagabundo.

Por esta misma línea encontré el trabajo: *Los ciudadanos de la calle, nómadas urbanos* (1999) realizado por el profesor Javier Omar Ruiz donde cuenta sobre los estilos sedentarios y nómadas que interactúan en la vida urbana. El autor conecta diferentes lenguajes como las voces de las propias personas de la calle, la poesía, la imagen y la crónica, proponiendo una resignificación de un “estilo de vida” nómada como aquella posibilidad de vida que se puede reconocer desde los no-límites y en la ruptura de todo lo establecido en la sociedad capitalista. Por otro lado, él aborda el concepto de *cultura nómada* o *nomadismo urbano*¹² para evidenciar realidades de la calle que se hacen posible solo desde una ruptura epistemológica con la racionalidad de los estudios sobre la desigualdad y la pobreza.

Desde una perspectiva lingüística, la autora María Carolina Marchese (2006) analiza la construcción del signo “Indigente”, afirmando que este sigue predominando en la academia y los informes del estado, así que propone una interpelación al significado social que se le atribuye a esa imagen de “desposeído” o “psicótico”. Esta categoría despectiva de *Indigente* se ha producido para referirse a aquel degenerado por el consumo de drogas y un sujeto fuera del margen de la sociedad definido a través de lo que no tiene, como la ausencia en la reflexión verbal (Marchese, 2006). De esta manera, ella quiere cuestionar el uso y la apropiación del término indigente, ya que denota pobreza extrema y posee cargas económicas por ser el sujeto/a no legítimo de la productividad y del consumo.

Por este mismo camino sobre los usos categóricos, Enrique Rincón (2018) en su trabajo etnográfico realizado en Bogotá: *Parchando Calle, haciendo una vida más allá del habitante de calle*, presenta una propuesta muy interesante y necesaria desde la etnografía *comprensiva* y el trabajo de campo en las calles. Él comparte como “*uno más*” las cotidianidades de la cultura de la

¹² Para Deleuze y Guattari, (2004) los y las nómadas no permiten sedentarizar la fuerza de trabajo, crear rutinas y regular el movimiento, haciéndose itinerantes sus oficios y trabajos, desembocando en un difícil control sobre sus cuerpos (Deleuze y Guattari, 2004 en Mesa, 2019). Así, el nomadismo urbano si se quiere leer desde otra perspectiva, reta una idea de lo estrictamente económico, siendo las fugas del binario productivo/improductivo, posibilidades de recrear otras relaciones económicas desertoras a la idea de sujeto/a económico que se piensa a largo plazo y que es propio de un modelo aspiracional de vida.

calle. La investigación etnográfica tiene dos bloques argumentativos, por una parte, su propósito es controvertir la comprensión sobre aquel denominado habitante de calle, presentando a su vez una genealogía de esta categoría y sus distintas figuras de enunciación y discursos institucionales. El segundo hilo argumentativo explora las prácticas callejeras que discuten con un conjunto de estructuras de poder y cómo a partir de gestiones cotidianas del *sujeto que parcha*, emergen subjetividades que le permiten a las propias personas no versen como sujetos desnudos, vulnerables, sino con posibilidades de ir más allá de las representaciones que hace el Estado y las políticas públicas.

Este trabajo es inspirador en la medida que aborda la vida en la calle desde el reconocimiento cercano de una trama que escapa a las nociones instituidas de lo aceptable e inaceptable, e invita más bien a reflexionar en clave de interacción entre fuerzas de poder y las subjetivaciones. Sugiere finalmente que este fenómeno debe ser mirado con objetividad y tratado de manera coherente con la realidad y la historia del país.

En Bogotá sobre todo, ha emergido mucha producción académica sobre la calle que me interesa mencionar, como el trabajo realizado por las periodistas Natalia Martines y Nicolle Bustamante *El Bronx, un infierno estructurado* (2017), que aunque no se centre en la vida de las mujeres, si hay una dimensión que las contempla: la explotación sexual en la calle. Posicionadas desde una perspectiva del periodismo preventivo y público, ellas presentan una identificación del *modus operandi* de las estructuras ilegales y la inserción del paramilitarismo en el control del microtráfico dentro del Bronx.

La fuerza argumentativa reside en que las personas habitantes de calle son presentadas como una suerte de “escudos humanos” para que las fuerzas policiales y las autoridades -sin sacarlos de esta cadena- desvíen la atención del problema de raíz entre paramilitarismo y economías ilegales. Por otro lado, develan la relación entre “Sayas”¹³ y la explotación sexual en el Bronx, evidenciando por medio de relatos de mujeres, niños y niñas habitantes de calle, múltiples prácticas como la violación, torturas y castigos que hacen parte relevante de una cadena criminal, donde los

¹³ Este término hace referencia a los hombres encargados de cuidar y vigilar la zona El Bronx o La L, además de que asumían roles de liderazgo y de expendio de drogas dentro de este espacio.

cuerpos feminizados se insertan en una lógica bélica para llevar a cabo grandes negocios. En la revisión consideré importante esta investigación porque propone una relación vinculante entre el consumo de cuerpos feminizados y los actores del paramilitarismo.

Por otro lado, y situando ya una práctica feminista y epistemológica, me encuentro con tres trabajos centrales e inspiradores. Algo en común fue que cada uno se desarrolló en marcos institucionales de centros de protección distrital y de resocialización. El primer trabajo es el de Carolina Rodríguez (2014) con su investigación *cuerpos femeninos callejeros: hacía una construcción de política social con enfoque de género en Bogotá*, donde trabajó con niñas y jóvenes vinculadas al instituto Idipron dedicadas al reciclaje, desescolarizadas, barristas, toxicómanas, madres, mujeres lesbianas y bisexuales, vendedoras ambulantes de dulces, cantantes en los buses, mujeres trans y hombres trans, jóvenes en ejercicio de prostitución.

La autora propone el concepto de “*cuerpos femeninos callejeros*”, en una búsqueda de mover la categoría “mujer habitante de calle” por una propuesta más abierta del género que trasciende la diferenciación de las convenciones ideológico/culturales. También reflexiona sobre la posibilidad de ampliar la mirada y entender lo femenino como proceso y no como “las mujeres”, apelando a las construcciones corporales diversas que se dan en las calles y en oposición a las identidades heteronormativas.

Siguiendo esta crítica feminista de tránsitos, mutaciones de género y vida callejera, Mónica Andrea Mesa (2019) en su trabajo de investigación *Corporeidades ñeras: contradicciones callejeras*, examina experiencias de mujeres que habitan las calles bogotanas. Este trabajo reflexiona sobre lo que significa para las mujeres la socialización y resocialización en las calles, presentando las ambigüedades y contradicciones de lo que implica ser construida como *Ñera* en un lugar negado para la mayoría de las mujeres como lo es la calle. La autora se posiciona desde un enfoque cualitativo y de observación participante como herramienta principal que le permitió desplazar la categoría “mujeres habitantes de calle” por “*Ñeras*”, logrando hacer uso de definiciones que ellas establecieran de sí mismas, situándolas como protagonistas de su investigación y reconociendo sus propios lugares de enunciación.

Por otro lado, la autora integra el concepto de “*resocialización*” señalando que este es una respuesta a las ideas en que las mujeres son socializadas, pero al momento de habitar las calles devienen en formas estratégicas y contradictorias que irrumpen ideales de corporeidad, feminidad, salud, esfera privada. Al mismo tiempo, estas mutaciones a los ideales convencionales de ser mujer, no implican una ruptura absoluta, ya que en la calle se exacerban distintas violencias para ellas. De esto trata la contradicción callejera, de “ese juego de ser y no ser mujer, de usar sus cuerpos de maneras estratégicas incorporando la frontera en ellas, habitando un tránsito constante” (p. 41)

“Eso es volverse ñera, aprender a actuar, a defenderse, y sí, en este caso desafiando esa cultura de la razón y dejándose llevar por las pasiones, que son comunes en la calle, cosa que por lo general no nos enseñan a las mujeres. Desaprender lo que nos han inculcado que es natural, desestabilizar e incomodar lo que el sistema patriarcal impone, irrumpir en una ciudad de afanes y grises, andar seguras en el lugar que todas vemos como inseguro. Y si bien las ñeras tampoco pertenecen de manera exacta en la categoría de la nueva mestiza que propone Gloria Anzaldúa¹⁴, porque para esta es necesario tener una conciencia sobre esas maneras de actuar y esos lugares que ocupan los cuerpos, las ñeras son el resultado de lo insostenible que es creer que hay una manera de ser mujer.” (Mesa, 2019, p.140)

El tercer trabajo es de Keilyn Corrales (2018) *Vivencias de “niñas” en situación de calle en la ciudad de Bogotá: Cartografías sociales y corporales desde el marco institucional*. El objetivo que guía su investigación está basado en analizar formas en las que el género configura las dinámicas de apropiación del espacio público de “niñas” que han tenido experiencias de vida en las calles de la ciudad de Bogotá. La relación de cuerpo y espacio constituye su posicionamiento teórico y metodológico y se apoyó en las técnicas de mapeos corporales, mapas sociales, geografías de la percepción. Todo esto le permitió dilucidar las formas en que se estructuran los espacios a través del género desde la relación con las materialidades, las calles, la ciudad, la institucionalidad, en la dualidad espacio abierto/espacio cerrado.

¹⁴ La autora trae a Anzaldúa (2016) para hablar del cuerpo de las ñeras callejeras como primer residente de fronteras “no la frontera como algo entre aquí y allá, sino como un estado, que es precisamente lo que experimentan las ñeras. Su cuerpo como frontera, en la que caben varias culturas y ellas hacen de esta su forma de vida.” (Mesa, 2019, p.137)

Este trabajo de investigación construido con las niñas y desde las niñas en situación de calle, es potente porque recoge los hilos temáticos de cuerpo, género y espacio y permite comprender relacionamientos que las niñas en situación de calle crean a partir de la búsqueda de unas libertades difusas, donde al tiempo construyen y deconstruyen significaciones de su feminidad a partir de fronteras espaciales, como la esfera pública, la calle, el centro institucional.

Ahora, en la búsqueda realizada en Medellín, se identificaron algunos trabajos más generales sobre el tema de habitantes de calle con una preponderancia en la disciplina del trabajo social y la psicología. Desde la disciplina antropológica encontré poco sobre mujeres habitantes de calle. Sin embargo, señalaré dos trabajos etnográficos realizados en el centro de Medellín en el año 2018.

El primero es realizado por la antropóloga Manuela Hoyos Buriticá. Su trabajo se titula: *La construcción del monstruo* desarrollado en el año 2018 en los alrededores de la Plaza Minorista, el Parque Bolívar y el Bazar de Los puentes del centro de Medellín, ella se interesa por conocer a través de la etnografía audiovisual y polifónica, las maneras y los mecanismos por los cuales se construye un sujeto monstruoso en el centro de Medellín, entendiendo este como “todo aquello que se opone a lo que la sociedad incita: lo agradable, lo proporcionado, lo satisfactorio, lo afable, lo bueno, lo armonioso, lo simétrico, lo adecuado, lo apropiado.” (p.13).

Por otro lado, Efrey Ruiz Mendoza (2018) en su investigación *Los gamines de la Minorista: análisis socio alimentario de la situación de calle en Medellín*, propone un estudio de caso e intenta visibilizar la situación sociopolítica y alimentaria de la población habitante de calle en el centro de Medellín. Este trabajo presenta un panorama sobre las posibilidades de acceso y consumo en relación al uso de las drogas y los problemas sociales determinantes en la vida de la calle.

Desde la disciplina en ciencias políticas, Alejandra Alvarado (2018) presenta un trabajo muy potente: *Nómadas Urbanos: Un análisis comparado de los modelos subnacionales de intervención urbana a los habitantes de calles en Medellín y Bogotá, 2012-2015*. La autora narra cómo los procesos globalizadores y neoliberales se insertan en las políticas urbanas de ciudad. En este periodo de análisis (2012-2015), Medellín incorpora fuertemente el discurso de innovación y emprendimiento que dio paso a transformaciones en términos económicos y sociopolíticos y

exacerbó a su paso la idea de sujetos productivos y la urgencia por transformar una Medellín violenta por una Medellín segura. La autora por medio del método comparativo, evidencia las tensiones producidas por las intervenciones institucionales en el periodo de Aníbal Gaviria que fueron acompañadas de operativos militares y procesos de gentrificación.

Desde el trabajo social, encontré un libro muy relevante de Martha Elena Correa (2007) *La Otra Ciudad*. Esta investigación busca conocer las características demográficas, socioeconómicas y familiares en las que vive el habitante en situación de calle. Un argumento muy relevante que aparece en su libro es la ocupación espacial como elemento clave para comprender el sentido que configuran los *territorios móviles, territorios itinerantes* donde las personas habitantes de calle van produciendo a su paso desde dimensiones simbólicas y físicas, una semantización de los espacios de calle, como el fogón construido con piedras, los instrumentos de cocina, los cartones y plásticos que constituyen el cambuche, la limpieza o la mugre deliberadamente visibles, los rituales de aceptación a quien quieren acceder al territorio, los gestos de acogida o rechazo, el lenguaje especializado y la expresión corporal que intimida o seduce al “otro”. (Correa, 2007).

Por otro lado, invita a construir cambios de paradigmas que debatan la idea de que las personas habitantes de calle se encuentran en completa indefensión, ya que las razones para habitar la calle, si bien tienen profundas raíces en el modelo económico de país, trascienden las condiciones económicas y se articulan a problemas familiares y de consumo de sustancias psicoactivas. Considero muy relevante las diferentes dimensiones y complejidades que propone en el libro, dado su aporte a las construcciones de territorialidad que rompen con la ilusión de que en la calle no es posible construir territorios de vida.

Reconociendo los esfuerzos generados desde el trabajo social, sobre todo por caracterizar y describir las razones por las cuales las personas llegan a habitar la calle, si siento una distancia frente a las posiciones que teorizan la “realidad” de la habitar la calle desde responsabilidad individual, pues se ignora el conflicto que trasciende las elecciones personales o familiares. Un asunto generalizado en los estudios de “habitantes de calle” se trata de la individualización extrema y la adhesión al reduccionismo psicológico que no ofrece salidas realistas para la reducción de los llamados “ciclos” familiares, como menciona Philippe Bourgois (2010).

Desde el enfoque de salud pública, Alejandra Valencia y Gloria Margarita Alcázar en el año 2008 realizan una investigación llamada *La violencia no siempre es violencia*. Utilizan la etnografía para describir y comprender el significado de la violencia desde la perspectiva de 10 niños y 8 niñas en Medellín. En su proceso del trabajo de campo emergieron las categorías de *agresión que no son violencia* y *violencia que es dañar sin razón*. Lo que los niños y las niñas ven como una violencia justa y legítima se traduce en la defensa de lo propio, mientras que el “daño sin razón” es visto como práctica ilegítima ante la falta de lealtad que impera en el mundo callejero. Sin bien no es el interés de comprender relaciones de poder alrededor del género, si describen como algo reiterativo las prácticas de explotación sexual orientadas desde los adultos que intimidan y cosifican el cuerpo de las niñas de la calle. Lo potente de este trabajo es que se confronta el adultocentrismo, ya que invita a desentrañar desde el mundo de la calle versiones menos macro del fenómeno. Al poner la voz de niños y niñas.

2.1 Entre la suciedad y limpieza: dos hitos históricos urbanos de Medellín

Los discursos biopolíticos basados en el control y la vigilancia de un otro/a indeseable, aparecen de manera evidente en las normas del cuerpo legítimo; el que está sano, limpio y con capacidades productivas. En sintonía con esto, Sandra Pedraza (2004) señala la conexión entre los códigos normativos urbanos y los cuerpos aceptables de la ciudad, ella menciona cómo esta relación se ha construido bajo un régimen moral gestado en la apariencia física, en los movimientos y comportamientos sociales, en la educación del cuerpo, la configuración de la identidad nacionalista blanco-mestiza, y todo aquello que decanta en la relación vinculante entre higienismo y poder hegemónico.

Este discurso colonialista de la higiene-belleza-limpieza según la autora, se convirtió en un relato que llevó la batuta en el concierto de la primera modernidad, generando múltiples exclusiones hacia las poblaciones más repudiadas: “los enfermos”, “los locos”, “las prostitutas”, “los alcohólicos” y “los miserables” (Pedraza, 2004). Esta enseñanza de la higiene y los códigos urbanos se materializó además en instituciones públicas encargadas de su manejo como el

Ministerio de la Higiene creado en 1946 (Robledo y Rodríguez, 2008) o las cartillas y manuales de higiene que fueron proyectos científicos exclusivamente estatales para las ciudades. (Pedraza, 2001, en Mesa, 2019).

Por otro lado, y para el caso entonces de Medellín, ese higienismo como ideal de ciudad moderna se vinculan con una fisionomía “Paísa”¹⁵, una configuración identitaria del acervo antioqueño y un proyecto político que se empieza a gestar en la consolidación de unos sentidos de arraigo, de una prolongación de un pasado colonial que aparece con el objetivo de estatizar y proyectar una imagen de futuro para la ciudad. Este proyecto político antioqueño Según María Teresa Uribe (1990) excluyó a quienes no se acogieron a los parámetros básicos del ethos sociocultural: los vagos, a los que no hicieron del trabajo material fines útiles, a las prostitutas, a los hijos pródigos, a los mendigos y “a los indigentes” (Uribe, 1990).

Por otro lado, partiendo de lo esbozado anteriormente, quiero abrir un contexto a partir de dos hitos que aperturan un contexto del centro de Medellín en dos épocas distintas, pero con incidencias directa sobre los cuerpos y los espacios leídos con el rótulo de lo indeseable: el desmantelamiento de Guayaquil (años 80’s) y el Foro Urbano Mundial -más coyuntural- (2014) que devino en borramiento social y la desaparición de vidas callejeras. Estos dos acontecimientos tienen en común la discusión sobre las pretensiones ético-estéticas para un proyecto político de ciudad donde finalmente el cuerpo es el blanco (Sayak, 2010) las putas, las trans, las vidas callejeras, las identidades precarizadas. Estos cuerpos configuradores de espacialidades y subjetividades aparecen como la antítesis de una aspiración higienista de ciudad embellecida y se convierten en el contrarelató físicamente evidente de una Medellín profundamente violenta.

¹⁵ Estas identidades proyectadas sobre *lo paísa* en la composición de la ciudad también tienen una serie de principios gestados a partir de las trayectorias de quienes iban poblando las ciudades. Para la década de 1950 se presentó una oleada de migraciones del campo a la ciudad, gentes en su gran mayoría procedentes de otros municipios del departamento de Antioquia, principalmente expectantes de una ciudad industrial de la que habían oído y en búsqueda de alternativas a la pobreza y a la violencia rural que azotaba al país en la época. Estas familias fueron ubicándose en espacios vacíos que se avistaban como alternativa para levantar sus casas (Hernández, 2010).

Ahora, conectando con el hito del desmantelamiento de Guayaquil, aledaño a lo que hoy es el centro administrativo La Alpujarra, antes de su demolición era conocido como el *corazón de la ciudad* por ser el espacio de la multiplicidad, provisto de placeres, peligros, y de una muchedumbre aglutinada que habitaba el día, pero sobre todo la noche y que hacía de la experiencia urbana una posibilidad de encuentro y permanencia.

Por esta línea, la historiadora Eulalia Hernández, cuenta como desde 1962 novecientos dos familias llegan a terrenos cercanos a la Estación del Ferrocarril de Antioquia y a la Plaza de Mercado de Guayaquil, encontrando en este *hervidero* un espacio para la socialización, (Hernández, 2010) adhiriendo a su paso diferentes actividades económicas: bares de músicas populares como la salsa, los tangos, la terminal de transporte, mercados populares, el trabajo sexual. Guayaquil, lograba generar una confluencia de diferentes identidades y se constituía como un contenedor de espacialidades decadentes y peligrosas, ya que concentraba lo que para la élite de la ciudad era impuro y degenerante, no digno de unas aspiraciones moderna y desarrollada, pues se consideraba un foco de congestión, delincuencia y suciedad, tanto del espacio como de quienes lo habitaban, que en su mayoría eran las clases bajas y populares.

En los años 70s Guayaquil empieza a ser intervenido con desalojos masivos que respondían no solo a las renovaciones urbanas para la consolidación del centro administrativo la Alpujarra, sino a las diferentes estrategias de atomización del conglomerado de cuerpos activos y prácticas despreciables, sucias. Todo con el objetivo de remover y limpiar paulatinamente el espacio de la muchedumbre.

Así, Guayaquil hasta la década de los 80 fue *hervidero de comercio* donde la vida nocturna era protagónica, donde era más fácil colectivizar la experiencia desde el disfrute y los placeres¹⁶. En esta época el centro de Medellín empieza a tener unas transformaciones urbanas significativas, se constituye como el periodo de la **recuperación del centro** junto con la ejecución de planes de

¹⁶ Otro asunto importante es la quietud como antagónica a un movimiento que indica progreso (Sennet, 1994) propio de los ritmos de vida urbana. La cuestión trata de no permitir sedentarizar los espacios urbanos, pues son planeados para el paso y no la permanencia “Si una vez existió una masa de cuerpos estrechamente unidos en los centros de las ciudades, la muchedumbre hoy en día se ha dispersado.” (Sennet, 1994, p. 24) o como lo menciona Eulalia Hernández (2010) “Todo debía moverse, circular, desplazarse. No solamente el dinero y los objetos, también los cuerpos, las ideas, los hábitos tenían que moverse, so pena de quedar —retrasados en el creciente movimiento universal hacia el progreso. (p. 92)

desarrollo y acciones para el rescate de la zona central (Hernández, 2010), lo que le da paso a la demolición de esta plaza popular que ha sido un espacio de recordación para las vidas callejeras, como Doña Luz Dary la callejera que construyó gran parte de su vida en “Guayaco” y fue su espacio potencial de supervivencias.

Con la demolición de Guayaquil se sedentarizó el comercio y se atomizaron las dinámicas colectivas; se atomizaron porque si bien el proyecto político modernocapitalista de la ciudad logró acabar con este espacio, ciertamente las prácticas¹⁷ que allí se fraguaban, se dispersaron y se reterritorializaron en otras calles del centro de Medellín menos cerca de los centros administrativos.

2.1.1 La ciudad del emprendimiento y la innovación

Siguiendo con el segundo hito, solo en los años 90 la transformación de la ciudad se vincula con la búsqueda de la promoción de una “cultura empresarial” y posteriormente de las tecnologías de innovación (Hernández, 2010). En esta época, Medellín empieza a incorporar en sus proyecciones urbanas administrativas unos ideales de internacionalización, adscribiéndose a los circuitos de las ciudades estándar del norte global que se ajustaban muy bien a los nuevos valores de emprendedurismo (Sanín et. al, 2014).

En los 90’s, en plena violencia intraurbana, Medellín cambia de vocación: va perdiendo sus prácticas industriales para convertirse en la Medellín empresarial y de estatus internacional prestadora de servicios,¹⁸ lo cual, configuró nuevos órdenes sociales, relaciones económicas y cambios en el campo del trabajo, debido a las reformas neoliberales que encontraron eco en las políticas urbanas con la promoción de la innovación (Sanín et. al, (2014). La cultura del

¹⁷ En contravía a la “pujante raza paísa”, la gente del barrio Guayaquil de Medellín nunca aceptó a cabalidad las banderas de la moral católica, el trabajo y el ahorro que los gobernantes y religiosos quisieron imponer. Guayaquil: barrio de prostitutas, drogadictos, obreros y comercio, nació para ser el centro más importante de la capital antioqueña, pero se transformó en uno de los lugares más despreciables de la ciudad.” (Las2Orillas, 2018).

¹⁸ Por ejemplo, en el proceso de globalización, en las reformas a los mercados de la década de 1990, en las políticas intervencionistas del Estado en la economía, en los procesos de flexibilización laboral, en la tercerizaciones de la producción, en la innovación tecnológica y en la transformación de los asalariados en empresarios; incluso, como se ha visto, resaltando las precarias condiciones socioeconómicas de pobreza y la sobrevivencia de la población latinoamericana como explicación de su aparición y desarrollo. (Sanín et. al, 2014)

emprendimiento y la educación se consolidó entonces como eslogan para superar la Medellín del narcotráfico y los factores asociados con la crisis económica del pasado, como aspiración negacionista del conflicto.

Este es el caso de haber organizado y “limpiado” la ciudad, como limpiando la casa, escondiendo bajo la alfombra la mugre. Y al hermanito bobo, discapacitado lo escondemos en el clóset o un zarzo o lo amarramos al palo de limones en el solar de la casa. (Sergio Restrepo, 2014)

Lo que menciono anteriormente es para situar el Foro Urbano Mundial desarrollado en el 2014. Este pretendía posicionar a Medellín a nivel internacional, trajo la mirada de personas extranjeras, empresarios, académicos/as, y dejó a su paso una oleada de desplazamientos forzados en el marco del gobierno de Aníbal Gaviria (2012-2015). Este acontecimiento coyuntural generó una arremetida violenta hacía los cuerpos de la calle justificada en la imagen mediática de las cualidades de innovación y el desarrollo, la ciudad necesitaba entonces lograr una coherencia entre “el paisaje urbano inspirador” -premio que gana Medellín en el 2014- y la armonía espacial vendida a los visitantes donde era necesario limpiar la diferencia amenazante, borrar los cuerpos callejeros del escenario por lo menos hasta que finalizara el foro.

Para dar paso a dicho evento internacional, el gobierno de Aníbal Gaviria ordena retiros violentos desarrollados en la avenida del Río, sectores aledaños a La Minorista, y la Avenida de Greiff donde habitaban cotidianamente cientos de vidas callejeras. Se inician operativos para “desmantelar las ollas” e intervenciones de limpieza social desarrolladas a lo largo del 2014, donde todo ese año hubo una preparación estratégica aniquilante y de ocultamiento de los cuerpos de la calle, anómalos para la mirada del extranjero.

Estas declaraciones hacían parte de una posibilidad de seguir legitimando la limpieza, al tiempo que se iba desarrollando una performance institucional de la seguridad, la erradicación de las drogas en las calles de Medellín. Sin embargo, en toda esta oleada de operativos y desplazamientos, se presenta una atomización -que es lo que siempre la institución logra y hasta donde aspira- de las dinámicas de microtráfico y consumo en las calles, lo que hizo insostenible la

maniobra mediática de superar un conflicto estructural que no se acaba con desplazar las ollas, que finalmente son la última cadena que sostiene una economía ilegal en el país.

En todo este marco de vulneraciones se hicieron visibles por parte de movimientos sociales las denuncias que apelaban a prácticas de enjaulamientos, desapariciones masivas y detenciones ilegales. Sin embargo, el gobierno de turno se legitimaba en sus discursos moralistas, clasistas, legalizando por ejemplo accesos forzados de varios de estas personas al Sistema Habitantes de Calle, confiriéndoles incapacidades mentales para así dispersar las razones causales de esta oleada de desapariciones y desplazamientos.

Estos dos hitos tienen diferentes temporalidades, administraciones y prácticas de limpieza, tienen puntos de encuentro como el protagonismo de cualificar la ciudad para las transformaciones urbanas que van generando nuevas problemáticas socioespaciales. También, aparecen como una performance de la idealización de la ciudad limpia, sin desechos ni excedentes que se vende y se exterioriza con el relato ilusorio de la violencia superada.

Por otro lado, lo que aparece reiterativamente es la Medellín de la segregación, el aniquilamiento y el desarraigo, su realidad anómala seguirá existiendo, pues las múltiples prácticas populares (antiguo Guayaquil) y los conflictos inherentes al consumo de drogas (desplazamientos en el marco del Foro Mundial Urbano) son la fisiología que aún nos interroga y pone muchas preguntas por las prácticas biopolíticas y necropolíticas que siguen en marcha en los espacios de calle como Espacio Público que es un actor protagónico de desplazamientos cotidianos.

Estos dos hitos que dan cuenta de los procesos espaciales urbanos que buscan la atomización de los cuerpos y espacios indeseables, muestra intenciones claras de restringir y reglamentar la vida que se crea en las calles, tal como lo menciona Robledo y Rodríguez (2008) “Será hacerlos *desaparecer*, en su acepción simbólica o literal del término, puesto que son obstáculos para la estética, la productividad, la seguridad, y la higienización de la ciudad.” (p.145).

2.2 La calle

La calle en Medellín además de ser una zona de la clandestinidad y anonimato (Alzate, 2021), se produce bajo una lógica de “geografías políticas” que definen un orden social, está vinculado a los circuitos de la economía capitalista mundial, se inserta en los procesos fértiles de las economías ilegales, de la concentración de capital, -que no es nada más que producción de escasez- y de las cadenas que sostienen el narcotráfico en el país. Las dinámicas de la calle se configuran también desde un complot que se sostiene por las fuerzas del estado sin suscribirse plenamente a él como menciona Sayak Valencia (2010); fuerzas que se disputan el poder de oprimir y producen a su paso “la destrucción material de ciertos cuerpos”, (p.10) de los cuerpos de la calle, que sí se piensan dentro de un orden de necropoder; administran quienes viven y quienes mueren.

Ser un cuerpo “habitante de calle” es ratificar diferencias marcadas de clase, etnicidad, género, implica estar excluido/da de un orden social que crea vidas oficiales correctas-productivas, la misma que les despoja de sus cualidades humanas vaciándoles de cualquier atributo de agencia, generaliza sus existencias al considerarles vidas de menor valor por hacer de la calle un lugar para la vida. También, se les asocia con quienes hurgan en la basura solamente, quienes viven en la sombra de una realidad psicótica provocada por las drogas. Quienes son *monstruosos* y *anómalos*, lxs que generan asco y lastima, inapropiadxs para las lógicas urbanas (Hoyos, 2018). En todos estos estigmas aparece también una relación colonial que imagina las vidas callejeras en un estado de salvajismo y brutalidad. “Ellos son como animalitos” decía una funcionaría pública alguna vez en un recorrido callejero. Las vidas de las calles entran en los umbrales de lo no humano, con pocas posibilidades de merecer la vida.

Ante los ojos del Estado, la academia, la iglesia, la institución familiar; los cuerpos callejeros se muestran como “oprimidos, débiles y caminando hacia una futura muerte colectiva” (Talbear 2013, p. 91), son lo más decadente en la escala de lo aceptable social y moralmente.

Aunque sean concretos los efectos de habitar la vida turbia, aunque sea real la relación psicótica, la relación íntima con la muerte: los cuerpos de la calle no están pasivos; confrontan a una sociedad que solo es posible a partir del excedente que deja un modelo modernocolonial,

capitalista, patriarcal. Estos cuerpos de la calle son la interpelación urbana inmediata de la producción de los dolores, son el reflejo de los “sufrimientos impuestos políticamente” (Bourgois, 2009, en Rincón, 2018, p. 14).

Es en la calle donde se hacen más visibles los efectos de una diferencia, de una otredad como intención política de los sistemas de opresión; es producida en paralelo con un sistema capitalista que empobrece, un sistema colonial que despoja, un sistema patriarcal que domina cualquier cosa que contenga un asomo de feminidad. Ahora, si ser leída como una mujer es difícil, ser una callejera representa la vulnerabilidad dentro de la propia vulnerabilidad, una periferia dentro de la propia periferia. Así, para las callejeras, las violencias se manifiestan de maneras generalizadas y repetitivas: violencia sexual, las formas sostenidas de despojo (Ojeda, 2016), riesgos de feminicidio, violencia política, violencia dadas propiamente en los contextos callejeros. Las mujeres de la calle habitan niveles interconectados de opresiones, son “vidas devaluadas por el sistema “sexo género moderno colonial acompañado con un sistema racial y de clase, fundado en el régimen cisgenerista y heterosexual. (Esguerra, 2019, p. 109)

La vida en la calle como lugar que expande sus propios márgenes espaciales, se convierte en un escenario posible para aquellas vidas que se **escapan** de los lugares de imposibilidad “yo me fui para la calle porque en mi casa había muerte” como cuenta reiterativamente Lina Marcela cuando sale del barrio Santo Domingo a Niquitao. Estas vidas callejeras no sólo están sostenidas por la profunda desigualdad social, sino también por las fugas como relación vinculante entre obligación y decisión, tienen además un lugar diferencial, ya que las situaciones que las preceden, están cimentadas en el continuo de violencias que históricamente experimentan las mujeres y disidencias sexuales y de género.

2.2.1 Un camino teórico

En medio de mis búsquedas teóricas que me permitieran hablar no solo de las callejeras, sino también del fenómeno, una fuerza interpretativa ajustada a la lógica de comprender un poco la distopía de la calle, encontré el concepto de *Necropolítica*, un término usado por el filósofo camerunés Achille Mbembe (2011), definido como un poder político que dicta cómo ciertas

personas pueden vivir o no en un modelo de necropoder basado en la muerte, tal como lo presenta la activista transfeminista Sayak Valencia en su libro *Capitalismo Gore* (2010) donde devela cómo las políticas de muerte en el engranaje del capital, se localizan en los cuerpos desobedientes, en aquellos sujeto que desbordan la dimensión del yo ético. Este recurso teórico, me ha permitido comprender de una manera más clara la relación de fuerzas, los poderes de la calle, el cuerpo como blanco fundamental de la necropolítica.¹⁹

Una tensión que me surgió inicialmente fue la relación estructura/agencia; en esa búsqueda me encontré con Philippe Bourgois (2010) y su libro “En búsqueda de respeto” donde problematiza alrededor de las tensiones entre la historia, la estructura y lo que experimentan las/os sujetos de la calle. Menciona que acentuar las estructuras sociales cuando se estudia los contextos de calle puede opacar el hecho de que las personas no son víctimas pasivas, sino sujetos activos de su propia historia, donde el mundo de la calle es necesario mirarlo con la pregunta ¿cómo las vidas callejeras enfrentan a las fuerzas que los oprimen? (Bourgois, 2010).

Luego, en mis primeros acercamientos tímidos, fui soltando un poco la seductora idea de develar la estructura²⁰ cuando se quiere hablar de las vidas precarias y empobrecidas (Bourgois, 2010). Esta reflexión no excluye el querer indagar por la historia, la necropolítica que domina la calle, el entrecruzamiento de las estructuras; pero sí le da más fuerza a la experiencia etnográfica que finalmente dialoga con los poderes hegemónicos. Y no es que me haya volcado hacía un particularismo donde todo se lee en términos de la experiencia y lxs sujetxs, sino que justo estas tensiones entre estructura y subjetivaciones/agencia, que era algo que me hacía ruido por esa idea de lo macro y lo micro para hacer un trabajo crítico y con contenido, se fueron diluyendo cuando encontré esta discusión plasmadas en las propias formas en las que las callejeras enfrentan los poderes, pero sobretodo los poderes que exacerbaban la feminización en la calle.

¹⁹ Frente a este tema, recomiendo leer el trabajo de la antropóloga Daniela Araque (2022) *Andar la calle: necropolítica, microtráfico y personas callejeras en la ciudad de Medellín*

¿Quién puede conocer? ¿Quién genera conocimiento? ¿Qué tipo de conocimiento? ¿Para quién el conocimiento? son algunas de las preguntas que proponen las epistemologías feministas, las cuales han sido claves para posicionarme frente a la lectura de y con las callejeras. Esta perspectiva aborda “la manera en que el género influye en las concepciones del conocimiento, en la persona que conoce y en las prácticas de investigar, preguntar y justificar.” (Blazquez, 2012, p.22). Por lo cual, una tarea inicial de la epistemología feminista:

Ha sido identificar de qué manera las nociones sobre el género han influido e influyen en la práctica y el pensamiento científico (...) La epistemología feminista cuestiona la posibilidad y el deseo de la objetividad como una meta de la investigación, así como la relación que se establece entre la persona que conoce y lo que se conoce, entre la persona que investiga y la que es investigada; critica la utilización de la objetividad como medio patriarcal de control, el desapego emocional y la suposición de que hay un mundo social que puede ser observado de manera externa a la conciencia de las personas. (Blazquez, 2012, p. 25-26)

Siguiendo con las perspectivas y teorías inspiradoras, he acudido al pensamiento de la filósofa Judith Butler (2002). Aunque es su producción no están inmersas las vidas callejeras, - además por el desajuste geopolítico-, si me ha permitido reflexionar sobre la lectura social de los cuerpos como aquellos frutos del mundo cultural, inmersos en prácticas políticas, donde si se extrapola a la calle, son los cuerpos feminizados una cualidad de criminalización y estigmatización; son *los cuerpos que no importan*.

La autora reflexiona sobre la materialidad de los cuerpos como signo de vulneración, menciona en su producción como la carne que se lleva encima, es determinante para una hegemonía que determina cuales vidas son merecedoras de dignidad. De ahí a que problematice sobre los cuerpos abyectos que representan el mundo de la exclusión y el borramiento, aquellas que habitan zonas "invivibles", "inhabitables" que existen bajo el signo de lo despreciable. Los cuerpos que se constituyen a través de la fuerza de la exclusión y la abyección (Butler, 2002) como los cuerpos de la calle, que son el desprecio social.

“De algún modo, todos vivimos con esta particular vulnerabilidad, una vulnerabilidad ante el otro que es parte de la vida corporal, una vulnerabilidad ante esos súbitos accesos venidos de otra parte que no podemos prevenir. Sin embargo, esta vulnerabilidad se exagera bajo ciertas condiciones sociales y políticas, especialmente cuando la violencia es una forma de vida y los medios de autodefensa son limitados.” (Butler, 2002, p. 55)

En esta sintonía de pensar desde los cuerpos, quiero hacer mención del pensamiento inspirador de la amiga, filósofa y compañera de la colectiva Callejeras Tatiana Alzate (2021), quien nos ha seducido con su entendimiento rizomático y se ha interesado con insistencia en escribir la memoria, las cicatrices de los cuerpos de la calle. Nos ha invitado a poder “acceder con ellas al espacio del lenguaje” (p.6)

Sus Cuerpos han sufrido, cada uno de manera particular, una experiencia límite; sobrevivir al fuego, a la muerte, al dolor de la orfandad, de la soledad, y aun así intentan sobrevivir a la tristeza en la ebriedad, en el mundo sin nombre del sacol, a través del vértigo violento de las *ruedas*, de la energía lúcida del basuco; del placer abismal de la heroína. Esta es por tanto su comprensión del mundo: un acontecimiento encarnado sin mediación alguna (Alzate, 2021, p. 14)

Por otro lado y en sintonía con la pregunta que me ha generado los cuerpos de la calle, ha sido también necesario reflexionar sobre la dimensión espacial, los espacios de vida que se construyen en los lugares no asignados para hacer vida, como habitar en los puentes, en las aceras, en la canalización del río Medellín. De esta manera me ha parecido importante el llamado de las geógrafas feministas para conectar los cuerpos que existen en lugares y, a la vez, son lugares (McDowell, 1999). La geografía feminista le apuesta a derribar los binarismos espaciales, la naturalidad del espacio neutro, universal, incorpóreo, masculinizado. Las diferentes visiones sobre espacialidades feministas resaltan la relación intrínseca entre violencia de género y dinámicas espaciales. Sitúa espacios y conflictos concretos.

3 La necesidad de un collage

“Solo la vida real tiene tanta fantasía” (Alexiévich, 2015, p. 21)

Figura 8

Un collage colectivo callejero



Encontrar flores en el asfalto fue posible cuando la mirada hizo zoom, cuando atendí a la grandeza de las palabras, las oralidades callejeras como saber popular y a esos lenguajes subalternos que traicionan el conocimiento dominante. Ellas aparecerán en este capítulo fuera del rótulo de lo invivable; matizadas, lejos de la culpa, incoherentes, rabiosas, despojadas de mandatos hegemónicos de género y reproductoras al tiempo de él. Todas ellas muy reales, como la crudeza de la calle misma, donde se hace imposible ocultar.

Así como la calle es convulsa, la escritura de este capítulo refleja un ejercicio “sucio” y sin una meta objetiva; presenta entretreídos narrativos de la calle y una manera de conocer las flores que rompen el asfalto. Escribir sobre las callejeras ha sido un reto, me ha generado frustraciones, ansiedades e inseguridades alimentadas por el deseo de querer ocupar un lugar de la rigurosidad. Con el tiempo, fui reconociendo lo bello de mi propia imposibilidad para narrar la calle. Entendí que hay muchas potencias en lo que considero desborda las palabras. Así, el no tener un rumbo y sentirme desorientada, empieza a tener belleza acá, donde me autorizo la construcción de un relato expandido en forma de un texto collage colectivo, en el cual las callejeras serán las protagonistas.

“Escribe lo que más nos une en la vida, la sensación del cuerpo, las imágenes vistas, la extensión de la psique tranquila, momentos de alta intensidad, su movimiento, sonidos, pensamientos. Aunque pasamos hambre no somos pobres en experiencia.” (Anzaldúa, 2010)

El collage es conocido como una técnica artística que tiene una búsqueda por narrar otros mundos posibles, de *construir sobre lo construido*. Es un juego semántico de las imágenes, las palabras, los símbolos. En este capítulo, aunque no esté presente el sentido plástico que configura el collage como la superposición de materiales, imágenes, cosas; es algo que se acerca a la experiencia de hallarse en una imposibilidad del lenguaje frente a los universos de la calle. Este collage es un maridaje compuesto de diferentes hilos que no están amarrados a un orden lineal o coherente, permite conversar con distintas narrativas: las oralidades de las callejeras, fotografías, algunas que inmortalizan las experiencias metodológicas de la calle, poemas, diarios de campo, ejercicios literarios surgidos del laboratorio de escritura y oralidad *CalleNarre* y cuatro relatos que componen el corazón de este capítulo.

La cualidad de este texto collage será lo discontinuo, la irrupción del orden, de una incoherencia que no busca ser resuelta. Porque la calle es eso; sombras, ruido, fuerzas, fugas, dolores, impunidades, furia. Por otro lado, es un intento de jugar con lo cosechado en mi experiencia etnográfica al amparo de la manada. En este sentido aparecerán otras escrituras no solo de las callejeras, sino también de las integrantes de la Colectiva.

3.1 Cuatro relatos de cuatro callejeras

Inicialmente tenía una búsqueda por crear historias de vida de las callejeras, pero fui sintiendo un poco más ajustado acudir a relatos que dieran cuenta de relaciones más abiertas, que contemplaran marcas del sistema sexo/género durante sus vidas, experiencias por fuera de la calle o en las zonas liminales a la casa/calle, la vida que es inventada siendo callejera, o simplemente lo que ellas quisieran contarme.

He aprendido que estar con ellas es habitar en el mundo de las palabras, las astucias orales que devienen en auténticas conceptualizaciones, como la noche en las calles que Astrid define como “*paz espiritual y peligro terrenal*”. o Doña Luz que con sus dolores se autopercibe como la llorona: *Soy una llorona y me gusta llorar a ríos*. Así, Este ejercicio de construir relatos de Astrid, Doña Luz, Leidy y Lina, no está permeado de las validaciones teóricas, no busco hablar por ellas, o acudir a la obligatoriedad de la interpretación que validan sus experiencias. Vena Das (2008) en sintonía con lo esto, señala que las mediaciones e interpretaciones intelectuales muchas veces pueden quitarles la voz a los sujetos de dolor y generar un distanciamiento con la inmediatez de sus experiencias.

Estos cuatro ejercicios son relatos pasionales, no son transcripciones de entrevistas, son una tejedura de retazos de encuentros que se fueron hilando con el tiempo; hablan de sus formas de habitar la vida y la calle. Así, la historia de Lina y Leidy es un juego entre conversaciones íntimas y colectivas y una escritura etnográfica. Los relatos de Astrid y Doña Luz se construyeron de conversaciones fieles a la palabra de ellas, no ha sido ni ficcionada ni alterada, aunque la realidad de por sí es ficción.

Mi aporte fue crear un hilo narrativo. Fue un reto crear la historia de Lina. Ella, habitada por el mundo de los silencios, que finalmente se convierten en otra forma de comunicar; también habla de unas secuelas encarnadas cuando se ha vivido la intensidad de la calle.

La historia de Leidy está compuesta por retazos de memorias, tiene la intención de dignificar la vida-muerte, nos recuerda la fragilidad de las vidas callejeras, la desobediencia de género y la guerra que se vive en las calles.

Doña Luz es una palabrera apasionante y deseosa de contar su relato con otras mujeres. Habita aquella separación imaginaria entre la casa y la calle, la pieza y la calle. Le teme a los cuerpos y a los símbolos de los varones y nos recuerda quién encarna el patriarcado “*matan, violan y desaparecen*” (Astrid, comunicación personal, 21 de octubre, 2021).

Astrid es una bruja con las palabras. El día que le hice la propuesta de construir con ella un escrito, le conté sobre qué trataban los otros relatos que había hecho, me propuso que hablara de otras cosas que no fueran tristezas, violaciones, qué ya hay cosas muy duras para sumarle más “hablemos de los amores, de tirarse su fumita, del parche”. Fue su petición. Llegamos al acuerdo de que su relato sería de la belleza de las callejeras, de las otras mujeres que han transitado por su vida, también estuvo de acuerdo con jugar con los escritos de su diario y sus poemas. Ella es una cachetada ante lo que se piensa como lo más denigrante de la vida, ella está habitada, es dignidad, de fuerza transgresora y furiosa.

3.1.1 En la avenida de Greiff

Hoy la cita es detrás del Museo de Antioquia, justo de cara a la avenida de Greiff, territorio habitado en calidad del consumo de heroína. Acompañé por primera vez a la Corporación Surgir donde cada miércoles instalan su centro de escucha. Mi deseo de movilizarme en esta calle nunca antes transitada, fue darle un poco de quietud a la palabra, escuchar la calle desde el caparazón que me permite la organización, pues estar en esta agitada esquina en soledad o sin representar la institución, -aunque no lo sean- hubiese sido casi imposible.²¹

²¹ La Corporación es la posibilidad entonces de habitar un lugar supremamente álgido, y, sin estigmatizar las dinámicas que se presentan; mi quietud en el espacio simplemente no sería permitida sin este canal, además porque la organización se ha ganado un lugar del afecto que supera el asistencialismo, han entendido y atendido a la importancia de la conversación y la escucha en la dimensión de la salud.

Dani Cerén enfermera de Surgir y compañera de la colectiva Callejeras, al momento de mi llegada no está, le pregunto al compañero de trabajo y me comenta que anda atendiendo un caso urgente de sobredosis de heroína. Yo me asombro mucho con las y los enfermeros de Surgir quienes están todo el tiempo al pie del cañón con los cuerpos callejeros en diferentes lugares del centro de Medellín, reaccionan a las urgencias más reales e inmediatas, les entregan herramientas para prevenir la cadena de enfermedades, hacen el trabajo que debería hacer el estado, escuchan, miran a los ojos, conocen las profundidades de los cuerpos heroinómanos sumidos en un consumo que desborda muchas veces la agencia humana. Veo de lejos a Daniela llegar, casi que me la imagino con una capa en su espalda, la veo tan increíblemente tesa, poderosa, dadora de vida, con un ritmo agitado pero sin sorpresa.

Ver esta dinámica de frente me mueve al desconcierto, es como que esto no deja de generar amarguras por más que una se vaya familiarizando con las lógicas de dolor y hostilidad de la calle. Algo me sucedió, ese día no dimensioné el género ni los movimientos de las callejeras, mi mirada estaba puesta en los cuerpos desertores de sí mismos/as, en las geografías de sus cuerpos anestesiados y lentos, en la turbiedad de una lógica de muerte producida por las economías soterradas. Mis reflexiones eran sobre lo determinante de la diferencia de espacios y tipos de consumos. La calle no es una, no es homogénea, no se parece a otras calles. Me saltaban las preguntas ¿cómo se sostiene el consumo de heroína si es tan caro un chute? ¿Qué hacen en el día a día para conseguirlo? ¿Cuánto es el tiempo de vida de un cuerpo heroinómano? ¿Porque casi ninguna persona mayor se ve de tantas que llegan al puesto de Surgir? ¿Cómo llega esta droga letal a la ciudad?

¿Cómo está ese muchacho? le pregunto, Daniela habla con los ojos y su gestualidad gigante, responde con una alzada de hombros, dándonos a entender de lo impredecible de este tipo de casos, o de la fatalidad que no cabe en la palabra, “pues le aplique oxicodona”, y con humor cruel en su relato nos cuenta todo el hilo de la historia. Nunca había sentido tan familiar la expresión “muerte en vida” yo, que he intentado cuestionar la reduccionista mirada del consumo de drogas cuando se imagina la calle, pero esta vez lo que percibo es

una estructura que supera las/los sujetos, que los posibles grados de maniobra están volcados sobre el gestionar lo necesario para el chute próximo, el único futuro que existe es el del descanso sedante que genera, veo que los dolores tienen sus propias geografías, sus propias calles. (Diario de campo, 2 de diciembre, 2020).

Figura 9

Las paredes de Niqui



3.1.2 De camino a donde Doña Luz

Figura 10

Inquilinato barrio Niquitao



Voy de camino para donde Doña Luz a conversar, es sábado en la noche, la poca iluminación que hay en el barrio Niquitao es desplazada por las intensas luces azules de fiesta que vienen de los inquilinatos, esos espacios atiborrados de objetos, cuerpos que parecen no caber y sin embargo se acomodan en la imposibilidad. Materialidades ruidosas, olores densos que no escapan, cantidad de historias y memorias contenidas en las paredes, cuartos ahogados y oscuros. En medio del encuentro Doña Luz me dice: “Niquitao es una *calenturota*, acá antes mataban a la gente para quedarse con las casas, y se quedaron con

las casas, los dueños de las casas de ahora son los mismos combos, ¿qué hacen? ellos matan y se quedan con todo”. Entre estos refugios controlados por quienes administran los poderes de la calle y más allá de ella, hay uno en particular que me hace cortocircuito esa noche, un callejón larguísimo habitado por familias Emberá que, con una estridente música tan desconocida ante mis oídos, recrean desde los estados alterados un universo cimentado en la estrechez que ha dejado de manera residual el conflicto político, las sombras de la guerra en este país.

Sus formas ahora transgredidas de disfrute y compartir me generan un gigante malestar. Creo que la resignificación de la vida con el placer del cuerpo ante sucesos de desplazamientos en estos contextos de precariedad como los inquilinatos de Niquitao, es muy arenosa, muy distorsionada. Siento que la fiesta puede ser vivida y leída como un lugar de resistencia, disfrute, fuga, pero en ese instante me permea un profundo desconuelo existencial al ver algunos niños allí saturados de alcohol sin control de sus movimientos, mi lugar como investigadora que conoce las calles caminándolas, se diluye porque no puedo hacer una lectura crítica y lo que queda es no entender nada y sentir que todo está mal, pero me permito despojarme de una racionalidad, hay veces el sentido se descoloca y genera unas parálisis que no atraviesa el filtro de la interpretación social, intelectual, y no hay que hacerlo.

Pensaba que cómo se me ocurría hacer una entrevista tan tarde y a una señora de 78 años, pero luego me dije que era un horario acertado para la conversación porque su rutina de vender confites en el centro se desarrolla en las tardes, porque la noche en Niquitao finalmente es la prolongación acelerada del día, hay mucho movimiento, las calles como este barrio permanecen despiertas cuando la ciudad duerme y además porque Doña Luz habita activamente la oscuridad de muchas maneras, como andar para estar con ella misma, como me lo ha dicho. Nos acomodamos sin saberlo de entrada, justo al frente de una *olla*, pero todo transcurrió con mucha tranquilidad en medio la tensión naturalizada, esa tranquilidad generada por la compañía de ella me recordaba el amparo de la abuela, o mi madre o de una amiga que con los años aprendió a cuidar con ternura. Sin intencionarlo Doña Luz, muy activa siempre desde su relato, va describiendo lo que sucede

cotidianamente en el barrio esa noche, hace una lectura de aquellos actores que posicionan su control desde un transitar vigilante, “ese que está ahí fue el que echó a mi hija de esta calle” y así con quienes encarnan algún rol dominante masculino en el barrio. Ese fue el escenario posible para nuestra conversación donde ni el estridente ruido de las simultáneas fiestas logró entorpecer la palabra. (Diario de campo, 28 de marzo del 2021)

Figura 11

Construyendo memorias de calle



3.2 Una caminante

Crecí viendo las matanzas de mi tierra en Puerto Berrío y cómo tiraban a la gente al río, así como acá. Este río mejor dicho es el cementerio oficial de la calle. Yo vengo de una tierra donde abunda el agua, pero lo que la gente no sabe es que ese río Magdalena se está secando por todas las personas que han tirado, sus aguas se mueren por culpa de tantas gonorreas, por culpa de los hombres. Por mi pueblo, también se escucha mucho la historia de la Llorona, esa que pintan con

un vestido blanco largo, el cabello enredado, gritando y llamando a sus hijas desesperada; nada, la llorona soy yo, palabra mami, la llorona es uno mismo cuando le quitan las hijas, la llorona es uno mismo con los sufrimientos y todo lo que hay adentro. Yo soy una llorona y me gusta llorar a ríos.

A mis 79 años sigo siendo feliz con el agua que corre, la que sí está limpia, me gusta la sensación en mi cuerpo de estar mojada, y usted ve que siempre mantengo la ropa fresquita ¿cierto? eso es porque yo vivo lavando, hasta con decirle que me pego los viajes a la casa de mi hija que vive también acá en Niquitao. Voy por costalados de ropa y me entrego. Me gusta hacerlo de noche y amezco lavando a mano porque me siento en paz, es como una medicina para el alma porque o si no, eso que hay veces llega a mí me puede matar, y no puedo dejarme, hay veces se me pierde hasta el sentido, pero bueno, también para eso me acompañan mis cinco perros ¿Ya le conté lo de sentir a las otras personas?

Vea, yo soy esa llorona que durante mucho tiempo ha llorado a otros seres que ni conozco en carne y hueso. Se me han presentado como una revelación para que yo pueda sentir cosas bellas dentro de mí y ayudar.

Una noche cualquiera, mientras dormía en mi pieza empecé a escuchar niños que me pedían y me pedían auxilio, hacían sino gritar y a mí me entraba una desesperación en todo el cuerpo. Me tocó pararme de la cama y agarrarme de la pared porque eso me iba a tumbar; yo empezaba a sentir dolores en mi pecho, la cabeza a estallar, sentía una tembladera, mis piernas se iban de un lado al otro como sin fuerza y me daba tanta, tanta maluquera. Hasta mis perros empezaron a ladrar intranquilos, pero yo ya sabía lo que era.

Esa noche me tocó salir de la pieza volada, mi cuerpo ya no aguantaba más, sabía que me tenía que ir para la manguita que queda debajo del puente de Niquitao, por donde ustedes se hacen cuando vienen. Para mí esa manga es como un infierno. Pocas personas pueden arrimar; matan, atracan y violan. Entonces, cuando llegué, me puse a conversar con las peladas porque a mí me da mucha desconfianza mami de esos hombres que se mantienen ahí. Me senté buscando un lugar cómodo para irme quedando, me fumé un porro y me fui quedando despacito, y me fui quedando...

y empezaron a aparecer los muertos; todos desesperados llamando, hablándome, y me di cuenta que los niños ese día, palabra de dios, (pico al cielo) que lo que necesitaban era ser escuchados.

Muchas veces me voy para esa manguita, rezo, oro y me encuentro con esos muertos que lo buscan a uno para salir del infierno o simplemente porque están en sufrimiento. Cuando una persona necesita ayuda, si el muerto necesita decir algo yo estoy dispuesta a escuchar, y no es por hablar o inventar cosas que no vienen al caso, pero yo tengo *podere*s, yo veo los muertos, converso con los muertos, ellos vienen a mí pieza y yo los siento en mi cuerpo.

¿Para mí qué es el cuerpo? son las cosas que me dan cuando tambaleo, es como sentir otra vida en uno ¿Qué hago para eso? me toca salir a la calle a buscar esas personas que están necesitando de uno, también por eso es que me voy a andar al cementerio de acá de Niquitao y visito el árbol que bauticé *Alegría* o camino largo en las noches. Por eso muchas veces me ha tocado dormir en la calle, porque siento que necesito hacerlo para escuchar, y claro; he tenido mucho miedo porque la calle asusta de día y de noche, hay un miedo muy hijueputa de que un hombre le eche gasolina a uno, la desaparezca o le de chuzo. Por eso vivo alerta, a nosotras nos toca estar alertas y ustedes que mantienen en la calle, yo si les digo que estén despiertas porque todos esos hombres son muy malos. Tenemos que cuidarnos.

Como le venía contando, lo lindo es que cuando a mí me buscan yo siento ganas de llorar. ¿Mami sabe qué? lo más hermoso es sentir a otra persona y decirle la verdad. Lo más lindo de todo es que otro espíritu se me meta al cuerpo y cuando eso pasa yo tengo que soltar, más lindo. Yo hasta he estado arriba con mi mamá en el cielo, ¡mire pa' arriba! las espinas que se dibujan en las nubes muchas veces son el camino para llegar a él, y no es bello como lo pintan, eso allá arriba en el cielo es muy feo. En cambio, el camino de abajo es muy lindo, está lleno de puras flores. A mí me gusta caminar por esos mundos.

El caso mami es que en Niquitao hay mucha muerte, hay mucha gente que la matan por acá sin decir la verdad, entonces siguen en sufrimiento y muchos morimos penando. Por eso es lo que les insisto, ¡saquen todo lo que tengan adentro mientras haya vida! A mí no me enseñaron a vomitar

lo que siente el corazón, yo lo aprendí solita, aprendí que si uno se guarda las cosas sí que se enferma, se quema.

¿Qué si estoy loca? pues así me dice toda la gente del barrio, porque no aguantan que uno diga la verdad y que sea diferente, nadie tiene oídos para escuchar, para creer las cosas que nos pasan, y esta loca como me dicen hasta los tombos, siente el sufrimiento de la gente que necesita de uno. Por eso esta loca vomita lo que siente su corazón.

Soy una loca caminante, yo vine a esta tierra para ayudar, conozco muchos lugares porque me he pasado la vida buscando a mis dos hijas robadas, ¿dónde estarán? Yo camino todo el día así sea con dolor de caderas y de estómago, camino el centro en la tarde, camino en las noches, porque para encontrarme tengo que irme a caminar.

Figura 12

Cumpleaños de Doña Luz “tumbaito”



Nota. Foto elaborada por Laura Miranda.

Soy tierra roja, puente histórico que huele a plantas que suena a pitidos y soy el mundo de rabia. Soy un misterio, una obra maravillosa de las animas, soy la ley de calle, saber vivir, saber en quién confiar, estar con dios, cuidarme la espalda. Soy el Poblado y San Diego, Guayaquil “Guayaco”, aún más, soy Mari Luz, Luz Amparo, mis nietos, y también soy todos mis animales, soy todas mis hijas y soy Las Callejeras. Sueño que vamos caminando y templos de mi rey. Soy la alegría. Me indigna el maltrato, sueño con tener una casa, estar todas unidas. Somos callejeras. (Luz Dary, comunicación personal, 2021)

Figura 13

Quemar para sanar



Nota. Foto elaborada por Laura Miranda.

Vamos a esas acciones que han violentado y herido a esas mujeres, la propuesta es que podamos transformar esas acciones instauradas en la vida cotidiana y que logremos desaprenderla empezando a entender la importancia de sanar las relaciones con las mujeres que hacen parte de nuestra vida o las mujeres que están en el mundo como tal. Vamos a hacer una quema de todos estos momentos porque el fuego nos permite la transformación y que si bien todas estas situaciones no se pueden cambiar, sí se pueden sanar, pedir disculpas. Acá han habido unas acciones que podemos implementar para cambiar esas relaciones pero es mucho más allá de solamente las disculpas, vamos a quemarlo. (Jesica Segura, comunicación personal, 20 de agosto, 2021)

Figura 14

Revolver la calera



Nota. Foto elaborada por Laura Miranda.

Movemos el cuerpo, latigamos, cogemos energía con las manos rozando el cuerpo, nos azotamos, cambiamos de velocidades, regamos esa energía por todo el cuerpo, acumulación energética de nuestro propio ser. Energía sanadora. Volvemos a calentar las manos, pensamos en lo funcional que son las manos, todas las manos juntas, llevamos la energía por todo el cuerpo. Sentimos el propio cuerpo: tronco, senos, abdomen y llegamos al útero. Vamos a movilizar la energía de nuestras manos, que se sienta con fuerza. (Diario de campo, 4 de febrero, 2021)

Jamás pensé que iba a gozar de unas buenas amistades, doy gracias al destino por haberlas puesto en mi camino y aprender a conocer y a reconocer que si hay sororidad y que la amistad que siembra nos une como somas, Callejeras, por eso las amo, por lo que son y me han hecho sentir, saber y ser: una mujer callejera. (Astrid Helena, comunicación personal, 22 de enero, 2022)

Figura 15

Teatro, violencia, calle



Figura 16

Defensa o muerte



Figura 17

Taller autodefensa feminista



- **Escape**

Cuando se necesita desesperadamente una salida
una puerta, la que sea
da sobretodo paz a cualquier escape o fuga
Todo final da fuerza ante una desolación.

Porque todo se lleva en la sangre, se hereda y se siente
sin dar explicaciones al instinto empírico
propio, creyendo en nadie
solo en ti

Obedeciendo a tu corazón
a tu sexto sentido femenino
feminista
intuición
y a tu corazón
confía en ti misma bruja
Libérate, escúchate, obedécete sin pedir permiso
se tu misma.

(Montoya, 2021)

3.3 Dejarse ir/soltar

No basta con
decidir abrirte.

Debes hundirte los dedos
en el ombligo, con las dos manos
bien abiertas,

derramar los lagartos y los sapos
las orquídeas y los girasoles,
virar el laberinto del revés.
Sacudirlo.

Aun así, no te vacías del todo.
Quizás una flema verde
se esconde en tu tos.
Tal vez no sabes que la tienes
hasta que un nudo
te crece en la garganta
y se convierte en rana.

Te cosquillea una sonrisa secreta
en el paladar
lleno de orgasmos diminutos.

No basta
con abrirte una sola vez.
De nuevo debes hundirte los dedos
en el ombligo, con las dos manos
desgarrarte,
dejar caer ratas y cucarachas muertas
lluvia de primavera, mazorcas en capullo.
Virar el laberinto del revés.
Sacudirlo.

Esta vez debes soltarlo todo.
Enfrentar el rostro abierto del dragón
y dejar que el terror te trague.
—Te disuelves en su saliva

—nadie te reconoce hecha charco
—nadie te extraña
—ni siquiera te recuerdan
y el laberinto
tampoco es creación tuya.

Y has cruzado.
Y a tu alrededor espacio.
Sola. Con la nada.

Nadie te va a salvar.
Nadie te va a cortar la soga,
a cortar las gruesas espinas que te rodean.
Nadie va a asaltar
los muros del castillo ni
a despertar con un beso tu nacimiento,
a bajar por tu pelo,
ni a montarte
en el caballo blanco.

No hay nadie que
te alimente el anhelo.
Acéptalo. Tendrás que
hacerlo, hacerlo tú misma.
Y a tu alrededor un vasto terreno.
Sola. Con la noche.
Tendrás que hacerte amiga de lo oscuro
si quieres dormir por las noches.

No basta con
soltar dos, tres veces,

cien. Pronto todo es
tedioso, insuficiente.
El rostro abierto de la noche
ya no te interesa.
Y pronto, otra vez, regresas
a tu elemento y
como un pez al aire
sales al descubierto
sólo entre respiros.
Pero ya tienes agallas
creciéndote en los senos.

—Dejarse ir/soltar. (Gloria Anzaldúa, 1987)

Figura 18

Lina Marcela Pulgarín



Nota. Fotografía elaborada por Laura Miranda

Debajo del puente de La Oriental con San Juan, sobre los suelos sucios del centro de Medellín y bajo los cielos que son el techo diario de tantas vidas callejeras; nos aproximamos a Niquitao por primera vez Tata, Jessi, Daniela y yo, un 27 de agosto del 2020. Son las dos pasadas de la tarde, el sol genera *un no sé qué* en el cuerpo que augura la expectativa. La acera ya está dispuesta; sobre el asfalto descansan papeles, marcadores de colores, cintas, alimentos. Empezamos el encuentro con el paso a paso metodológico planeado, un poco desencajado del ritmo de la calle pero íntimo desde el inicio. Vamos reconociendo el espacio tímidamente con el tacto que genera lo desconocido, actuando con familiaridad, tragándonos en el momento la sensación de asombro que nos supera ese día.

Todo es nuevo. Como un efecto quizás de la causalidad-casualidad, aparece sobre la marcha una callejera; Lina Marcela. Con su corporeidad cansada, con sus movimientos vacilantes ante la pérdida de unos cuantos reflejos, llega a paso lento, desacelerando el universo frenético urbano, transgrediendo el tiempo de una ciudad que la esculpió en un cuerpo de la calle. Con su delgadez profunda, sus brazos venosos, su piel morena, su cabello abundante que no sincroniza con la liviandad de su cuerpo; aterriza con el todo y la nada de lo que posee: un bolso negro que le queda pequeño para todas las prendas que sostiene en sus manos y hombros. También aparece con una de las compañías que anestesian los dolores de la calle: el sacol. Lo inhala con sigilo, y toma un aliento profundo que puede durarle solo segundos o minutos. Ese olor, que ni siquiera el viento y el espacio abierto dispersa, esa pega amarilla que se hizo famosa en la *Vendedora de Rosas*, inyecta en los sentidos una dosis cargada de realidad, un olor que recuerda cuál es el lugar que pisan los pies de todas aquella tarde.

Ese día se planeó un ejercicio de cartografías corporales como relato visual que lograra conectar la relación entre ellas y la calle, como una búsqueda de llegar a esos lugares corporales alterados, sexualizados, atravesados por las experiencias de violencia. Mientras conversábamos sobre cómo nos enfrentamos a las amenazas de la calle, iban apareciendo dibujos y letras de autoafirmación que ponían en máxima el coraje, pero también sus dolores, las añoranzas, sus cuerpos heridos. En un momento Lina se sentó con su silencio curioso, incorporando la posición que suelen tener los cuerpos callejeros; una cunclilla profunda donde los glúteos cerca al suelo

sostienen todo el cuerpo. Con su tono de voz que parece un hilito haciendo equilibrio para poder pronunciar palabra, pide algunos marcadores, se aventura a rayar con mucha lentitud el papel ya herido por la memoria de las otras, intervenido colectivamente en una mezcla de rabia y valentía.

Lina raya con su fragilidad, lo hace no propiamente dentro del límite gráfico destinado para significar ese cuerpo plural, se compromete con el papel pero fuera de la silueta, excede sus márgenes, irrumpe en un pedacito tan pequeño y tímido que sin saber escribir con letras, dibuja lo inmediato. Con su desequilibrado pulso se atreve a garabatear una casa. Y así, sin buscar interpretaciones más profundas ahí está su huella; una casa, ¿qué puede significar dibujar en el cuerpo una casa para quién nunca la ha tenido? Desde ese día empieza a ser imperdible la llegada de Lina al ritual de los jueves a la misma hora en Niquitao.

Conocí a Lina y días después, sentadas en una cerita las dos, conversamos con un ritmo pausado pero muy cómodo, sintiendo como la vida de las calles también puede ser muy suave y posible de contemplar. En esa calma, Lina repasa en su imaginación, como una necesidad de estar cerca del recuerdo, aquel día donde se quedó sola en la vida, donde la pérdida la obligó a salir de su casa: *Me fui pa' la calle porque en mi casa hay muerte*. Esas son las palabras que repite, se incrustan en su relato con una pasión que se asoma en sus ojos y empiezan a mirar impávidos y llorosos un recuerdo indeseable, cargados de una sustancia vital rabioso que la atraviesa y la llevan a los años 80's en Medellín donde la violencia intraurbana se tomó los barrios, esa misma guerra que dejó soledades, que embiste ahora los dolores de su pérdida, y que incluso -bajo la distorsión del recuerdo porque era una niña-, se siente plena de convicción en su relato. Recrea esa noche de diciembre festivo donde jugaba con su padre y el momento de la llegada de las milicias. Con los ojos llenos de agua, Lina cuenta como fue testiga de un vientre atravesado por un changón que le da paso a la muerte de su padre.

Mi papá tenía que robar para mantenernos a nosotros, porque le voy a ser sincera; él tenía que coger lo ajeno para mantenernos. Cuando me matan a mi papá yo me voy solita para la calle. Yo me voy, aquí hay muerte, aquí hay maldad porque me mataron a mi papá delante de mí ¿por qué me lo mataron? ¿por qué me lo quitaron? sabiendo que yo era solo una niña. Cuando lo mataron dije: me voy, cogí la ropa, me marché, me marché porque acá ya no está lo que yo más quiero y

desde eso yo me he criado sola por aquí en Niquitao y por aquí me han dado más amor de mi casa. Acá hay más que calor, nunca he intentado volver, yo acá he encontrado mi felicidad, ustedes son mi hogar. Porque acá en la calle encontré el amor y es por eso que no me he quitado la vida. La calle me ha enseñado mucho, a conseguir mis cosas, acá me ha tocado pelear mucho, me ha enseñado a hacerme respetar, pero últimamente no me provoca la calle porque quisiera estar en la pieza segura y sin frío”. (Lina, comunicación personal, 18 de noviembre, 2020)

Expulsada hacía las tierras del desarraigo, con su casa auestas y con una sola muda de ropa, Lina desciende del barrio Santo Domingo Savio y emprende el viaje a sí misma, salvándose sola, obligada a habitar un cuerpo de niña como única propiedad, ayudada por el recuerdo en mente de los trayectos que hacía con su padre. Él se los mostraba con entusiasmo y casi que, como una ofrenda, *porque fue él quien me enseñó a andar el centro*. Unos mapas incorporados en la memoria como una brújula, como una ruta íntima que le pertenecía solo a ella.

Cada que nombra a su padre, rememora con pasión cuando él la tomaba de la mano y la conducía a los lugares del rebusque, del trabajo en el centro: *por eso yo me sabía el camino de memoria hasta acá, yo veía lo que mi papá hacía, por eso él me puso mi guerrerita, yo andaba con él en el centro y él me mostraba los caminos*. Lina, quién primero fue expectante de la vida de las calles, y luego, movilizada por la fuerza de la pérdida, le tocó habitar su devenir caminante, en el entero despojo, haciendo su propio nido de soledades.

Figura 19

Si yo pudiera volar iría a sentir el amor de mis hijos



Nota. Fotografía elaborada por Tatiana Alzate

Recuerdo que una tarde la acompañé a visitar a Blanquita, una gran amiga cuidadora de toda la vida. Blanquita, que se dedica a vender confites en el sector de la Avenida Oriental con su hijo, cuando termina la jornada tiene el ritual de relajarse en el parque San Ignacio, allá fuimos a buscarla. Esa tarde nos parchamos a conversar con otras callejeras; tinteras y confiteras, y mientras Lina vivía su serenidad, Blanquita nos contaba sobre los muchos intentos que ha tenido para “sacarla” de la calle, y lo decía sin ningún tono moral más allá del deseo de bienestar para Lina, porque la ama.

Yo creo que ella no se va de la calle por no dejar a sus amigos y a su novio así usted tenga plata. Yo le digo que se vaya para mi casita de tablas que queda en Blanquizal, que le doy todo

pero ella no quiere, a Lina le gusta mucho la calle y acá la quiere todo el mundo, es que toda una vida acá... En la calle le dicen *La Simson*, y vea, así tenga el vicio que tenga, eso no le importa a nadie porque todos somos pecadores de una u otra manera, siempre que pasa por acá por San Ignacio pregunta por mi ¿dónde está Blanquita? Y cuando nos vemos yo me alegro tanto, a mí no me importa cómo esté, hasta la gente me dice ¿usted por qué la besa? y demalás, ella es mi hermana de calle y yo sé quién es ella, véala ¿no es muy linda?

Yo la conozco desde hace mucho tiempo cuando el colegio de Niquitao era casas de familia, ella vivía en una pieza estrechita con sus hijos, entraba que él vicioso, que él ladrón, pero como uno con los hijos en la pieza no los dejaba salir para nada y a uno no le importaba eso porque lo primero era cuidar a los hijos, y cada loco con su tema, pero nosotras protegíamos así a los hijos encerrándolos. Y vea, Lina es tan buena madre que prefirió entregarlos a una fundación, tenía sus cuatro hijos en la pieza pero ya no los podía tener más, era buena mamá, les hacía la comidita, ella vendía sus confiticos y así. Todavía es muy buena mamá porque se los llevó de allá, quería lo mejor para sus hijos porque usted sabe que Niquitao es muy pesado, pero sigue siendo una excelente mamá.

Habitada de silencios que la dibujan como ausente, quien vea por primera vez a Lina podría pensar que está desposeída de toda cualidad consciente. Sin embargo, ella tiene la facultad de parodiar el mundo que la rodea. Una ya sabe que no está en la dimensión desconocida cuando entremezcla un mundo que se insinúa como un delirio, una sabe que no está desposeída de un profundo sentido de realidad, una ya sabe que vive sin miedo a que el mundo la sienta frágil.

Acercarme a Lina ha implicado darle lugar al caminar, al dejar que no pase nada, darle un sentido al relato escueto, el chismoseo, la escucha cerquita, al crear complicidades en alguna manguita, acera, en los círculos de Callejeras.

El cuerpo de Lina es un relato inmediato del dolor, su piel es un texto plagado de memorias. Y yo la veo ahí, existiendo en calma, con toda la ternura radical que no le han quitado, esa que suaviza la pesadez de la calle.

Soy marihuana, azul, puente, significo el día que me iba a quitar la vida. Huelo a banano. Sueno cuando iban a matar a mi papá, ese sonido lo tengo acá. Soy perrato, que sabe que lo que le hace falta al mundo es jugar. Soy un misterio, una obra maravillosa de mis hijos, de las Callejeras porque me dan amor, soy la ley de la calle; no robar, robar, chuzar a la gente para proteger a mis hijos y soy caminar por el barrio Colón. Soy Callejeras, soy el salir de la cárcel y volver a la libertad de la calle. Y aun más, soy Fabio que me marcó el cuerpo. Soy Alex, Callejeras, Astrid, Leidy. Soy la noche cuando mataron a mi papá. También soy esa salsa que pusieron cuando lo mataron, soy arroz, sueño con que me saquen a pasear. Me indigna no tener para pagar la pieza, soy el sueño de estudiar. Somos la familia de nosotras. (Lina Marcela Acevedo Pulgarín, escrito, 2021)

Figura 20

Si el presidente lo hubiera parido una puta...



Figura 21

Si este río hablara



3.3.1 El vicio es como la cucaracha; así usted la mate vuelve y aparece

Yo llevo 28 años consumiendo basuca pero en cigarrillo. Tenía 12 años cuando empecé a conocer la parte oscura de Medellín, los antros de Guayaquil y Carabobo, eso fue en el año 72 y 73. Recuerdo que tenía 16 años cuando probé por primera vez la basuca, un primo me invitó a una finca en San Jerónimo y para rematar nos fuimos para el hervidero de Niquitao. Yo veía unos tarritos de xilocaína llenos de una sustancia que le echaban picadura del cigarro y era lo que llamaban el famoso taquiado que era como vendían el basuco, eso sabía delicioso. Era elitista. Pero no sabíamos las consecuencias que eso iba a tener socialmente, la degradación personal a la que iba a someterse la propia persona.

Figura 22

Cuando llega la pipa todo se transforma



Nota. Dibujo realizado por Gianna Piazzini Grajales.

Lo que le digo que sabía delicioso venía del raspado, o sea, del proceso de la coca donde quedan unas hojas, esas hojas las raspan y ese raspado lo convierten en un proceso químico, esa era la pura. La de ahora era pura basura que le echan de todo. En los años de Pablo Escobar, finales de los 80s, se empieza a ver más fuertemente la moda del basuco, pero no se fumaba en pipa. Cuando se conoce la pipa en Medellín empiezan *las cuevas*; empiezan a aparecer *las plazas* en

vista de que la gente empezó a consumir bazuca, también empezaron a abrir casas de vicio de prestigio en el centro y el poblado, eran casas con televisión y todo, eran casas de vicio donde se vendía la droga con catálogos y llamaban a las peladas.

Como empezaron a ver que eso era rentable fueron creando expendios como chatarrerías, las cuevas que eran los propios antros para quienes no tenían plata, y para quienes sí, estaban esas casas de vicio de clase alta. Las cuevas eran una cosa del otro mundo, el que veían con plata lo mataban allá adentro, los picaban y los sacaban en canecas, así como las casas de pique del Bronx en Bogotá. Después de la película de Leidy la vendedora de Rosa a los pocos días el gobierno decide cerrar las casas y todo tipo de antros en Guayaquil, también porque querían poner esa gobernación. Entonces, al cerrar los lugares de consumo empiezan los malecones desde San Juan, hasta Barranquilla y ahí empezaron las chatarrerías a movilizar sus mercancías por todas esas mangas. Cuando el gobierno acaba con esas casas empiezan a surgir las ollas.

En esa época no habían habitantes de calle, existían los gamines, no consumían basuco sino marihuanita, andaban por ahí en las calles robando. Pero lo que hizo que llegara tanta gente a la calle no fue el basuco puro como tal, fue la pipa. Y para la gente era funcional. Cuando llega la pipa todo se transforma. Esa misma sustancia que le comento que era deliciosa la empezaron a degenerar, a hacerla rendir. Con decirle lo siguiente: de un kilo de basuco legal sacaban 1.000 gramos para la venta, hoy en día de un kilo puro sacan por ahí 4 kilos que mezclan con todo tipo de basura. Eso da mucha plata. Por acá (puente Horacio Toro Minorista) no se ve una persona fumando cigarrillo, la gente sigue pero en otro tipo de sitios. Pero la pipa degeneró a la gente, nunca pruebe la pipa.

Cuando estoy lúcido, he tenido como la idea ir a la Secretaria de Inclusión Social y decirles que montemos un proyecto donde quepamos todos, yo solo quiero un lugar para dormir tranquilo. Los centros de rehabilitación no sirven. Que el Estado no nos quite la droga, sino que hagan como en Europa que tienen granjas, el Estado debería crear granjas donde se vaya carnetizado, tome su dosis y organícese por ahí, ¿qué está haciendo? sacando un ladrón de la calle, está sacando una persona adicta y que toda esa droga que el gobierno decomisa, que toda esa droga que el gobierno dice que quema pero mentiras que ellos mismos la negocian; puedan dar una solución social al

menos a una parte, pero no han querido. Escúcheme: lo van a tener que hacer por obligación porque esto se sale de las manos. Los *venecos* cuando llegaron eran sanos y se envenenaron con la pipa. (Don Libardo, comunicación personal, 1 de noviembre, 2020).

Figura 23

Yo me trabo con Sara y Sara se traba conmigo y entre las dos nos azaramos. Pipa Doña Beatriz



- *El tiempo me queda un poco ancho en los hombros pero me arreglo. (Montoya, 2021)*

Figura 24

Puño en alto



Figura 25

Romero para la memoria, canela el hogar y yerbabuena el amor



Figura 26*Performance vértigo*

Nota. Fotografía elaborada por Nataly Cartagena

3.3.2 Vértigo

Busco, pero nunca sé qué busco.
Todo lo que busco no tiene nombre,
Aunque sé que le pertenece.

¿Que si he mentido? ¿Que si he robado?
Claro que lo he hecho.
Todos hemos caminado por la senda de la mentira.
Por eso busco...
busco una verdad que sea de mentira para poder volar.
Un día desperté y mi padre estaba muerto.
Otro día soñé que mi madre moría.
Ayer escuché cincuenta veces la palabra NO
Hoy soplé un sueño azul casi gris
Y vi los ojos pardos de un hijo que no era mío
que se retorció de dolor a la orilla, al margen del río
¿O fue una calle? ¿Esta calle? ¿O todos los lugares donde arrastramos
las patas, las garras, los pies?
Un mañana que aún era noche escuché la violación de la Pepa
y nadie dijo nada ¡Yo no dije nada!
Pero el silencio acaba saliendo por los oídos hasta hacerte sangrar la nariz.
Parece, parece que no es posible salir de la cabeza ¿o del corazón?
No sé, da igual...
Soplo una ceniza ardiendo y veo con claridad, pero lo que veo nunca lo he visto,
no entiendo el color de sus voces; parecen estar ocultas tras una puerta roja
¿o era verde?
Del lado de aquí y de más allá el muerto tembló su último gargajo; todos corrimos
Hacia ningún lado y aún no hemos llegado. Pero me dijeron que de nada vale llorar
ni al muerto, ni a nada, pero yo quería llorar, aunque fuera de placer...
Qué rico es lloran de lo efímero. (Alzate, 2020)

3.3.3 El roba locos

Muy paradas las que vivimos en la calle ¡uy jueputa! si ustedes supieran; hay veces la soledad, a veces llegan carros en la noche y no sabes si te van a matar o no, porque así pasa,

la calle es muy brava, uno no sabe quién es quién. Entonces mami, mi teoría es esa para no alargar el cuento; de todo, de todo, de todo se ve en la calle, es tenaz. Tienes que estar con tu supervivencia, pero es brava la calle, nos tiran, nos pegan, él uno, él otro, y si no es el uno es el otro, entonces ¿qué toca? pararse duro para que otra gonorrea no se la monte. (Esmeralda Dawn, comunicación personal, 7 de agosto, 2021)

El roba locos, es un camión que quizá tira fuego, quizá tenga cuernos en vez de espejos, quizá tenga ojos en vez de luces, un animal de lo más pusilánime que de noche en la penumbra, en la hora más pesada e ineludible del sueño llega como una sombra, como un *Fredy krueger* dispuesto a arruinar la infante fascinación del descanso a ojo cerrado.

Quiero hablar más del descanso a ojo cerrado- este es sin duda uno de los mejores momentos en el día, la hora de acostarse a dormir, relajar lenta y placenteramente cada uno de los grupos musculares, permitir al cuerpo alejar todas las tensiones innecesarias, disminución de la actividad motora, sedación consciente. Momento en el cual el cerebro recuerda, selecciona, archiva, refuerza, aprende y se va la nube. Se cobija quien frunce, se desnuda quien le sobra, regocijo para todos, pero no para nosotras, en el bajo mundo no se puede dormir, el que se duerme acá, pierde.

Continuo con el roba locos, sí, ese, ese no te da tiempo de nada, sientes que te está llevando el diablo y al tiempo abriendo los ojos y forzándolos a entrar en realidad, pero esto sucede cuando ya estás en sus fauces de la bestia, en el mismísimo órgano de digestión.

Enserio no le miento, una abre los ojos y ya está montada en un camión, escoltada como por 20 manes, que lo miran a una como si hubiese matado un cura. Lo peor, es que lo llevan a un patio, en las afueras de la ciudad donde lo dejan como 20 horas sin ningún fin, eso sí, el ingreso es con protocolo de entrada.

Nombre y cédula.

Yarigrav Acaian Mora, número 42519685 de Medellín

No le pregunte de donde, coja un pan y un chocolate y entra a la celda de mujeres

Tengo mucho frio, no nos van a dar una cobija o algo

Jajajajajaja, entre o la entramos
Tranquila, tranquila

Al lugar donde se llegaba era de lo más extraño, un cuadro de cemento al piso, enrejado hasta el techo, como una jaula, pero para humanxs. Llena de miradas al tope de los prejuicios, yo no entendí nunca porque nos odiaban tanto, porque uno medio protestaba por maltrato y lo mínimo que los bastardos estos hacían, era colgarlo de los brazos cual Jesús maldecido por el pueblo que después de matarlo va y le reza. Parecen animales, les sobra instinto.

Realmente lo que a mí me molestaba, no era que nos raptaran a mitad de la noche, nos secuestraran por más de 24 horas, nos torturaran cual banda de asesinos y nos dejaran aguantar hambre como si de eso nosotros pudiéramos morir, lo que me molestaba realmente era que no entendía el propósito de su orden, y por eso les nombró como animales que les sobra instinto, pero ese, el de corbata y líneas blancas, no para destacar, más bien para inhalar, ¿qué gana con tenernos acá? perdiendo tiempo de nuestras vidas, acaso no entiende que se le va a juntar el reciclaje, que muchos estarán perjudicados para montar mercados a los carros, que no efectuarán la misma venta del día, porque el que le mantiene la corbata, está enjaulado sin un pipazo en la cabeza gracias al *roba locos*. (Daniela Ceren, 2021).

3.3.4 Nosotras las callejeras

Callejeras: somos una misma unión de mujeres rebeldes, locas, compartidas, comprensivas y lo que más me gusta es el apoyo mutuo entre todas. Las lecturas, las salidas, las actividades y estas experiencias las llevaré en mi memoria hasta mi muerte, soy callejera a mucho honor. Les importo, les importo. Ustedes si me ven como una humana, amiga, parcerá, mujer, ¡si importo! esa es entonces mi motivación para seguir en Callejeras. Uno se mete a Callejeras y para salir no sale el diablo le digo. Yo voy a ser Callejera hasta la muerte. (Astrid Helena, comunicación personal, 2021).

Si no confiara en ustedes no estaría acá sentada. Uno contando su vida descansa más, que sepan por qué uno habla mal de los hombres, porque uno sin motivos no puede hablar y uno con motivos habla derecho, es el derecho de nosotras las mujeres, hablar, es el derecho. Si tengo un secreto que no soy capaz de hablar yo me enfermo, tengo que así no conversar, gritar (grita) hablar duro y amenazar. (Doña Luz, comunicación personal, 15 de abril, 2021).

Jamás pensé que iba a gozar de unas buenas amistades, doy gracias al destino por haberlas puesto en mi camino y aprender a conocer y a reconocer que si hay sororidad y que la amistad que siembra nos une como somas, Callejeras, por eso las amo, por lo que son y me han hecho sentir, saber y ser: una mujer callejera. (Astrid, comunicación personal, 15 de abril, 2022)

Figura 27

Nosotras las callejeras



Nota. Fotografía elaborada por Laura Miranda

Figura 28

Entre nosotras



Figura 29

Doña Luz y Lina Marcela



Figura 30

Tati y Lina



Figura 31

Esmeralda y Estefanía



Nota. Fotografía elaborada por Laura Miranda

3.4 La mataron por lesbiana

Figura 32

Derecho al amor



¿Quién puede matar en esta ciudad?

Un hombre.

¿De dónde viene la violencia que mató a Leidy?

De unas manos

¿De quién son esas manos? De un hombre. (Lina Pulgarín, comunicación personal, 11 de octubre, 2021)

“A Leidy la mató un hombre... como a ella solo le gustaban las mujeres, y por no dejársela meter la mataron” (Lina Restrepo, comunicación personal, 11 de octubre, 2021)

A Leydy la mataron en la guerra; los esclavos, los esbirros de la guerra de las calles de Medellín. A Leydy la mataron los canallas de la guerra, los que no perdonan a una mujer ladrona y lesbiana, ni mucho menos la rabia del hambre o de la soledad. A Leydy la mataron corriendo, burlándose de los canallas y de la vida. Ella misma fue un sacrificio de la guerra de la calle, de la guerra que nos desborda (Alzate, 2021, p. 59)²²

Desde los tres años practico fútbol. Soy del Barrio La Sierra, tengo 33 años y vivo en la calle desde hace 22. Yo soy una persona muy difícil, soy muy hiperactiva, no me puedo quedar quieta ni siquiera cuando duermo, cuando me despierto lloro siempre que pienso en mi hijo (...) El problema mío es que ni siquiera me quiero yo misma, tengo muchas capacidades pero me hace falta alguien que me diga “venga, salgamos adelante”. Lo más difícil de la calle es levantarme y saber que tengo que ir a mi casa y no ser capaz de hacerlo, ¿le digo la verdad? a mí no me falta la comida ni la plata, pero lo único que quisiera es irme a descansar para que la gente no sufra más por mí (...) Yo sé que Dios no me va a dejar. Sueño con tener una casita donde descansar ¿sí sabes? pero nos toca sudarla (...) Yo no quiero tener plata, ¿yo para qué eso? yo solo quiero regalarles un poquito de talento de estos pies, porque yo soy futbolista. (Leidy, comunicación personal, 11 de octubre, 2020)

Leidy amaba el fútbol.

No podía ver una botella porque ¡tan! La chutaba. Veía una pelota aplastada, y ¡tan! la chutaba. Todo lo chutaba, ¡tan, paque! Jugaba con una bolsa como si fuera un balón. Esas eran las ansias de ella; siempre quiso jugarse un partido con nosotras, las Callejeras. Y lo dijo ese último día que compartió con nosotras en la despedida de diciembre... Y siempre recuerdo de ella que añoraba ¡El partido! Se quedó con ganas de jugar un partido. Se fue con ganas del partido. (Astrid Helena, comunicación personal, 11 de octubre)

Estaba acostumbrada a parchar en el puesto de flores de mi amigo Carlos. Mientras conversábamos en la intimidad que guarda él con las flores, Leidy apareció con su presencia

²² Los anteriores fragmentos fueron realizados en el marco del laboratorio de lectura, escritura y oralidad CalleNarre, del cual surgió un libro-fanzine “Flores que rompen el asfalto” publicado en el año 2021.

estridente y cortó el ritmo sereno de nuestras palabras. Aterrizó en la esquina de La Oriental con La Playa montada en una bicicleta con su compañero de *vueltas* “El mago” (porque todo lo que ve lo desaparece), en un estalle de risa que finalizó en una caída.

Su sonrisa y sus ojos interpeladores se acercaron a mí con una presencia imponente, su estética era camaleónica: una chaqueta de cuero negra ancha, un pantalón negro suelto, unos tenis de alta gama, un olor de loción “masculina” invasiva. Se presentó estirándome la mano, y dijo con voz arrastrada y nea: *mucho gusto linda, Leidy*. Luego, le conocí su gesto juguetón y de complicidad cuando me ofreció un chorro de ron mientras reclamaba sus cuchillos, sus objetos del oficio de robar y linchar. Carlos les guardaba los cuchillos debajo de la abundancia de sus flores.

Leidy y el Mago se fueron con paso contundente. Mientras sus siluetas se desdibujaban los perseguimos con la mirada, sabíamos que iban en búsqueda del primer robo. La performance de esa noche consistió en: se acercaron a un hombre, lo abrazaron como a un amigo para no dar *visaje* y evitaron cualquier movimiento de defensa. No vimos más. Carlos me dijo: “No se asuste que usted es parcera mía y luego que la vean en la calle no le van a hacer nada. A Leidy la llaman “*La rata de las ratas*” porque no tiene escrúpulo en robar hasta en los lugares donde ya la tienen sentenciada a muerte. Esa pelada está muy caliente. En estos días se fue a robar a esa ollota en el Bronx, ¡en el Bronx! hasta le sacó machete a esos manes.”

Todos estos acontecimientos me hicieron sentir encanto y a la vez miedo, me pareció bella y peligrosa. Su imagen de marimacha ladrona se quedó en mí. Leidy no era esa “*mujer*” que estaba en mi arquetipo de feminidad callejera. Si bien muchas no se adscriben por obligación o decisión a los mandatos de género, como el ocupar la calle, hacer una vida fuera del régimen familiar, o autorizarse la respuesta violenta, entendí que las he dotado del imaginario victimizante de una fragilidad producto de la marginalidad, de esa feminidad que espera, la que responde sólo hasta cierto límite posible. Pero noche conocí un estado temerario de ser callejera, una performatividad masculinizante que quizás menguaba el peligro de ser leída como mujer y vivir en la calle. Leidy se permitía andar a la sombra de ella misma.

Meses después, exactamente un 26 de noviembre del 2020, las Callejeras convocamos un encuentro para conversar sobre derechos y salud menstrual. Ese día volví a ver a Leidy, llegó con su aire histriónico acompañada de Yuliana su novia. Al verla sentí alegría, pero al mismo tiempo me dispuse en alerta, pensaba en la grabadora de voz, los celulares. ¡las cosas! Sin embargo, la tensión fue bajando cuando ella se incorporó al círculo y empezó a narrar su experiencia menstruante, no le importaba acaparar la palabra que sonaba retardadora. Y nos volvimos a conocer ahora entre *un nosotras*.

Usted se desgasta mucho cuando camina tanto la calle y ya el organismo no va a ser lo que era ¿si me entiende? a mí la sangre se me detiene un momentico más, o llega de vez en cuando. Cuando a usted le va a llegar la menstruación, usted no se puede bañar, yo por eso no me he bañado hoy porque yo tengo esa chimbada encima y me da mucho dolor (...) Si necesito toallas yo misma me las compro, a nadie le estoy pidiendo, yo misma consigo lo mío.

Aquel día Leidy inventó el derecho al amor.

Rápidamente entendí que Leidy no estaba determinada por su oficio, que también podía ser frágil, compañera, enteramente ella. Y es que algo aprendido en la cercanía con las callejeras es la maleabilidad de los vínculos, donde para el caso de Leidy; algunas *mujeres* entraban en su espectro de lealtades y respetos, como nosotras. Siguió llegando al espacio en Niquitao, nos hacía reír, descontrolaba los encuentros con su palabra estruendosa, soltaba carcajadas al aire, nos decía también que iba solo “para vernos las caritas”, pero pasaron meses y ella nunca volvió.

Un 22 de julio del 2021, prontas a iniciar uno de nuestros encuentros del ciclo “Memorias Callejeras” para celebrar el primer año de proceso, Laura nos propone intervenir fotografías de nuestra historia de manera espontánea con distintos materiales. Extendimos las fotos sobre un mantel en la acera de Niquitao donde solemos estar los jueves. Y en medio de ese tiempo siempre necesarios de chisme y dispersión antes del inicio de las actividades, Chily levanta la foto de Leidy, la mira sin conmoción y dice con un tono muy tranquilo: “a esa parcera la mataron hace unos días”.

¿Cuándo? ¿donde? ¿por qué?

Con la misma foto que alzó la Chily para darnos la noticia, nos enrutamos por las calles del centro que Leidy transitaba, siguiéndole la pista, buscando una historia más íntima, con menos rumor. Queríamos saber qué había pasado, nos habitaba una sospecha de equivocación o quizás la negación de la muerte. La primera estación a la que nos condujo Chily fue el vivero cerca a San Juan de *La mamá*, una callejera que conoce la vida en las aceras más que nadie, era muy buena amiga de Leidy y tenían una relación de respeto maternal. *La Mamá*, la adoraba con el cariño de una hija: “Claro, Leidy la futbolista. Ya se las tenían cantadas” nos decía entre lágrimas y suspiros. Esa foto que sirvió de brújula para seguir en la pregunta abierta de su muerte, quedó en el territorio de *La Mamá*, sentíamos que le pertenecía más a ella que a nosotras.

Luego, fuimos donde Carlos *Flores* a La Oriental, a él le parecía sospechoso que un montón de “mujeres” sintiéramos afecto por Leidy, que una manada tan grande se doliera por ella. Él no la quería, le parecía *doble moneda* y muy mala. Nos dio algunos detalles escuetos de su muerte, como lugar, fecha, las razones, y nos dijo que no sentía lástima.

Supimos que la mataron a puñaladas, cerca a prado centro, porque además que iba a robar a otra mujer, se rehusó a doblegarse ante la fuerza de los paracos que defendiendo como siervos, las migajas del poder que les corresponde, la apresaron. Leidy atacó por ambos lados, por la propiedad privada y por el patriarcado. Por eso la tuvieron que matar... Dicen que a Leidy la mataron por robar, pero fue por indómita, porque otros se sintieron humillados frente a la fuerza de una mujer lesbiana, porque a otros les enseñaron que necesitan mantener un orden del que solo reciben miseria y sangre. (Araque, 2021, p.71-72)

La última vez que la vi fue en un bazar lesbofeminista en el pasaje Cervantes, renombrado hoy como el 8 M. Era una noche de diciembre, Leidy estaba saturada de ebriedad, llegó con ánimo de fiesta y de pleito, y bailaba con una pérdida de coordinación en medio del gentío que la observaba con desconfianza. Yo percibía las miradas que le apuntaban, leía que su presencia incomodaba. Su estalle de alcohol hacía que fuera indeseada, y yo entendía; pero la miraba desde un entendimiento otro, de alguien que conoció un pedacito de sus dolores. Todavía recuerdo los

colores vivos de su ropa en aquella celebración, llevaba una camisa morada y un pantalón café ancho. En mi memoria está la imagen de su cuerpo derrotado, tendido en la calle encima de un inmenso y largo trapo compuesto con una franja violeta y la otra verde abortera que sacan en todas las movilizaciones feministas. Parecía estar anestesiada de alcohol, con los ojos cerrados, los cachetes enrojecidos, y un rostro entero que sonreía.

Si a nadie le importa las vidas de la calle, mucho menos las muertes, pensábamos. Así, como recordación colectiva de la existencia de Leidy por la tierra del cemento, y en la intención de nombrar las muertes silenciadas de la calle, Tatiana propuso un ejercicio de memoria llamado *IV MEMORIAM*, en el cual, la palabra y la escritura rememoró la vida de Leidy con dignidad. Algunas la recordaron así:

“Era bien peliona, compartía con las personas y se reía mucho” (Lina Restrepo, comunicación personal, 11 de agosto, 2021)

“*Deje la peleadera me hace el favor. Muchas veces la vi a ella, en la manguita donde yo me mantengo, agarrando a unos manes a puños*” (Lina Pulgarín, comunicación personal, 11 de agosto, 2021).

La llamábamos Leidy la futbolista porque lo amaba hasta el tuétano y para diferenciarla de la otra Leidy. (Astrid Helena, comunicación personal, 11 de agosto, 2021)

De corazón le mando a decir a Leidy porque sé que ella me está escuchando en el cielo, que es una *callejerota*, que sin palabras para usted. Lo que esa niña hacía por mi eran muchas cosas, es otra guerrera más, que en paz descanse (Tira un pico al cielo). Una más, una menos, pero a todas nos duele, estamos hablando de la parcera plagota, la que me decía: "Yuliana, yo por usted me hago matar Yuliana". (Yuliana, comunicación personal, 11 de enero, 2022)

Leidy la cacorra, la machorra, la futbolista como la conocían, creó una posición estratégica en las calles con su cuerpo performativo, lo que la convertía en un horror lésbico para los hombres

de la guerra, los que matan y violan. Leidy, no tuvo miedo ni siquiera con aquellos que administran los poderes de *dar muerte* en la calle. Se fue y su palabra se convirtió en ley: *“Uno tiene un sentido más que los otros y se llama pre-me-di-ta-do; cuando a mí me toque, yo me voy a hacer matar, porque uno durmiendo veinte años en una acera”*. Ella, entre el estalle de rabia y las carcajadas, era la contradicción, era la dulzura de un corazón tierno y la amplitud de una sonrisa inmortal. Las Callejeras la recordamos por su intensidad con el fútbol y por los sonidos desafinados cuando cantaba “Evertbody babilon” que nos hacían morir de risa.

Figura 33

Las calles son nuestras



3.5 Las brujas no dormimos de noche

Figura 34

Movilización 8 M y la escoba de Astrid



Nota. Fotografía elaborada por Tatiana Alzate

Por estos días estoy en la misión de alquilar libros a otras mujeres, empecé con *La vida desde las calles*, se lo alquilé a una señora que pasa todas las mañanas a la misma hora por acá, ella me ha visto leyendo y escribiendo. Una vez se acercó y así empezamos a ser amigas de libros. A varias peladas les tengo prestados; una me tiene el fanzine, y otra el libro de “Las Brujas no se queman”. A Doña Paula por ejemplo, que es una profe de Centro Día, le tengo el “Calibán y la bruja”. Las que tienen forma como la trabajadora del parqueadero o la empleada de los baños de la Alcaldía, me dan dos lukitas y yo les digo que se tomen el tiempo, que no hay afán, que disfruten leyendo. Es bueno tener así de a poquitos y escondidos porque estas gonorreas de por acá le *maquinan*²³ a uno todo, le peinan esos libros y van y los venden como archivos. Lo otro también que sucede es que cuando llega Espacio Público acaban hasta con el nido de la perra, y si te ven llena de cosas, pierdes. Entonces por ahora con poquitos libros está bien. Aparte de los préstamos, hay veces que les leo a los compañeritos de la acera, o algunas noches nos parchamos las tres: Leidy, Lina y yo en mi cambuche y también les leo.

No veo la hora de que llegue la noche y la tranquilidad para comerme mis libros. Las noches son una chimba; huelen a leña, hay tropeles eso sí, pero el uno llega que del Faro, el otro llega de reciclar, llegan las parejitas luego de camellar. La gente ya descansada se pone a cocinar y Niquibronx como le digo yo, se vuelve más tranquilo a esas horas, claro que hay noches de noches. Encuentro paz barriendo la acera de noche, mi gran principio de vida es limpiar para descansar, la ley de la limpieza, mientras todos duermen.

No duermo casi de noche, porque tengo que estar a cuatro ojos pa’ que no me pase nada a mí, ni a mi perra Pecas que es lo más sagrado que tengo, porque mientras yo duermo en el día, ella es la que me cuida, y mientras ella duerme en la noche yo la cuido a ella, nos cuidamos la espalda, porque hay que ser Callejera para saber lo que es el miedo en la noche. De todas maneras yo me parcho las horas donde no hay sol, me pongo a leer o a escuchar música con mi radiecito, casi siempre con la agenda al lado y el lapicero. Es mejor cuando hay tranquilidad en Niquibronx porque uno se concentra como más, llega la inspiración y uno empieza a escribir con el silencio. Me gusta tanto escribir, sacar mi brujería, desahogarme, componer canciones, oraciones. En este momento ando creando los diez mandamientos Callejeros y todo eso se conspira es en la noche. Algunas

²³ Expresión que denota una estrategia para robar algo a alguien.

noches son buenas pa' mirar pal cielo y ver la forma de las palmeras que se mueven con el viento. En estos días hasta amanecí con dolor de cuello viendo los juegos pirotécnicos mientras escuchaba salsa en la radio y me daba mis pipazos.

3.5.1 *Mis noches*

Mis noches son como esta noche,
nunca serán las mismas noches
Hoy en esta noche estoy sola
solamente con mi perra, mi pecas a mi lado, dormida,
también tranquila como lo estoy yo

a mi izquierda el cuido, el agua y mi perra dormida
a mi derecha el gran poder
mi vela roja encendida desde las 9 p.m
mi tranquilidad no tiene precio

La noche es única, siempre es distinta
noches de lunas llenas, crecientes menguantes
medias...

El día es el sol, el sol es calentura
la noche es indescriptible;
noches locas, turbias, tranquilas

La noche es silencio
pensamiento
brujería
sueño
lluvia
la noche es única

La noche es locura, indecisión
es Pablo Escobar, es paz y peligro
paz espiritual y peligro terrenal. (Montoya, 2021)

Ese amor que siento por los libros empieza con mi tía Martha Elena Zuluaga Ramírez. Cuando estaba pequeña ella me llevaba a la UdeA y hacía sus vueltas, sus consultas, me decía que la acompañara a esa biblioteca grandiosa y gigante toda organizada. Me gustaba como olían y se veían esos libros bien acomodaditos, los miraba uno por uno caminando despacio. Como yo también tenía tareas para llevar al colegio, íbamos las dos y estudiábamos allá, ella me instruía y me sacaba libritos sencillos. De las veces que iba a su casa, recuerdo que en la mitad de la sala había una máquina de escribir azul, yo me quedaba mirándola y hay veces ella me invitaba a escribir; me ponía una hoja y como ya conocía las letras, con el dedito iba hundiendo una por una. ¡Epa! con ella fue que empecé a conocer de Mercedes Sosa, de Silvio Rodríguez. Ustedes ven que siempre les pido esas canciones cuando estamos escuchando música, claro, me recuerdan a mi tía Martha.

Otra mujer valiente que me enseñó de letras fue mi maestra de tercero hasta quinto de primaria: Alba Mery Ríos, nos daba escolar a nosotros y en las tardes se iba a estudiar a la UdeA. Ella me enseñó a amar los libros ¡hijuemadre! y eso era una revolucionaria marica, se mantenía con su radiecito escuchando las noticias a toda hora... recuerdo mucho su gesto cuando mataron a Carlos Pizarro. Recordando eso; justo en estos días escribía en mi diario "nunca pensé volver a tener clases". Sí, mis nuevas clases son con mis callejeras, de buena, es volver a ver clases, pero ya no en primaria ni en secundaria, sino en la escuela de la calle con las mías.

3.5.2 Anhelos

Lo plasmo en estas líneas, se lo cuento a mi cuaderno
este, que es el mismo guardián de mis secretos
de mis sentires vivenciados
que no me juzga

no me habla
pero dispuesto para mis escritos
para mis secretos
para mis anhelos

Sigo con mis anhelos de que mi madre algún día sea mi amiga
anhelo seguir sintiendo
anhelo seguir sintiendo paz y tranquilidad espiritual
anhelo la naturaleza viva y los animales acompañándome
anhelo tener un amor que me respete y me ame como soy
no por lo que tenga. (Montoya, 2021)

De las mujeres de mi historia también recuerdo a mis doce discípulas, las amigas que quedan pa' toda la vida, ustedes se parecen a ellas, han invadido mi ser y mi pensamiento ¡brujas! De lo más lindo de haber vivido con ellas, fue la libertad espiritual que encontré en la cárcel. También esa paz espiritual la sigo encontrando en las cositas que uno se inventa, que empíricamente se aprenden viviendo en la calle. Pero no solo en la calle, también cuando otras te enseñan, como las abuelas que tienen fórmulas verídicas; sus secretos, sus agujeros. Dentro de mi intuición, soy una mujer bruja, porque me las creo, porque lo sé y lo llevo adentro, yo soy una bruja, yo vengo del linaje de brujas, mi abuela, ¡ja! fue la bruja de las brujas. Las brujas no son solamente las que tienen escoba, son las que andan en bici como dice Jessica, las yerbateras como la Daniela, también las brujas somos las que no dormimos porque vemos más en la noche que en el día, o las *camelletes*²⁴ que se conspiran la vida.

La calle no detiene los agujeros, la mística, la brujería. Vea, si me pregunta por las cosas en las que creo, tengo espejos como ese redondo que ve ahí siempre adentro, no se puede sacar pa' la calle. También, me gustan las herraduras escondidas en mi cambuche para atraer la suerte, proteger y alejar lo pesado. Por fuera de mi mansión mantengo una o dos escobas, no me gusta la escoba parada porque ahuyenta a la gente, sino la escoba de protección al revés pero colgada. Todo eso es

²⁴ Forma de ganarse la vida...

la mística de una, las cosas que me rodean, la gente que se me acerca, es sentir que uno ya ha vivido mucho, son las piedras que llevo en mis brazos y cuello como amuletos. Empíricamente tengo algo en mí que me ayuda a percibir la energía de las personas, porque los ojos son el reflejo del alma, y porque la energía es una sola.

Con mis manos he aprendido a desatar nudos con soplidos, cuando usted tenga un enredo llega y sopla y eso va soltando, se va soltando. Esa magia llega cuando te concentras en algo, invocas abundancia y se da, pero tienes que llamar pasito y mirar a lo fijo. Y hablando de abundancia; las hojitas de laurel son otros de mis agüeros que quiero compartirles, son para atraer el dinero, mi abuela lo hacía y me lo enseñó: tomas una cinta roja, agarras un billete de una nominación baja, metes las hojitas de laurel dentro del billete, lo cierras, cosa que queden tres quiebres en un billete y ya luego mientras amarras haces la oración que no puedo decirla porque eso solo se da en el acto.

Otro de mis agüeros es no bañarme temprano, cuando me organizo y me arreglo, no consigo plata, me echo yo misma *la sal*. ¡jueputa! cuando estoy despelucada y más gamina, ahí sí me llegan las cosas: plata, que mona vea esto que le sirve, que vea esta comidita, que vea la liguita... Entonces lo que yo hago es que me baño tipo seis de la tarde en adelante y me organizo ya en la noche, porque si me pongo bonita temprano nada me cae, es como si el mugre fuera mi buena suerte. Entre más gamina más bendecida.

3.5.2 Soy

Soy lo que siento en mis adentros
soy loca rebelde, loca de estar viva,
loca maravilla, estrafalaria
oveja negra de la familia,
descarriada sin remedio, rebelde sin o con causa
vergüenza ante los demás, pieza de seda fina,
guerrillera de la vida, loca de mil edades llena de rabia.

Grito sin dejar de buscar mi franqueza,
buscadora de verdad, loca fuerte,
poderosa, bruja tierna
vulnerable con días de batallas,
normas que romper, milagros que inventamos,
creamos para poder seguir siendo loca sola, triste,
tierna, intensa,
loca mujer cierta, loca coherente. (Montoya, 2021)

De esta vida me gusta que tengo tiempo para todo, para conocer personas nuevas, para escribir, para darme los pipazos, para vivir la abundancia, pero no la abundancia de la plata, para mí la abundancia es una buena conversa, es la tranquilidad, es tener mi chorro, mi trabajo, mi comida, el cuidado para mi perra, eso es todo. No me desespero.

Figura 35

Movilización feminista 25 N



3.5.3 Somos

Con o sin conocimiento tenemos el poder de ser lo que somos, mujeres luchadoras, distintas, diversas, decididas e indomables, guerreras, callejeras, sin dios y sin ley amando nuestra sororidad hasta el final como una nueva Eva, somos esa Eva sin Adán, nuestro Edén es nuestra rebeldía. (Montoya, 2021)

Figura 36

Pecas la perra cuidadora



Nota. Fotografía elaborada por Tatiana Alzate

3.5.4 *Soy poesía*

Soy aire negro, edificio grande, que huele a cemento, que suena a ruido. Soy una leona agresiva. Soy un misterio, una obra maravillosa de Dios y los ángeles. Soy la ley de la calle, el respeto, callar y ser antisocial. Estoy habitada por el barrio Colón, cualquier lado del centro para dormir, soy la calle, y aún más, soy mis hijos, también soy Silvestre mi gato, soy mi madre, soy Tatiana. Sueno al reguetón “Somos de calle” que sabe a postre, soy la indignación cuando me critican. Mi sueño es estudiar. Somos las mujeres callejeras. (Leidy Montoya, escrito, 2021).

La calle, fuego azul, que huele maluco, que suena a ruidos raros. Soy una perra agresiva. Soy un misterio, una obra maravillosa de Dios y las ánimas, soy la ley de calle “ver, oír y callar” soy mis compañeros. Estoy habitada por los patios y los baños, por Niquitao. Soy mis padres y mi abuelo, también soy mi primera perra, soy mi mamita Carmen y Pecas, Soy Hairy y las Callejeras, sueno a “al taller del maestro vengo” que sabe a Carne asada, soy la alegría, soy la indignación cuando me tratan mal. Sueño con que sigamos siempre unidas. Somos las Callejeras. (Chily, escrito, 2021).

Fuego rojo, graffiti colorido que huele a humo, que suena a bocinas. La calle; rata rápida protectora, sigilosa. Soy un misterio, una obra maravillosa de las Diosas. Soy la ley de calle: caminar rápido, no confiar en los tombos, mirar feo. Me cuidan mis amigas. Estoy habitada por Lovaina, Niquitao y el periodista. Aún más, soy mi mamá y también soy campanita, Lola, Ceiba, Venus, rebecca. Soy Jessica Miletll, soy Matea, Mely, Brian, Yine. Sueno a “Calle luna y calle sol”, se a lentejas, Somos la sororidad de las mujeres tesas, las distintas posiciones. Soy la indignación con el acoso callejero. Sueño con ser muchas en muchas partes construyendo y sembrando rabias. Somos Callejeras. (Jessica Segura, escrito, 2021).

Figura 37

Olla popular en el marco del paro nacional 2021



Nota. Fotografía elaborada por Laura Miranda

Figura 38

Un canto a mi madre



Figura 39*También el río*

Nota. Fotografía elaborada por Laura Miranda

3.5.5 Mujer

Mujer, amiga, luchemos como sea para no permitir que nadie nos joda, nos mate, nos controle, somos una y también somos todas, como guerra y paz, somos brujas, rebeldes, subversivas, nuestra verdad de ayer hasta hoy y siempre por los siglos de los siglos seguirá latente en nuestra rebeldía feminista. (Montoya, 2021).

4 La calle supera la calle

4.1 Entre la casa y la calle

Niquitao es cobijado por un gran expendio de drogas que embiste la cotidianidad de sus gentes, crea relaciones socioespaciales densas y se convierte en el único lugar posible para aquellas vidas que han atravesado procesos de despojo; familias indígenas Emberá, migrantes venezolanas y una cantidad de identidades obligadas a la precariedad, que encuentran en los inquilinatos y las aceras; un lugar para sostener la vida. Caminar sus calles me ha permitido dimensionar cómo, no sólo los cuerpos, sino también los espacios, se convierten en una especie de *geografías residuales*. Y con *residual* me refiero a un efecto concreto de la violencia política que instaura unas formas de vivir. Es una característica de los espacios precarizados, de las zonas de clandestinidad que condensan múltiples conflictos. Allí residen las existencias más soterradas, infravaloradas en la escala social y económica. Son geografías con regulaciones y normas donde la vida puede o no estar a salvo.

Niquitao se constituye como un sector periférico y fronterizo del centro, es el primer barrio de la zona sur oriental de Medellín que históricamente ha sido reconocido por concentrar un gran número de inquilinatos con fachadas modernas que albergan en su interior cantidades de personas trabajadoras de la informalidad y el rebusque.²⁵ Su fisonomía está compuesta por callejones, bodegas de reciclaje, cuerpos callejeros que se toman las aceras, actores que se disputan el espacio.

Esta vida barrial que se crea allí, nos interpela sobre las violencias políticas sistemáticas que atravesamos como sociedad y de una guerra urbana que sigue viva. Hacer un trabajo de campo en la calle, pero en un contexto barrial, fue aprender que la relación espacial vinculante entre la

²⁵ “Todas las formas de rebusque sitúan ante nuestros ojos la alteridad que no reconocemos, que se sabe mostrar desfavorecido y enajenado de la condición de ciudadano, pero que lejos de ser reducido a este lugar ni queriendo ocuparlo, reafirma su derecho a ser en los términos que los fija para sí, actuando sobre unas condiciones de limitación de recursos y barreras sociales que no le permiten desempeñarse en otros ámbitos económicos y sociales” (Rincón, 2018, p. 46)

pieza y la calle, configuran una distancia casi imperceptible con las identidades subalternizadas que habitan tanto la calle, el asfalto, la acera, la manga; como quienes pagan día a día una pieza en los inquilinatos del barrio. De este modo, las lógicas de vida callejeras se entremezclan con los espacios de las geografías residuales pieza-calle.

Aquella separación imaginada entre el inquilinato y la calle, los hoteles de paso y la calle, la institución -Centro días²⁶- y la calle, crea una ambivalencia y contradicción. Tal es el caso de Doña Luz que paga regularmente su pieza, trabaja vendiendo confites, habita algunas noches la calle por deseo; pero ha experimentado que es dormir en una acera. O Leidy, que paga pieza pero hace su vida en la calle, no solo en término de rebuscarse el diario, sino en términos de afectos. O Brillith, que duerme en la pieza pero todos los días va en búsqueda de sus amigos callejeros: “a mí no me gusta estar en la pieza porque hay pulgas, y todo ese encierro” (Brillith, comunicación personal, 11 de enero, 2022)

Las personas que habitan los inquilinatos de Niquitao ponen su energía diaria en ajustar los diez mil pesos (sin derecho a la cocina) o quince mil pesos (con derecho a la cocina) para pagar la dormida. Las vidas que duermen en la calle ponen su energía de trabajo para levantarse su cuota de delirio. Quienes habitan uno u otro espacio, tienen en común una gestión de vida puestas en el aquí y ahora, del corto plazo. Su energía vital está en la inmediatez, y vivir en la inmediatez les obliga a la pérdida de los deseos de un mañana. (Diario de campo, 22 de mayo, 2021)

Carlos Sánchez Ocampo (1993) escribe una serie de crónicas sobre la vida en la calle en Medellín, momento en el que no eran tan masivos los inquilinatos sino los hoteles, que eran pocos en el centro.

A pesar de ser el único hotel de desechables (hotel La Esperanza) de Medellín, muchos de ellos prefieren dormir en la calle. No es cuestión de tacañería sino de querer dormir con

²⁶Centro día es un sistema de atención “integral” para habitantes de calle en Medellín con un enfoque bio.psicoso.cial. Este programa atiende algunas necesidades inmediatas como alimentación, dormida, baños.

tranquilidad. Para quienes prefieren dormir en la calle, tiene menos *azaris* la noche de las aceras. En cualquier acera de Junín o de Bolívar se puede atracar o matar con la misma impunidad que en el hotel. Además, las condiciones higiénicas se diferencian muy poco. (Sánchez, 1993, p.24)

Aunque la vida en la calle no es homogénea, -porque reconozco que hubiese sido muy diferente estar contando una experiencia de campo en el Bronx o en los puentes de la canalización del río Medellín- esta se compone por un sistema de valores, de prácticas, relacionamientos normativos, de violencias justas legítimas e ilegítimas, (Valencia A, & Alcazar G. 2010) según los contextos, espacios, cuerpos, horas. La calle es una realidad socioespacial contenedora de realidades situadas y reproductora de lógicas normativas como La ley de la calle *ver oír y callar* o en una dimensión más subjetiva y simbólica “la ley de la diablo” que significa para la callejera Astrid un referente de venganza legítima hacía al violentador que le prendió fuego a su cambuche, o los diez mandamientos de Astrid²⁷ que dan cuenta de unas lógicas permitidas y no permitidas en la calle.

Considero que la calle es una **comunidad de sentido**, más que una cultura, contracultura o subcultura. Nombrarla de esta manera evita ciertos problemas de perspectiva, sobre todo de corte relativista que supone una separación desconectada de las fuerzas estructurantes que la sostienen. Sin embargo, me ha parecido importante traer el posicionamiento del antropólogo Enrique Rincón en su trabajo etnográfico “Parchando calle” (2018) cuando habla de la “cultura de la calle” como aquello que hace parte de un mundo particular de ciudad que es empíricamente demostrable y que indaga en la manera por cómo la gente de la calle significa su mundo, que si es vista desde una ética del relativismo cultural; debía ser reconocida y valorada bajo sus propios términos (Rincón, 2018).

²⁷ Astrid escribió 10 mandamientos que hablan de lo permitido y no permitido en la calle.

Aunque no sienta la necesidad de apelar al relativismo, la relación que hay que comprender con la particularidad de sus gentes -que no es otrificación-²⁸, si me ha sido bastante útil para ampliar el desconcierto que me produce la calle, para poder bajarle el volumen a la emoción de “todo está perdido” o solo ver sufrimiento y despojo en las vidas callejeras²⁹. Es poder también desplazar un poco el lugar de la falta, para darle lugar a la subjetivación de aquello que les permite ir más allá del condicionamiento estructural (Rincón, 2018) o estéticamente conmocionante. “No verles desde la carencia sino desde la ruptura y la diferencia me ha costado” (diario de campo, 17 de mayo, 2021).

En este conocer diferentes dimensiones de la vida callejera, he aprendido que la calle como realidad socioespacial; supera la calle misma. Volver a los diarios me permitió evidenciar la transformación en relación a mi propia concepción de las callejeras.

Hoy nuestro encuentro fue con las mujeres de los inquilinatos de Niquitao y aquellas que hacen su vida en la acera. Esta separación se hace difusa. Cuando escucho sus historias no encuentro una distancia radical por el hecho de poseer un techo. Por un lado, algunas han vivido y experimentado la crudeza de la calle, la noche, el consumo, y por el otro, comparten unas violencias muy similares de empobrecimiento, de despojo de sus cuerpos, de marcar en sus pieles. Veo los rostros y cuerpos cansados, y esos cuerpos están narrando una vida de deseos imposibles. No sé quiénes se la están pasando más duro. (Diario de campo, 15 de octubre, 2020)

Otro asunto que se conecta con las relaciones socioespaciales de la calle, es cómo el estado y sus instituciones, criminalizan y deshumanizan a aquellas personas como Claudia que llegan a la calle por asuntos lejanos al consumo SPA:

²⁸ Según la antropóloga Camila Esguerra (2019) la otrificación “se refiere al proceso de producir posiciones de alteridad y subalternización o de producir a unos otros distintos y constitutivos del ego enunciadador” (Esguerra, 2019, p. 96).

²⁹ Reconozco que estos sentires están incorporados a una piel inmersa en el entramado cultural cristiano.

Cuando terminamos de repartir los almuerzos en la avenida de Greiff, una de las callejeras se quedó comiendo mientras nos miraba. Mi amiga Daniela aprovecha y la invita a Callejeras, ella de inmediato empieza a desahogarse, nos cuenta que lleva algunos días durmiendo en la calle, que no es consumidora, que vivía en Enciso con su esposo, pero que él la echó por un robo de 20.000 pesos que nunca hizo. Con un llanto ahogado, también menciona a detalle las agresiones físicas y nos muestra sus heridas como testigas de verdad. Ante esa súplica de no querer dormir en la calle, porque sabe perfectamente que dormir allí sola, significa un riesgo gigante, empezamos a hacer llamadas para ayudar a gestionar su pronta dormida.

Acepta que activemos rutas para estar en un hogar de paso o albergue. Llamo al 123 línea Mujer. Cuando contestan, me dicen que no es posible la mediación y piden comunicación con ella para ampliar la versión que acabo de contar. Claudia le dice a quién está del otro lado del teléfono, que cuando era pequeña habitó la calle porque su familia la echó. De resto fueron respuestas monosílabas. La funcionaría luego de la conversa con Claudia, me dice: “solo atendemos casos que requieran atención psicojurídica, no está en riesgo de feminicidio y además no se reciben habitantes de calle en lugares de paso.”

En la impotencia le contesto: pero ella no está en la calle por consumo de drogas, está en la calle porque la echaron de su casa y no tiene donde quedarse, además en los Centro Días no la reciben hoy porque la dormida es con ficho. Y vuelve a decir “pero ella manifestó ya haberla habitado. No recibimos habitantes de calle en los hogares para mujeres, representa un riesgo para las familias y niños que están allí, no es un buen ejemplo”. Ahí terminó la asesoría. Nos indignó tanto la respuesta institucional porque conocemos algunos hogares de paso en la ciudad, pensamos que iba a ser más sencillo por no ser consumidora, pero el problema entonces rebotaba hacia el estigma de la calle: la ladrona, la puta, loca, la sucia, drogadicta, la agresiva, de las malas costumbres, la que encarna todo lo indeseable.

Nos enrutamos con ella desde el museo de Antioquia hasta el parque del periodista, con paso entusiasmado de ella y con el desesperado afán de nosotras por solucionar solo su inmediatez de no dormir en la calle. Nos dirigimos a encontrarnos con un apoyo de la

Corporación Surgir, para que la dejen quedarse en hoteles de la Alcaldía en el parque de las luces pagando algo de dinero. (Diario de campo, 2021).

4.2 Lo nómada y la territorialización de la vida

“En el puente Horacio Toro así como llegan se van, las veo en euforia, toda una performance cuando piden dinero de unas maneras muy creativas, pero se van, están en su tránsito de vida. También veo que hay comunidad en lo impensable que es la calle, hay territorios de vida; una olla comunitaria, un líder que dice que no le importa quedarse sin comer por darle a los otros, un almuerzo diario de mil pesos que vende Avel. Comprendo que no todo es tránsito, pero mi forma de estar no me deja ver cómo se territorializa la vida. Lo bello fue que finalizando la actividad en el puente nos pusimos una cita para conversar más detenidamente el domingo próximo” (Diario de campo, 3 de mayo, 2020)

Como lo mencionaba arriba, antes de llegar a Niquitao sentía que el movimiento constante era un obstáculo, me frustraba justo no poder entender dónde estaba la quietud de la calle. Sin embargo, darme cuenta que la idea de lo efímero existe porque están gestionando el presente para seguir sosteniendo la vida, fue reconocer que mis propias ideas estaban cargadas de una lejanía, que no está mal, pero si necesitaron ser cuestionadas. Mi relato empieza a cambiar cuando se crea una continuidad, la cual me llevó a cualificar y desmenuzar mis propias nociones de la calle. Así, mutar con un proceso de año y medio, implicaba volverlas a ver, cumpliéndose la cita con ellas y las otras, los jueves en Niquitao. En este acercamiento metodológico de gestar una colectividad más allá de este trabajo académico, encontré que la calle no es solo el nomadismo.³⁰

³⁰ Para Deleuze y Guattari (2004) “el nómada no tiene puntos, trayectos ni tierra, aunque evidentemente los tenga. Si el nómada puede ser denominado el desterritorializado por excelencia es precisamente porque la reterritorialización no se hace después, como en el migrante, ni en otra cosa, como en el sedentario (en efecto, la relación del sedentario con la tierra está mediatizada por otra cosa, régimen de propiedad, aparato de Estado...). Para el nómada, por el contrario, la desterritorialización constituye su relación con la tierra, por eso se reterritorializa en la propia desterritorialización.” (Deleuze y Guattari, 2004, p.386)

Y es justo el discurso hegemónico del estado que criminaliza la calle y se ampara en el imaginario de no tener hoguera, de no estar ni espacialmente ni mentalmente, de ser vidas andantes, efímeras, nómadas, o de la pérdida de fijeza; para no construir políticas públicas, para no atender necesidades básicas y urgentes de salud y de reducción del daño, que no se basen en una relación moral y condenante del consumo de SPA.

Por otro lado, desde un sentido más libertario, Deleuze y Guattari, (2004) describen lxs nómadas como quienes no permiten sedentarizar la fuerza de trabajo, crear rutinas y regular el movimiento, haciéndose itinerantes sus oficios y trabajos, desembocando en un difícil control sobre sus cuerpos (Deleuze y Guattari, 2004). En esta sintonía, el nomadismo urbano que también se vive en la calle, reta la idea de una racionalidad económica,³¹ donde las vidas callejeras son patologizadas por salirse del marco normativo de producción y consumo.³²

Sin embargo, sobre la noción de lo fluctuante comprendí que sí tienen territorios de vida, que hay callejeras que no se mueven de sus lugares porque poseen condiciones físicas y de salud que se lo impiden, construyen una relación de años en un lugar que les provee de necesidades cotidianas, o por dinámicas políticas de la calle como no poder transitar ciertos espacios. Las callejeras tienen lugares sedentarizados para hacer vida, pensados para la permanencia, la quietud, el cuidado.

Otro asunto es que el tránsito no es dado solo en la carencia de un espacio o un estado psíquico, sino que los movimientos itinerantes están marcados por una gestión económica, de unas

³¹ El autor Enrique Rincón (2018) presenta un debate sobre las actividades económicas que son reiterativas como el rebusque, que en las formas más populares se han denominado como las *tres Rs* “Yo robo, retaco y reciclo”. “Analizar las formas del rebusque permite observar en detalle como el parchar resulta ser un proceso de enorme complejidad que no se reduce a una actividad comprendida exclusivamente en términos de un hacer económico, o a una acción orientada a la sobrevivencia en condiciones extremas.” (Rincón, 2018, p.45)

³² Las gestiones de vida que existe en la calle se salen de la lógica de pensar que las prácticas desarrolladas en la calle están puestas en función de la mera sobrevivencia, el afán, la urgencia, o enfocadas únicamente en satisfacer las necesidades más básicas (Rincón, 2018). Son prácticas que no engordan el mercado y se ubican en el excedente del sistema.

rutas para *hacer vida* como lo menciona Claudia la Mona: “Me toca hacer vida vendiendo confites en las rutas del sur desde las siete de la mañana, y el resto del día me parcho en Niquitao, si me va bien vendo dulces para pagarme la pieza” (Claudia, comunicación personal, 11 de agosto, 2020).

En relación a lo anterior, las callejeras que han acompañado este trabajo no son únicamente las que duermen en las aceras del barrio Niquitao, son también aquellas que no están todo el tiempo en el espacio público, pero habitan/duermen en unas *geografías residuales* como inquilinatos y hoteles de paso. Todas comparten exclusiones, despojos y formas de hacer vida como: putear, retacar, vender dulces, insertarse a las economías del microtráfico, hacer mandados, ser “carritos”, reciclar, robar.

4.3 Renombrar la calle

Las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo.
(Audre Lorde, 1979)

¿A qué se refiere la categoría habitantes de calle? ¿A un consumo? ¿Una espacialidad demarcada y definida? ¿A una condición de extrema precarización donde es imposible tener un techo? Nombrar Callejeras traza una fuga a la categoría institucional “habitantes de calle”. Esta conceptualización viene del poder político, jurídico, social y posee un sentido reduccionista, espacialmente limitado, normaliza la presencia de sus vidas en la ciudad y no responde a las relaciones más abiertas de la calle como la liminalidad de los cuerpos fronteras que habitan la casa y la calle como venida mencionando.

En este sentido me fue clave acudir a las reflexiones del antropólogo Enrique Rincón (2018) cuando menciona que esta categoría le ha conferido al estado un derecho legítimo de construir un régimen discursivo que llega hasta las percepciones de la ciudadanía y genera formas de opresión política e ideológica al momento de pensar la calle. Además, “supone que las prácticas que se desarrollan en la calle están puestas en función de la mera sobrevivencia, el afán, la urgencia, o enfocadas únicamente en satisfacer las necesidades más básicas.” (Rincón, 2018, p.43).

Así, la categoría *habitantes de calle* carga aceptación y al mismo tiempo sostiene el discurso legítimo de quienes buscan “desaparecerles”. Se convierte en una concepción políticamente correcta del sujeto excluido, que se ajusta muy bien con la moralidad del poder político.³³ Es una diferencia inventada políticamente.

4.3.1 ¿Quiénes son las callejeras?

Me ha parecido complejo acudir a la identidad de género “mujer” porque las callejeras tienen combinaciones identitarias más complejas, están fuera dentro de lo concebido normativamente como lo femenino hegemónico. Ser mujer “no es simplemente un lugar en el género, sino un lugar en la producción-reproducción”, (Esguerra, 2021, p.64) lo cual no encarnan. Sin embargo, ellas con todo su derecho se nombran mujeres; lo hacen con fuerza, algunas dicen: “Yo me paro al lado del muro y digo con el puño en alto “somos mujeres, soy mujer con el puñito izquierdo”, “soy mujer y no tu muñeca” o “ser mujer es valentía” y es una reivindicación que visibiliza nuestra historia, aunque sea una identidad de nombrar “insuficiente y engañosa” (Esguerra: 2019) pero que recoge un sentido colectivo y rebelde.

Ahora, en la experiencia ha sido un posicionamiento estratégico que atraviesa la autopercepción y en el deseo de nombrar lo colectivo; “somos mujeres callejeras”. Considero que el uso de la identidad *mujer*, puede generar una visibilidad sin excluir disidencias sexuales, vidas trans y cuerpos que viven al borde de la invención de género y no encuentran apropiación en lo culturalmente construido como mujer. Nombrarse mujeres callejeras también ha sido una fuerza que reclama reconocimiento.

³³ Desde la política pública, es decir, desde el discurso y el hacer del Estado, se ha dado lugar a una población (sujeto excluido), y será sobre esta que se intervendrá a través de prácticas de control, como, por ejemplo, la asignación de espacio, horas específicas para moverse en la ciudad, prácticas de aseo, requisas, etc. En otras palabras, la emergencia del habitante de calle está relacionada con la puesta en funcionamiento de un conjunto de prácticas de control y de ortopedia social por parte del Estado, que busca transformar a los sujetos “inútiles” en útiles a través de programas de corrección y normalización (acercarla a la curva de normalidad estadística), en aras de mantener el ordenamiento territorial y social utópico. (Rincón, 2018, p. 32)

Otro asunto es que, si bien es claro que no creo en la identidad mujer desde un esencialismo de la correspondencia sexo-género, lo cierto es que existen unas **violencias concretas** en la calle **que se exacerban desde diferencias biológicas** como la menstruación, la cual se convierte en una forma de recordarles los procesos biológicos de “*ser mujeres*” (Rodríguez, 2014). Los ciclos biológicos son un blanco para hacerlas una otredad más descartable.

Me encuentro con la noticia de que Claudia no está, le pregunto a su compañero de acera por ella y me dice que no la había visto el día de hoy, en ese momento se acerca una callejera y me dice “ah, esa cochina” ¿por qué le dices así? porque ella es una cochina que deja las toallas higiénicas tiradas. Un hombre desconocido aparece y se mete en la conversación “acá en la calle también tenemos reglas”. No sé si eso me lo dijo como una respuesta frente a su ausencia. Días después encontré a Claudia en el barrio pero lejos de donde vivía cuando la conocí. Me dijo que le habían puesto la queja *a los que cuidan* y que la echaron del barrio, pero que ella la había dejado envuelta y solo fue que se le olvidó tirarla a la basura. (Diario de campo, 15 de octubre, 2020)

Finalmente considero que nombrar las callejeras, evita estar en el lugar común de “mujer habitante de calle”, aparece como una posibilidad de darle paso a unas singularidades situadas que viven en las calles.

Así. las **callejeras** que aparecen en este texto hacen de la calle, lugar prohibido para lo femenino; un espacio cotidiano para sostener la existencia. Son las vidas más devaluadas por los sistemas de poder raciales, de clase, de género, del régimen político familiar. Representan lo marginal dentro de la propia marginalidad, son la otredad más descartable políticamente. Las callejeras incomodan, se autorizan el lenguaje furioso que está prohibido para las mujeres, son expulsadas de una feminidad hegemónica.³⁴ La fuga les precede, todas decidieron huir de algún lugar de muerte “me fui para la calle porque en mi casa hay muerte” (Lina Marcela, comunicación personal, 17 de agosto, 2020).

³⁴ Sin embargo, cargan con las culpas del abandono a lo establecido, como la maternidad y la familia; esto hace que la desobediencia al género por abandonar los lugares asignados, siga configurando sus vidas en la calle.

5 Cuidado y puntadas para un feminismo de la calle

5.1 ¿Sabe cómo me cuido yo?

Una de las cosas que me llevó a pensar el cuidado en la calle fue la sucesión de imágenes,³⁵ momentos y experiencias que empecé a vivir estando en los encuentros con ellas: ver a Doña Luz al cuidado de siete perros en la habitación de un inquilinato levantándose el cuido con la venta dulces, enterarme de que Lina va al cambuche de Astrid cuando tiene su ropa mojada por la lluvia para cambiarse, saber que entre ellas se ayudan a conseguir las toallas higiénicas cuando están menstruando, o ver a Astrid regalando zapatos a la gente de su acera.

Recuerdo un día cuando pasé a recogerlas a sus cambuches y al inquilinato para llevarlas al lanzamiento del fanzine *Flores que rompen el asfalto*. De repente estaban sentadas en las calles de *Niquibronx* maquillándose unas a otras con sus mejores prendas de vestir. Recuerdo los ojos cerrados de doña Luz mientras Leidy con su arsenal de maquillaje le delineaba sus ojos y le aplicaba pestañina. Entre todas se daban sugerencias de la combinación de la ropa y los colores de maquillaje. Para ellas era un momento muy importante; el hecho de ser publicadas, de sentirse autoras, las ponía en un lugar de lo público y del protagonismo. Esta atmósfera generó un espacio de cuidado colectivo, una ayuda mutua donde querían que todas estuvieran bellas, con ropas dignas, incluso en una disposición diferente para el consumo. Ahí no terminó el cuidado, cuando estaba de noche nos cercioramos que todas se embarcaran en el taxi de regreso a Niquitao.

Observar las prácticas de cuidado cotidianas de y entre callejeras, me ha permitido problematizar ese imaginario de que la calle es el lugar de la ausencia de cuidado, el absoluto descuido, el espacio donde todo lo que pasa es miserable, o donde no habita la dignidad.

³⁵ Estas imágenes fueron difíciles de ver en principio porque una está viendo todo el tiempo rivalidades y disputas muy exacerbadas entre las callejeras, sin embargo, esto no ha excluido las formas de cuidado que tienen entre ellas.

Se ha entendido que quienes habitan la calle son quienes necesitan cuidado, pero en mi caso, cuando llego al barrio soy yo la que lo recibe. En medio de los riesgos que representa habitar las calles de noche o salir y entrar al barrio sola, la experiencia del miedo ya no me habita, y es gracias a las callejeras que con actos como acompañarnos a coger el bus, ponernos atención de lejos mientras salimos del barrio, compartir sus espacios vitales; cuidan y protegen. En medio de todos los movimientos acelerados de la calle, hay un rincón encantado: el cambuche de Astrid; allí leemos, echamos chisme, comadreamos y muchos encuentros de Callejeras acontecen ahí. Cuando aterrizamos donde ella, todas sabemos que ya estamos seguras.

Una de las callejeras que más me ha enseñado del cuidado en muchas dimensiones es Astrid: el cuidado hacía su perra, el cuidado de su cuerpo, el cuidado de la calle, el cuidado con las palabras, el cuidado de los cambuches que siempre están en la amenaza de ser desalojados. Astrid ha interpelado la noción de cuidado que está instalada en mí; una mirada que tiene un arquetipo y unas formas aprendidas que son atribuidas especialmente a las mujeres. No se trata solo del cuidado en defensa de su propia vida, también se trata de unos cuidados colectivos —que son difíciles de dimensionar porque la vida en la calle es de muchas soledades—. Astrid genera estrategias de camaradería con la gente de la calle ante la presencia de actores como Espacio Público,³⁶ que les despoja periódicamente de sus pertenencias. Estos cuidados colectivos que ella pone en práctica se traducen en el ejercicio de *hacer algo* concreto para las/los otros, de hacerse cargo de, (Moliner & Legarreta, 2016) a través de unas formas situadas de cuidado. Esto quiere decir que la calle no se configura como el lugar del no cuidado, sino que allí se crean formas particulares de proteger la vida, de acunar dolores, de calentar el frío, de alimentarse, de vestirse, de aliviar las ansiedades propias del consumo. Algunos de estos gestos no atiendan al imaginario socialmente aceptado de lo que es cuidar:

Cuidar el parche también de los problemas. Le canto a la gente cuando Espacio Público viene, para que estemos preparados, que barramos la acera para que no nos estén jodiendo

³⁶ Espacio Público es una Subsecretaría de la Alcaldía de Medellín que controla y regula el uso y la apropiación del espacio público a través de la limpieza. Mediante sus operativos de “restablecimiento del orden” en el centro de Medellín, las personas callejeras, pero también venteras y venteros de la informalidad, denuncian que constantemente son víctimas de los operativos que desaparecen sus pertenencias.

los tombos... Yo cuido al que sea, a cualquiera que pase yo le doy: “tenga, lleve si necesita”, a mí me nace de corazón. Con Lina, procuro por cuidarla, no me gusta que se metan con ella, que tenga ropita, que tenga una cosa, que tenga la otra, y así, todos los días viene, Astrid tal cosa, y yo le doy un espejo para que se mire y se organice, para que se limpie el sacol, le doy toallas higiénicas. Yo mantengo un montón de chimbadas y si uno tiene y la gente necesita... A mí todo el tiempo me dan ropa; por ejemplo, este señor tiene unos tornillos en las piernas, no se puede sentar, entonces yo sé que si me llegan medias se las paso para que no le dé tan duro el frío. Y mientras duerme el uno le veo una cosita, que la pipa, los zapatos, y le digo “hey, ojo, guarde sus cositas”, el uno no tiene cobija y muerto del frío y si tengo la forma, tin, tenga, los arropo, sea hombre o sea mujer. (Astrid, comunicación personal, 2 de febrero, 2021).

Además de este cuidado colectivo, me interesa mostrar una calle que tiene *rostro de mujer*;³⁷ una calle ocupada masivamente por vidas que han desertado de la expectativa de género; por abandonar la institución familiar, hijas/os, por cargar con el rótulo social de las “malas madres” (asunto que las llena constantemente de dolores y las aferra a una autopercepción culposa), por habitar un espacio que es autorizado para lo masculino, por no cumplir con el imperativo individual de salud e higiene femenina (Pedraza, 2004) y por apropiarse del recurso agenciador de la violencia.

El interrogante por cómo las callejeras gestionan la vida y el cuidado en la calle, tiene que ver con formas de cuidado específicas entre ellas, en medio de las fluctuaciones y movimientos intensos que se desarrollan en la calle.

Un día Astrid me dijo: “Cuando me fui de la casa le dije a mi mamá: nunca jamás en la vida volveré a pisar tu lecho, y así fue”. Allí empecé a entender que las acciones que impulsan que una callejera decida vivir en la calle, no sólo están atravesadas por la pobreza extrema, el consumo de SPA, la falta de oportunidades laborales, etc. El camino de emprender una huida hacia la calle también se relaciona con la falta de cuidados, esto es, no encontrar en la familia, el hogar, las

³⁷ Esta idea está inspirada en el libro “La guerra no tiene rostro de mujer de Svetlana Aleksievich (2015)

instituciones o el territorio, un espacio para vivir con cuidados vitales y mínimos. Astrid huye en busca de una tierra fértil, de un cielo abierto para estar protegida, se fuga y hace de la calle su ruta de escape, llegando a considerarla, incluso, como un lugar más seguro que su casa.

En algún encuentro de Callejeras, mientras conversábamos alrededor de las marcas que nos han dejado los sucesos de dolor, Astrid localizó en su cuerpo varias historias que hablaban de los motivos que radicalizaron su huida: “Todavía tengo el recuerdo cuando nos prendieron en gasolina a mi mamá y a mí un marido, eso se me quedó”.³⁸ En efecto, emprender la huida como una estrategia de desobediencia de género, entender que también se puede escapar del lugar indeseado de la violencia, cambiarlo por la calle y enfrentar los devenires contradictorios de estar afuera para lo femenino. Paradójicamente, la calle es el escenario para buscar la libertad ante la ausencia de lugares de cuidado y redes de afecto, sin embargo, llegar a ella significa, para las mujeres, estar expuestas a múltiples afectaciones corporales y emocionales, como la violencia sexual que opera como un dispositivo de poder, mayormente en los cuerpos jóvenes que son objeto de deseo masculino.

Algunas prácticas de cuidado que crean las callejeras han sido la de sostener vínculos de pareja con hombres que también habitan la calle, con el fin de proteger sus vidas. Lo que quiero decir, es que para una callejera puede ser estratégico que exista la figura masculina de novio o pareja en su vida porque permite -en la lógica heterosexual y machista- que no sufran ciertas violencias, porque ante la mirada de otros hombres, opera una suerte de marca simbólica de propiedad sobre ellas.

No se puede hacer una lectura apresurada de lo anterior porque no pretendo justificar ni reproducir la lógica heteropatriarcal que afirma que la presencia masculina es sinónimo de seguridad para las mujeres en general, no cabe duda de que las callejeras padecen violencia de forma continua por parte de los hombres que tienen cerca. Lo que me interesa problematizar y reconocer es la agencia y los mecanismos de protección de sus vidas a través de ellos, en otras palabras, los instrumentalizan, los utilizan e incluso se burlan a través del engaño, se revelan con

³⁸ Esta conversación con Astrid se da en un taller de escritura sobre memoria y cuerpo desarrollado por la Colectiva Callejeras el 2 de febrero de 2021.

maniobras que no necesariamente pasan por abandonarlos, algunas mienten para no sostener relaciones sexuales, otras les roban dinero para la sobrevivencia o les seducen en aras de tener beneficios económicos. Ellas me han contado que cuando deciden ir a putear se escapan de las habitaciones de los inquilinatos y moteles luego de recibir el dinero.

Por otro lado, cuando deciden no tener vínculos con hombres, crean estrategias performáticas de género, como masculinizarse, para no ser el deseo de los hombres o pasar desapercibidas. Sostener la vida atraviesa las búsquedas inmediatas de seguridad, bienestar y cuidado, hasta donde el contexto lo autoriza.

Dentro de este marco de estrategias y devenires, las prácticas de cuidados para las callejeras se configuran en diferentes direcciones; algunas tienen que ver con las disposiciones corporales en el espacio; estar alertas, sobre todo en las noches ante los peligros inminentes de transgresiones físicas, robos, “maldades”. También el cuidado puede estar significado en sedentarizar una cotidianidad que parece siempre fluctuante y sin rumbo, o crear lealtades ante actores que administran el poder territorial para legitimar su permanencia. En estas dimensiones del cuidado, unas son más estratégicas, otras más íntimas, silenciosas o rituales, como la escoba al revés de Astrid, que se convierte en un agente material del espacio y provee protección. “Cuando le pregunto por las estrategias de cuidado señala la escoba al revés que permanece al lado de su cambuche, simbolizando para ella cuidado y otras cosas que no puede contar, esto lo dice con picardía y risa”. (Diario de campo, octubre, 2020)

Aunque el cuidado es una práctica que existe en cualquier lugar y contexto, las reflexiones anteriores trazan un camino frente a la pertinencia de movilizar conceptos aprendidos de cuidado cuando se piensa en escenarios callejeros:

“El cuidado es una actividad característica de la especie humana que incluye todo lo que hacemos con vistas a mantener, continuar o reparar nuestro ‘mundo’, de tal manera que podamos vivir en él lo mejor posible. Este mundo incluye nuestros cuerpos, nuestras individualidades y nuestro entorno, que buscamos tejer juntos en una red compleja que sostiene la vida” (Tronto, 1993, p. 103, citado en Molinier, 2012, p. 5”).

Sumado a lo anterior, el cuidado como discurso y práctica, ha estado en el centro de los debates feministas que demandan un reconocimiento político frente a cuestiones como el sostenimiento de la vida, la distribución del trabajo, las relaciones de reproducción. Estas dimensiones es necesario ampliarlas y problematizarlas bajo *otras* nociones; poner el cuidado entre líneas cuando está sujeto a la fisionomía de la calle, es decir, a situaciones vertiginosas, a experiencias que demandan inmediatez y corto plazo. No es posible una organización estable y continua del cuidado porque aunque exista, no quiere decir que siempre sea viable por las tramas crueles y arriesgadas que también se viven allí.

El cuidado se ha normalizado desde perspectivas moralizantes (Tronto, 1993), es decir, desde el *deber ser* que excluye, por ejemplo, la relación entre cuidado y violencia. Como señala Pascale Moliner (2012), el cuidado no puede ser pensado fuera de las relaciones de dominación. De esta manera, el cuidado de las callejeras interpela unas legitimidades discursivas y se ubica al margen de las nociones de cuidado que abanderamos procesos sociales, feministas, académicos. Con respecto a las implicaciones de pensar un cuidado desde otros lugares que respondan a realidades situadas, también propone Moliner (2012), la necesidad de hablar de las mujeres subalternas que no están representadas dentro de las prácticas y los discursos hegemónicos del cuidado. La autora nos invita a darle la vuelta a su sentido habitual, más de cara sobre aquellos grupos que no han tenido suficientes condiciones para poder desarrollarlo. Astrid cuenta:

¿Sabe cómo me cuido yo? Yo me cuido con esta (señala la lata), yo me expreso, o sea, el saberme hacer respetar. Te gritan, te pegan, te pichan, te matan y parten sin novedad, entonces desde un principio hago *stop*. Así me cuido. ¿Cómo me cuido? haciéndome respetar (muestra de nuevo la navaja), cantaleteando, con una piedra, con la perra o con el cuchillo. Haciéndome respetar mijas. Me cuido también con condón y nos cuidamos de los hombres. Me cuido con un plástico para no mojarme y me cuido de Espacio Público cuando se van a llevar mis cositas. (Astrid, comunicación personal, 22 de marzo, 2021)

Jesika, una callejera joven de Niquitao, también menciona cómo ha protegido su vida. Si bien la conversación no giraba alrededor del cuidado, durante un encuentro espontánea ella me relató su experiencia en el oficio de *putiar*:

Esa noche estaba muy pepa, el man no me quería pagar, solo me dio una parte, la ansiedad me mató y ya no quería estar ahí, ese trabajo es horrible. El man lo que hizo fue que me encuelló porque le estaba cobrando y me tocó pegarle el cuchillo en ese cuello y dejarlo tirado... A mi no me dio miedo en ese momento porque yo no me dejo de ningún hombre. Yo no me arrepiento porque ese man me quería comer a lo mal hecho. (Jesika, comunicación personal, 21 de octubre, 2021)

Pensar el cuidado desde la posición social que se ocupa, -ser una callejera que vive en amenaza constante- exige reconocer los marcos propios que existen solo en la calle. En mi insistencia por encontrar respuestas a la pregunta ¿cómo se cuida la vida en la calle?, comprendí que la violencia ocupa un lugar central para entender las prácticas de cuidado; logré entender que ciertos actos violentos son los mismos que les permiten crear una serie de prácticas por fuera de lo ideal para defender la vida, tal como lo manifiesta Astrid y Jesika. Difícilmente el cuidado en la calle aparece como una acción entendida socialmente como responsable (Alvarado, 2004), o sin daño. Se convierte en una fuerza que blindada, protege y asegura la vida, incluso, a través de la violencia.

En esta exploración por el cuidado que cohabita con la violencia, encontré que la antropóloga Myriam Jimeno (2018) presenta una reflexión inspiradora alrededor de la violencia. Propone anteponer la palabra *experiencia* a la violencia, como una especie de giro epistémico para entenderla de manera más profunda y situada. Señala que es una posibilidad para desentrañar significados, emociones, prácticas corporales y discursivas de las personas en actos concretos de violencia, con el objetivo de superar esencialismos académicos. En este sentido, las *experiencias de violencia*, indisociables del universo de las callejeras, se convierten en una ruta necesaria para remover unos sentidos comunes como la negación de la violencia para cuidar la vida, o la violencia solo desde el relato de la dominación de unos sobre otros. Este posicionamiento “desata polémicas en la medida en que pone en evidencia contradicciones y ambigüedades de los principios en que se

funda la sociedad” (Jimeno, 2008, p. 271). De este modo, anteponer la violencia como experiencia transversal a la vivencia de calle, permite pensar una desidealización del cuidado, una lectura desde una orilla que no alude precisamente al cuidado sin daño, sino al cuidado bajo las posibilidades que presenta vivir en la calle.

Dentro de esta perspectiva, la violencia que se permiten las callejeras, también es una estrategia de desobediencia de género, al igual que la huida, la fuga, el escape. Las prácticas de violencia que tienen **algunas**³⁹ de ellas, son las que históricamente han sido perpetradas por los hombres: tener navajas, poseer control territorial en una cuadra, un barrio o una hilera de cambuches, administrar una plaza que provee el consumo de un sector, cosificar cuerpos masculinos, etc. con lo anterior me refiero a que no necesariamente esta desobediencia de género, que transgrede la feminidad hegemónica, pasa por el deseo, o por la aspiración de igualdad frente al poder de los hombres, ni significa el cese la dominación contra ellas; me refiero a que estas estrategias configuran una necesidad vital de sobrevivir en la calle.

Independientemente de todo lo que acabamos de colocar en el papel que marcamos como violencias hacia nosotras las mujeres, el hecho de estar juntas, ya estamos protegidas, eso sí, estemos donde estemos tenemos que saber aprender a defendernos solas. (Astrid, comunicación personal, 8 de agosto, 2021).⁴⁰

En conclusión, este cuidado colectivo e individual que practican las callejeras que habitan las aceras de Niquitao, nos permite evidenciar que no son totalmente vulnerables, sin agencia y pasivas ante el poder; por el contrario, son claras las acciones de maniobra que les permiten hacer vida y tejer posibilidades para otras y otros, en un escenario desbordante, donde también se condensa la repercusión de la violencia histórica del país (Salcedo, 2000).

³⁹Me parece importante señalar que estas formas de violencia relacionadas con el cuidado de la vida propia y de las otras presentadas en este escrito, suceden en algunas callejeras, es decir, con las que compartí en mi trabajo de campo. No es de una generalidad, ya que desconozco otras múltiples posibilidades de ser una callejera.

⁴⁰ Taller Cartografiando el centro, 18 de febrero de 2021.

Astrid, líder callejera de unas cuantas aceras del barrio, con su vitalidad y lucidez en la palabra, me permitió adentrarme antes que en una categoría teórica, en un camino interpretativo y contradictorio⁴¹ del cuidado, entendido como la defensa de la vida misma. Pensar la calle en clave de los cuidados fue revelador, no porque allí se escondiera una verdad invisibilizada, sino por la posibilidad de acercarme al universo simbólico desde el relato y la experiencia de las callejeras, de sus búsquedas reiteradas por el deseo del vivir bien, que pasan a su vez por el potente reconocimiento de su propia dignidad. Astrid, maestra y dueña de las calles, encarna lo que considero sería un feminismo callejero o de las calles, del cual hablaré unas páginas más adelante a manera de cierre de este proceso investigativo.

Luego de estas reflexiones quisiera compartir una experiencia particular de cuidado como un ejercicio colectivo e intencionado que consigné en mi diario de campo.

5.2 Ritual Emma

Decidimos ritualizar la partida de María Ángel, una vida nombrada y esperada con entusiasmo, pero también con incertidumbre por todas las complejidades que significa gestar en la calle, como por ejemplo un diagnóstico de VIH transmitido de mamá a hijx. Emma, que manifestaba deseos gigantes de materner, fue atropellada por un carro en la calle San Juan, bajo los efectos del sacol que desinhibieron sus respuestas ante el peligro de pasar las calles. A Emma en un primer momento le diagnosticaron muerte cerebral en razón al impacto de carro que recibió en su vientre y que ocasionó la muerte inmediata de María Ángel. Cuando las callejeras nos enteramos del accidente, nos manifestamos en el hospital general donde la estaban atendiendo, llevamos flores, velas, carteles que decían ¿y las vidas de la calle qué? y “todas las vidas importan”.

Con Emma había empezado una interlocución alrededor de la maternidad. Quería seguir su proceso de gestación y posparto, las negociaciones que debía asumir para poder materner, es decir, conocer de cerca la maternidad siendo una callejera. Emma no participaba activamente de los encuentros los jueves en Niquitao, visitaba el espacio cuando finalizaba y allí era que

⁴¹ Esto demanda un desafío tal como lo menciona Pascale Moliner (2012) "Debemos aprender a desarrollar una sensibilidad moral y política que nos permita reconocer la importancia de encontrar soluciones ajustadas a las necesidades y a las circunstancias específicas (p.20)

conversábamos ratos cortos. Recuerdo que hace un par de días antes de su accidente, Emma me había mostrado la ficha médica de la cita próxima, estaba muy alegre porque la médica la había felicitado, “me dijo que estoy muy juiciosa, que mi bebé está muy bien, a mí no me van a quitar a mi hija porque yo estoy muy juiciosa” mientras se emborrachaba de sacol.

Días antes, me enteré que Emma se había escapado del hospital porque se dio cuenta que el albergue donde iba a estar los primeros días de su posparto, le iban a quitar radicalmente la pega para empezar con el proceso de desintoxicación. Se escapó para volver a la calle, siguiendo el deseo de ejercer su maternidad sin renunciar al consumo, indudablemente le iban a quitar a María Ángel.⁴² Después de este suceso, decidimos hablar del cuidado, de cómo nos cuidamos en la calle y en la vida. Empezamos el jueves 24 de octubre del 2020 ritualizando el espacio con un performance que nos interrogaba sobre el dolor, la muerte, la pérdida.

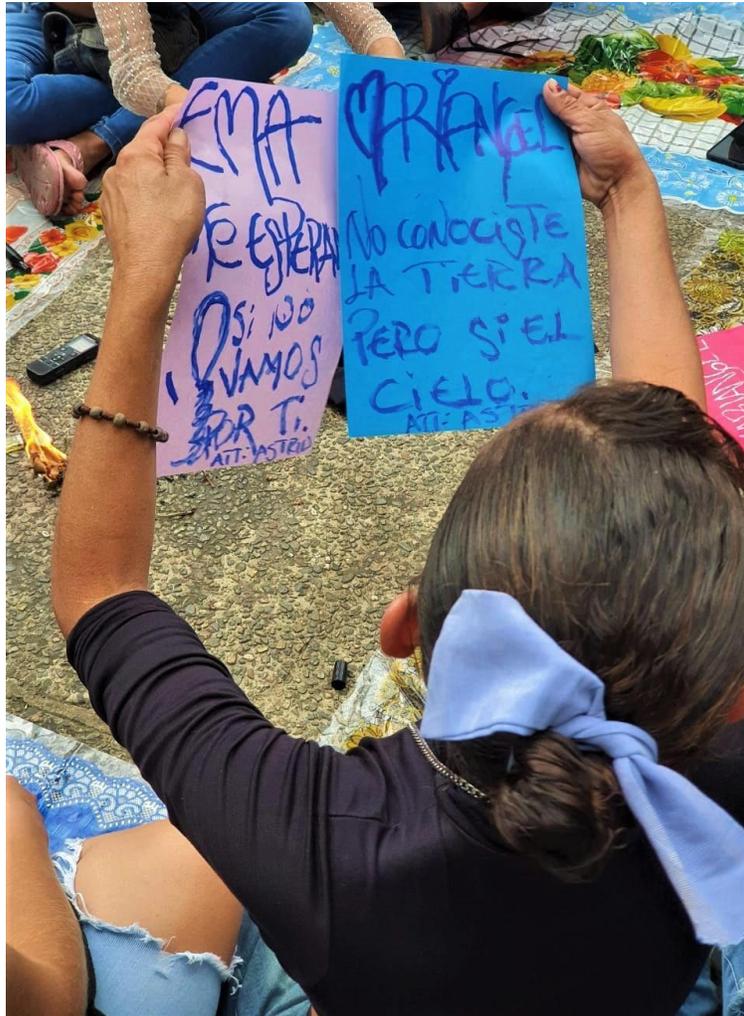
Iniciamos con unos cantos de arrullo en la intención de despedir la vida de María Ángel “Arrurú mi niña, mamá mi niña, que llora mi niña, tranquila mamá que en el cielo voy a estar. No llores mamá no llores”, prendimos velas por la sanación de Emma y deseamos su pronta recuperación

Nos vamos a unir en oración en pensamiento, le vamos a desear a ella recuperación, la queremos. María Ángel, no conociste la tierra, pero si el cielo. Yupiiiiii. Y para Emma, te esperamos con patica partida, no importan, y si no venís, ¡vamos por vos! (risas) te esperamos, no con bombitas de sacol, con bombas de verdad. Te esperamos con amor, me salió del corazón, hay que llorar cuando hay necesidad. (Astrid, comunicación personal, 24 de octubre, 2020)

⁴² Antes del juicio “mala madre”, lo que hay que poner en cuestión es la maternidad y el consumo de SPA, la reducción de daños, los derechos sexuales y reproductivos como plan urgente para atender a las necesidades reales de los cuerpos gestantes en la calle; que considere las demandas físicas, los deseos, las necesidades para un embarazo digno que cuide la vida tanto de la madre como de su cría. Las callejeras que gestan necesitan un acompañamiento que permita hacer seguimiento a su estado, que haya posibilidades para ejercer el derecho de maternar, entendiendo esto como un proceso diferencial que implica tratamientos diferenciales reales. Esto es muy complejo porque ni siquiera hay mecanismos desde la Secretaría de la Mujer para el acompañamiento de mujeres consumidoras de SPA, hay un vacío gigante de rutas de atención cuando se debe enfrentar la maternidad en la calle. Antes de quitarles violentamente a sus hijxs, lo ideal sería abrir procesos para que las callejeras puedan hacer renunciadas y acuerdos si está el deseo de maternar.

Figura 40

María ángel, no conociste la tierra, pero si el cielo



Nota. Fotografía elaborada por Nataly Cartagena

Luego se realizó una performance sobre dolor creada a raíz de este acontecimiento. Finalizando, nos reunimos en círculos para escribir cartas para Emma y conversar sobre cuáles son nuestras formas de cuidado.

Me cuido reacciono en el momento, no me quedo callada y he aprendido mucho a no pelear. Mi esposo me cuida, me respeta, no me pega. También me cuido con mí misma. (Lina Pulgarín, comunicación personal, 24 de octubre, 2020)

Yo me cuido con preservativo. Nuestro cuerpo es de quien queramos que sea, desde que haya autonomía y decisión. (Leidy Montoya, comunicación personal, 24 de octubre, 2020)

Cuidando una por una, hay que respetar a las mujeres, que los hombres vinieron fue por una mujer, no por la tierra. Para mi todas son mis hijas. (Doña Luz, comunicación personal, 24 de octubre, 2020)

Bañándome. La gente piensa que porque estamos en la calle significa que estamos sucias, yo todos los días me baño y procuro mantener mis cosas bien organizadas. (Astrid, comunicación personal, 24 de octubre, 2020)

Yo me cuido a como pueda, sea con chuzo o también hablando, pero también toca dar lata. (Astrid, comunicación personal, 24 de octubre, 2020)

Yo me cuido escuchando, aconsejando y estando alerta. (Anónima, comunicación personal, 24 de octubre, 2020)

Yo me pongo dos bolsas de plástico negras de basura en las noches para que no me vean. (Anónima, comunicación personal, 24 octubre, 2020)

5.3 Puntadas para pensar un feminismo de la calle

5.3.1 *Mujer*

Mujer, armonía inefable del universo
nunca nos verás de la misma manera porque tenemos faces fugaces
infinitas aptitudes y actitudes
mentes nuevas

A cada minuto distintas, dependiendo del entorno y la situación
y ese es nuestro mágico encanto
nuestra vagina, nuestros ovarios, nuestro corazón y sentimiento
están más a lo largo y ancho de esta tierra

Nuestro espíritu feminista
rejuvenece al mundo fatigado con armonía inefable
con la capacidad de poner orden a este puto mundo patriarcal
envejecido, cáustico y brusco

Somos una nueva Eva
somos más conscientes, más equitativas, más sinceras,
más unidas en nuestra sororidad
más que más, que nuestros ojos no los tapen, ni los cierren
y que tu maldad no me entierre

Soy bruja indomablemente, callejera hasta mi muerte. (Montoya, 2020)

Esta es una provocación naciente que no tiene tantos asideros como quisiera, solo algunas puntadas emergen en el trasegar de este trabajo. Ideas movilizadas por los silencios frente a las realidades callejeras en las agendas, propuestas y discursos del feminismo y de las mujeres en la ciudad. Me interesa poner en la mesa un posible feminismo callejero que incluso, está por fuera de

los feminismos. Un feminismo callejero que no ha tenido una fuerza epistemológica que posibilite un camino para ampliar el espectro del fenómeno de la calle y que abra un campo de conocimiento social dentro de una academia que ha estado desvinculada de la calle.

Por otro lado, quiero señalar que no tengo la intención de forzar una identidad política al asegurar desde mi propia interpretación y privilegio que las callejeras son feministas porque se defienden del agresor, o son feministas porque se autorizan la calle, o “aunque no lo sepan” son feministas porque.... no pretendo hablar por ellas. Anunciarse feminista es una decisión que solo debe venir de quién se nombra y cree en él.

Sin embargo, las callejeras me han permitido conocer un poco cómo se aprende a hacer vida desde estrategias políticamente incorrectas, es decir, como toma fuerza epistémica **la contradicción** como una idea políticamente poderosa, tal como lo menciona Mónica Mesa (2019) en su trabajo sobre las corporeidades las ñeras de Bogotá. La autora señala que la contradicción aparece cuando se vive en la calle en un cuerpo leído como mujer, cuando no hacen parte de una sola categoría porque sus cuerpos son frontera, cuando priorizan necesidades diferentes como no tener un sacrificio ante la maternidad o cuando la calle es el lugar de la libertad pero también de la violencia patriarcal.

Frente a esta idea de las contradicciones de la calle, consigné en mi diario una historia:

5.3.2 Viva la ley de la diabla

Pregúntale a Natalia cómo yo le he dado chuzo, él anda buscando lo que no se le ha perdido. Lo que pasa es que él cree que yo soy propiedad de él, no me puede ver contenta, feliz, bien organizada, con alguien más. ¡Ay amiga!

Vea yo le cuento, había una chica muy linda, divina que le decían *La Diabla* que tenía una relación con este (refiriéndose a su ex pareja); cuando ella se trababa hacía unas muecas con la cara y el pirobo se la gozaba delante de todos los manes. Él le pegaba, la ultrajaba, le daba mala vida y ella tenía que soportar que en el cambuche se metiera con tanta hijueputa

y la gente pensaba que esa era la boba del parche. Pero se cansó, todo tiene un límite mami. ¡viva la ley de la diabla! (se echa la bendición)

Ay amiga, llegó el día: diez de la mañana, llega la diabla y pum gonorrea: le sacó las tripas, duró 8 días en coma el pelado. Lo malo fue que ni siquiera cuatro meses pagó de cana, salió y volvió. No tengo palabras para describir la ley de la diabla, pero espere y verás. Te juro por la vida de mi perra que mis lágrimas no son en vano, que las tengo todas acumuladitas, no lo voy a matar, pero es para que se acuerde de mí, que sepan que con las mujeres no se juega y de mí no se ríe ninguna gonorrea. Hasta me quitó el camello mami, mantiene como en una competencia conmigo a toda hora. Yo se las tengo acumuladas; por esto, esto, esto y esto. A mí me importa un culo, voy a jugar a la cara de seria, es que yo sé cuándo lo cojo y a mi manera, todo a su tiempo y a mi manera, no se va a poder parar. Hay mil y una manera de matar. No necesito de lata para hacerme defender. (Diario de campo, 29 de octubre, 2020)

Días después de esta conversa, fui a saludar a Astrid y también registré en el diario:

Es de noche y el espacio está totalmente desolado y silencioso. Ahí está Astrid, la contemplo a lo lejos vendiendo, retacando y haciendo escándalo. Anda muy alcoholizada, vestida diferente de lo usual, un pantalón muy ancho blanco y está descalza, pero no la veo perdida de su órbita. Cuando Astrid me ve se emociona mucho y sale corriendo hacia el lugar donde hace un par de días rayamos un mural justo al frente de su cambuche que decía: “Mi cuerpa: primer territorio libre de violencia” ella se para ahí e histriónicamente grita: “somos mujeres” mientras extiende su puño y se mueve con adrenalina. A mi me emociona mucho verla, además porque Astrid ha dinamizado con fuerza Callejeras, ha involucrado a otras y ha asumido un lugar de liderazgo.

Cuando empezamos a palabrear Astrid me conecta con la historia de la venganza de *aquel*. Me dice ¿se acuerda que yo le dije que me tenía que vengar?

Lo primero que salió de mi boca fue ¡ay no! “mija, le di sus buenas puñaladas hace nadita en el culo, ¿se acuerda que le dije a usted que yo me vengaba por la ley de La Diabla?

¿Astrid y dónde está él?

¿Qué dónde está? Véalo ahí.

Señala su cambuche. Veo una masa envuelta en cobijas ocupando todo el espacio. Astrid todavía tiene la sangre caliente, por eso su cuerpo inquieto y sus palabras aceleradas. Habla, habla mucho, se mueve con desespero mientras sigue describiendo con minucia los hechos de su venganza.

¿Astrid y por qué lo tienes en tu espacio? le pregunto conmovida

Ay mami, yo lo curé, estaba muy mal y me dio fue pesar. Luego me tomó de la mano, “venga le nuestro”. Vamos a un poste diagonal a su cambuche, “vea como lo deje, vea que no es mentira hija, lo cogí por detrás y le di”. Desdobla el surullo de pantalón, está totalmente inundado de sangre que todavía se percibe fresca, un rojo oscuro vivo. Al terror de esa escena se le suma el choque de verlo dormido en su espacio íntimo, en su cambuche. Hace un par de días rayamos el mural en el deseo de vidas y cuerpos libres de violencias. Ese mismo lugar donde Astrid acudió al linchamiento para marcar su respeto desde el castigo, de su furia vengativa.

“No me abandonen por favor, yo a todo el mundo le hago orgullosa de nosotras las Callejeras” señalando el mural. Me voy muy revolcada ese día. Siento que aquella disputa el poder con su “excompañero”, la pone en un gran riesgo de feminicidio, temo mucho por lo que vaya a pasar con la vida de ella, de la violencia espiralada que desata las venganzas. Él la amenaza con quemarle la casa, le roba, le quita el sueño, no puede en algunas ocasiones dormir de noche porque él “se las tiene cantadas”.

Ella, en su lucha por la defensa de su dignidad desde sus formas aprendidas se siente orgullosa de haber cumplido la promesa y exhibe las marcas del suceso con valentía. (Diario de campo 15 de noviembre del 2020)

Meses después de este acontecimiento nos enteramos que este hombre de la historia intentó arremeter con la vida de Astrid prendiendo fuego al cambuche donde dormía ella y su perra. Astrid no salió herida físicamente, alcanzó a irse esa misma noche hacía un inquilinato con Pecas su cuidadora, pero días después retornó a la calle cuando ya estaba segura de tener a salvo su vida gracias a “los pelados”.

Las contradicciones se perciben, por ejemplo, cuando las callejeras instrumentalizan la heterosexualidad obligatoria (Rich, 2001) para asegurar protección y sacar provecho del mundo masculino hegemónico, o sostener una relación emocional con un hombre que “no se le pare pero me da plata, solo me ensucio las manos un ratico y ya el cuchito me da diez mil pesos, luego me las lavo”, o como Leidy la futbolista y muchas otras que se performan hacía una masculinidad para generar temor en la calle, para no ser leídas como cuerpos femeninos deseables, o para no sufrir violencias sexuales. O las prácticas separalistas de Doña Luz cuando dice odiar a los hombres por todo lo que le han hecho en su vida y decide no tener ningún vínculo con ellos “Por eso yo no vivo con hombres, ni nada con ellos, a mi no me vuelven a violar. Yo también necesito ver la luz del día mija.”

Como lo mencioné anteriormente no deseo atribuir a las callejeras⁴³ una marca política de feministas callejeras, quiero reconocer su fuerza con gestos que me hacen imaginar feminismos callejeros. Con esto, quiero decir que algo se movió y se sigue moviendo en la vida de todas, algo que está lejos de cambiar las condiciones materiales de existencia, algo que tiene que ver más con la belleza, la intimidad, la creación, la alegría de celebrarnos vivas en medio de tanta muerte.

Es poderoso que ya existe una memoria de juntanza; las callejeras se encuentran a leer y a conversar en las noches en el cambuche de Astrid, sea que la colectiva Callejeras vayan o no. Unas pocas se definen feministas,⁴⁴ como Leidy, que ante la vigilancia de los hombres en Niquitao, dice: *esto es un espacio de feministas, chao*, o los mensaje ocultos en la palabra escrita de Astrid: *dominio de ninguno, hazte caso bruja*, o que esperen como un ritual colectivo las marchas feministas para

⁴³ Me refiero a las que han estado en el proceso de la colectiva.

⁴⁴ Con esto no quiero decir que nuestra presencia las hizo feministas, pocas veces hablamos de él, y más que nombrarlo hay un intento por acuerparlo.

llevar sus carteles *arriba mis tetas, abajo tus huevas*, que se rayen el cuerpo con mensajes que reivindican ser una callejeras y canten a viva voz. Que participen en espacios de ciudad y quieran poner sus historias, sus cuerpos y sus voces en eventos feministas, que hablen de sororidad aunque sigan habitando la contradicción con las otras. Con estas diminutas y gigantes acciones se van abriendo pequeñas grietas que fracturan el destino impuesto de una callejera y que nos hace creer en la fuerza del *entre nosotras*.

5.3.3 Las fugadas

La vida parecía una flor abriéndose paso a través de la dura piel de un cactus
(Sosa, 2019)

Las callejeras atendieron al llamado de la fuga, decidieron desplomar los lugares socialmente asignados para ellas, abandonaron los espacios del sufrimiento impuesto, huyeron de las maternidades no deseadas, de la institución familiar, de la violencia patriarcal, se escaparon para habitar la pérdida de miedo que deja el vacío de la tristeza. Las callejeras están decidiendo que lo que les fue posible no les gusta, la fuga las hace ser una antítesis de la identidad de género mujer porque encarnan casi todas las prohibiciones de la expectativa de género y transgreden el sistema sexo-género: no cumplen con los mandatos de la feminidad como recibir, esperar, complacer, ser buenas mujeres, madres. Aunque han llegado al mundo después de la fuga, ellas no estarán a salvo, es una fuga insinuada como libertad, pero no desprovista de los poderes de muerte que imperan en las calles.

Las razones por las que una “mujer” llega a la calle, si bien son multicausales y tienen que ver con razones de la producción de la desigualdad y el empobrecimiento y la guerra política que ha despojado y desterrado; hay una dimensión que se entrecruza con las razones mencionadas, es el protagonismo del sistema heteropatriarcal⁴⁵ frente a la vida asignada para ellas. Tatiana Alzate (2021) ha reflexionado sobre la fuga en la calle:

⁴⁵ Es la vinculación entre el sistema político de la heterosexualidad y la dominación masculina.

Mujeres que han llegado a la calle, es decir, a la guerra (como muchas así lo declaran), por efecto de una fuga, es decir, de una huida. Llegan las huérfanas, las que huyen de sus lugares de presidio y castigo, huyen de los abusos, de la represión, del tedio; huyen del dolor; huyen de la sinrazón del teatro del mundo; huyen en búsqueda de un placer, cualquiera que aparezca, siempre y cuando las haga más fuertes frente a la incertidumbre insoportable de la noche (...) porque todo ser al que se le despoja de significancias y legitimidad política y social, no tiene más opción que desobedecer todo mandato venido desde ese gobierno que las condena. (Alzate, 2021, p. 11).

Así mismo, algunas de ellas cuentan:

“Llegué a la calle por zafarme de él, por eso tengo las puñaladas, porque supuestamente yo tengo otra persona. (Claudia, comunicación personal, 4 de febrero, 2021)

“Yo tenía un novio me dijo que nos íbamos a ir a coger café, pero mentiras, solo me pegaba y me dejó tirada en la calle” (Anónima, comunicación personal, 22 de febrero, 2021)

Astrid, una de las callejeras más interesadas en el feminismo, menciona lo que podría hacer parte de la composición del feminismo callejero:

¿Ser feminista callejera? es tirarse su fumita, es que me encante ver que la otra está bien, que está con su pareja, que tiene sus cositas, sin envidiarle nada a nadie, procuro, -solo procuro- manejar esa sororidad cuando se puede, de decirle tome esto y aquello invitar a otras mujeres *mami les presento a las callejeras, párchese*. Las que me caen bien no tienen la necesidad de pedirme, porque yo pudiendo vender zapatos y ropa que me llega, primero se lo doy a las peladas: tenga esto, tenga lo otro. O saber que la una va a cumplir años y celebrarlo, esas son las cosas que alegran. Es compartir: que vamos pa' allá, que hay un evento allá, que saquemos un libro, que hagamos esto juntas, que leamos, que hablemos de amores. Somos como esas mujeres que no nos dejamos monopolizar del gobierno, somos muy llevadas de nuestro parecer. Y que no necesitamos tener ningún marido, ni depender

de nadie tampoco para hacernos valorar (sube la voz) para hacernos sentir, hacernos ver que somos mujeres.

Todas las callejeras tenemos nuestras mañas, hay unas que son muy buenas para estar robando, otras para el retaque, otras con el cuerpo. Ser callejera es no vivir al dominio de ningún hombre ni de nadie. Ser callejera es hacer lo que yo misma me consiga, a mis alcances y si no tengo también, aprendemos a vivir con lo que hay. Y como acá no hay justicia para nosotras, la rebeldía la pongo yo ¡Epa! (Astrid, comunicación personal, 25 de enero, 2022)

Si bien falta mucho por pensar y accionar para construir una propuesta de un feminismo de las calles, creo que hay un camino naciente que se puede ir abriendo, seguir abonando... Un feminismo callejero que reconozca el cruce de desigualdades estructurales, las marcas de la guerra sobre los cuerpos de quienes viven en la calle, las contradicciones. Un feminismo en la periferia del feminismo. Un feminismo sucio (Mesa, 2019), que aborde una feminidad mala, una feminidad grotesca. Un feminismo de la calle que tenga sus propias categorías de pensamiento y que logre reconocer la calle como lugar de enunciación y a las callejeras como sujetas políticas del feminismo.

6 A modo de conclusión

Esta ruta de investigación me permitió vivir una transformación de un camino metodológico; las preguntas amplias e iniciales por la calle, los nudos cuando me enfrenté a un campo convulso y complejo para la permanencia. Este trabajo vivió la mutación con el devenir de la colectividad, donde la lectura de las callejeras diluyó incluso, mi lugar de investigadora, aunque siguiera existiendo un interés académico. Estas cercanías que se crearon, estuvieron marcadas por mi lugar de poder, aunque se hiciera porosa la relación extractiva que reproducimos en las ciencias sociales, lo cual sigue generando distancias, y desproporciones. Algo que alivió esta contradicción fue la relación ética que se sostuvo en el tiempo con las callejeras. Se hace necesario transgredir la etnografía solitaria y permitir que la mirada se transforme cuando se está de cerca aún en el paso del tiempo.

Estas formas particulares de estar *adentro*, me permitieron desbordar el sentido imaginado socialmente de lo que es estar en la calle, entendido como carente de vida. Aprendí la importancia de vincularse a otros lenguajes para hilar la memoria de este viaje callejero. Reconocer las narrativas callejeras no como un complemento del discurso académico o de esta tesis sino como el corazón mismo de lo que quiero decir. Sus palabras e historias son conocimiento real y no requieren de una validación teórica que las autorice. De allí la idea de crear un capítulo poblado solo con sus voces. Poner sus voces en relieve también es necesario porque encontrar la calle en los libros es casi imposible, existen muy pocas producciones académicas que permitan reflexiones en relación a la vida de callejeras, esto da cuenta de la inmensa brecha que existe entre la academia y la calle pensada desde las ciencias sociales y los feminismos.

La calle desbordó la propia idea de calle. Presenté la separación fronteriza entre la pieza y la calle, y la distancia con la categoría institucional “habitantes de calle”. Aprendí que la vida de las callejeras no es estar bajo el cielo mojándose, que no todas viven en la calle y que hay una búsqueda por territorializar la vida.

Este trabajo también me permitió concluir que existen unas estrategias creadas por las callejeras para sostener la vida, que sus cuidados no habitan en nuestros sentidos comunes, que el

cuidado atribuido a las mujeres se interpela en la calle porque se entiende como daño, no como cuidado, pero, hay que estar cerca para entender que en la calle, violencia y cuidado son compatibles. Estas reflexiones le dieron apertura a las puntadas sobre feminismo callejero como una posibilidad de abrir un camino de conocimiento para seguir explorando.

Una deuda que queda es pensar la calle desde los dolores que marcan geografías, rutas, cuerpos. O la relación de un dolor entremezclado con el consumo de SPA como anestésico de la memoria y los sufrimientos, o como el estado niega el dolor de la calle cuando no hay programas de atención en reducción de daños y riesgos que entienda el dolor y se pregunte por la relación moral frente al consumo. Otro tema que me gustaría profundizar en el futuro y quedó esbozado con la historia de Leidy es las experiencias del amor lésbico en la calle y cómo se habita la calle siendo una lesbiana, además porque este trabajo no se detiene en la pregunta: ¿hacia dónde se direcciona el deseo de las callejeras? el cual no es solo el deseo heterosexual.

Por último, intenté ser fiel a la experiencia en estos casi dos años de indagaciones, preguntas, grandes aprendizajes, pero también sé que muchos pensamientos quedan habitándose o en el bello olvido. Intenté trascender la idea de la calle como un lugar solo de muerte, o la descripción sobre qué hacen las callejeras. Busqué reflexionar cómo allí también se construye comunidad de sentido, cuidados, ganas de estar y crear con otras, sentidos vitales.

Las callejeras me enseñaron sobre las formas de vivir en medio de la crueldad, de la belleza en lo políticamente incorrecto, de los lenguajes sinceros. Me han encantado el mundo y han transformado mi vida. Donde pareciese que no es posible germinar la vida, hay flores que rompen la dureza asfaltada de esta ciudad.

Referencias

- Alexiévich, S. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Penguin Random House.
- Alvarado, A. (2004). La ética del cuidado. *Revista Aquichan*, 4(4), 30-3.
<http://www.scielo.org.co/pdf/aqui/v4n1/v4n1a05.pdf>
- Alvarado Ospina, A. (2018). *Nómadas urbanos: un análisis comparado de los modelos subnacionales de intervención urbana a los habitantes de calle en Medellín y Bogotá, 2012-2015*. [tesis de pregrado, Universidad de Antioquia Medellín]. Repositorio institucional Universidad de Antioquia.
- Alzate, T. (2020) *Vértigo*. (Manuscrito sin Publicar)
- Alzate, T. (2021). *Sobre la imposibilidad de la calle*. En colectiva feminista callejeras (Ed.), Flores que rompen el asfalto (6-14). Fuga Nómada.
- Anzaldúa, G. (1987). Dejarse ir. Emma Gunst.
<https://libroemmagunst.blogspot.com/2011/10/gloria-anzaldua-no-basta.html>
- Anzaldúa, G. (2016). *La frontera: La nueva meztiza*. Capitán Swing.
- Araque Mira, D. (2022). *Andar la calle: relación entre personas callejeras y necropolítica en Medellín* [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
- Blazquez, N. (2010). Epistemología feminista: temas centrales. En UNAM (Ed.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (21-38). Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades Universidad Nacional Autónoma de México.

- Bidaseca, K. (2018). Etnografías feministas posheoricas. La lengua subalterna subversiva de las etnógrafas del sur. *Revista de humanidades y ciencias sociales*, (21), 119-140. <https://dx.doi.org/10.4067/S0719-36962018000100119>.
- Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto: vendiendo crack en harlem*. Siglo veintiuno editores.
- Bustamante, N. Martines, N. (2017). "El Bronx": un infierno estructurado. [tesis de pregrado, Universidad Santo Tomas Bogotá]. Repositorio institucional Universidad Santo Tomas.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: sobre los limites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos aires: Paidós.
- Ceren, D. (2021). El roba locos. (Manuscrito sin Publicar)
- Corrales Segura, K. (2019). *Vivencias de "niñas" en situación de calle en la ciudad de Bogotá: cartografías sociales y corporales desde el marco institucional*. [tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia Bogotá] Repositorio institucional Universidad Nacional de Colombia.
- Correa, M. (2007). La otra ciudad - Otros sujetos: los habitantes de la calle. *Revista Universidad Nacional de Colombia*. N.9 pp. 37-56.
- Das, V. (2008). *Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Universidad Nacional de Colombia.
- Deleuze, G. Guattari, F. (2004). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Les Editions de Minuit.
- Esguerra, C. (2019). Etnografía, acción feminista y cuidado: una reflexión personal mínima. *Antipoda Revista de Antropología y Arqueología*, (35), 91-111. <https://doi.org/10.7440/antipoda35.2019.05>
- Esguerra, C. (2020). Del cuerpo al mundo, del mundo al cuerpo: etnografía, migración y cuidado. En Carlos Arturo Lopez (Ed.), *Investigar a la interperie* (pp. 59-91). Pontificia Univercidad Javeriana.

- Espitia, I., Ojeda, D., & Rivera, C. (2019). La "princesa antropóloga". Disciplinamiento de los cuerpos feminizados y método etnográfico. *Nómadas*, (51). 99-115. http://nomadas.ucentral.edu.co/nomadas/pdf/nomadas_51/51_6eor_princesa_antropologa.pdf
- Flórez, M. Olarte, M. (2020). Por una política de lo turbio: prácticas de investigación feminista. En Carlos Arturo Lopez (Ed.), *Investigar a la interperie* (pp. 15-57). Pontificia Universidad Javeriana.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Catedra S.A.
- Hernández, Ciro, E. (2010). *Geografías del desarrollo en el centro de Medellín: 2009-1950. Espacios, tiempo y poderes* [tesis de maestría, Universidad de Antioquia Medellín]. Repositorio institucional Universidad de Antioquia.
- Hoyos Buriticá, M. (2018). *La construcción del monstruo*. [tesis de pregrado, Universidad de Antioquia Medellín]. Repositorio institucional Universidad de Antioquia.
- Jimeno, M. (2008). Lenguaje, subjetividad y experiencia de violencia. *Antípoda, Revista de Antropología y Arqueología*, 5, 169-190. <https://www.redalyc.org/pdf/814/81400509.pdf>
- Lamas, M. (1996). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de México.
- Las2orillas. (1 de julio de 2018). Guayaquil, el barrio de hacendados, obreros, prostitutas y mercados donde surgió Medellín. *Las2Orillas*.
- Lorde, A. (2004). Edad, raza, clase y sexo: las mujeres redefinen la diferencia. En A. Lorde, *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*. Editorial horas y horas.
- Manco, M. (2010). Todo este puto engranaje. *Defensa de la palabra*. <http://defensadelapalabra.blogspot.com/2010/10/poeta-mauricio-manco.html>
- Marchese, M. (2016). La construcción del signo "indigente" en el discurso de las instituciones estatales. *Revista latinoamericana de estudios del discurso*, 39-61.

https://www.researchgate.net/publication/337528319_La_construccion_del_signo_indigente_en_el_discurso_de_las_instituciones_estatales_de_la_Ciudad_de_Buenos_Aires

Martines, C, y Bustamante, N. (2017) “El Bronx”: un infierno estructurado. Tesis de pregrado. Universidad Santo Tomas, Bogotá

Másquez, F. (Ed.). (2010). *Vagabundos y andantes*. Editorial Universidad Academia Humanismo Cristiano.

McDowell. (2013). *Gender, Identity and Place: Understanding Feminist Geographies*. Polity

Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Melusina

Mesa Alvarado, M. (2019). *Corporeidades ñeras: contradicciones callejeras*. [tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia Bogotá] Repositorio institucional Universidad Nacional de Colombia

Molinier, P. (2012). *El Trabajo de Cuidado y la Subalternidad* [Cátedra posgrado en estudios de género]. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.

Molinier, P., & Legarreta, M. (2016). Subjetividad y materialidad del cuidado: ética, trabajo y proyecto político. *Centro de estudios sobre la identidad colectiva*, 2016(1), 1-14. <http://dx.doi.org/10.1387/pceic.16084>

Montoya, A. (2021). Poesía callejera. (Manuscrito sin Publicar)

Núñez, C. (2013). Mujeres en situación de calle: más allá del andar cotidiano. *Revista Sociedad & Equidad*. N°. 5, pp. 188-212.

Ojeda, D. (2016). Los paisajes del despojo: propuesta para un análisis desde las configuraciones socioespaciales. *Revista de antropología*. 52(2) 19-43. <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/27>

- Pedraza, Z. (2004). El régimen biopolítico en América Latina. *Cuerpo y pensamiento social. Iberoamericana*, 4 (15), 7-19. <https://journals.iai.spk-berlin.de/index.php/iberoamericana/article/view/1027>
- Restrepo, S. (2014). El futuro está en las ciudades. *El Colombiano*. https://www.elcolombiano.com/historico/el_futuro_esta_en_las_ciudades-EXEC_290455
- Rich, A. (1996). Heterosexualidad obligatoria y existencia lésbica (1980). *DUODA Revista d'Estudis Feministes*, (10), 15-42. <http://www.mpisano.cl/psn/wp-content/uploads/2014/08/Heterosexualidad-obligatoria-y-existencia-lesbiana-Adrienne-Rich-1980.pdf>
- Rincón Henao, E. (2018). *Parchando calle*. Haciendo una vida más allá del habitante de calle. [Tesis de maestría, Universidad de los Andes Colombia]. Repositorio institucional Universidad de los Andes Colombia.
- Robledo Gómez, & Rodríguez, P. (2008). *Emergencia del sujeto excluido. Aproximaciones genealógicas a la no-ciudad en Bogotá*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Rodriguez Lizarralde, C. (2014). *Cuerpos femeninos callejeros: hacia una construcción de política social con enfoque de género en Bogotá*. [tesis de maestría, Pontificia Universidad Javeriana Bogotá]. Repositorio institucional Pontificia Universidad Javeriana
- Ruiz, A. (1999). *Los ciudadanos de la calle: nómadas urbanos*. Nómadas.
- Ruiz Mendoza, E (2018). *Los gamines de la Minorista: análisis socio alimentario de la situación de calle en Medellín, a partir de un estudio de caso*. [tesis de pregrado, Universidad de Antioquia Medellín]. Repositorio institucional Universidad de Antioquia.
- Salcedo, M. (2000). *Escritura y territorialidad en la cultura de la calle*. En M. Uribe (Ed.), *Antropologías transeuntes (pp. 157-194)* Instituto Colombiano de Antropología.
- Sanchez, C. (1993). *El contrasueño: historias de la vida desechable*. Editorial Universidad de Antioquia.

- Sanín, J., Giraldo, D., & Tangarife, A. (julio, 2015). *Globalización, emprendimiento e innovación en la ciudad de Medellín: un dispositivo para la construcción de sujetos en el marco de la ciudad capitalista*. [Sesión de ponencia]. 2018 III Congreso Nacional de Ciencia Política, Asociación Colombiana de Ciencia Política (ACCPOL). Lima, Perú.
<http://files.pucp.edu.pe/sistema-ponencias/wp-content/uploads/2014/12/Panel-ALACIP.pdf>
- Sennet, R. (1994). *Carne y Piedra: El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Alianza Editorial
- Serano, J. (2007). *Whipping girl*. Seal Press (CA).
- Sosa, C. (2020). *Las Malas*. Tusquets.
- Tronto, C. (1987). Más allá de una diferencia de género. Hacia una teoría del cuidado. *Jornal of Women in Culture and Society*, 12(1), 1-17.
[http://www.unsam.edu.ar/escuelas/humanidades/centros/cedehu/material/\(13\)%20Texto%20Joan%20Tronto.pdf](http://www.unsam.edu.ar/escuelas/humanidades/centros/cedehu/material/(13)%20Texto%20Joan%20Tronto.pdf)
- Tallbear, K. (2016). Genomic articulations of indigeneity. *Social Studies of Science*, 43(4), 509-533.
https://www.researchgate.net/publication/275577332_Genomic_articulations_of_indigeneity
- Uribe, M. (1990). *La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia*. Editorial Corporación Región.
- Valencia, A., & Alcaraz, G. (2010). La violencia no siempre es violencia. El significado para los niños y niñas en situación de calle. *Invest Educ Enferm*, 28(3), 435-43.
http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-53072010000300014